
AJ RAVEN
EL SILENCIO TAMBIÉN MATA
ALGUNOS SECRETOS NO DEBERÍAN QUEDARSE CALLADOS.

EL SILENCIO TAMBIÉN MATA

El silencio también mata
©AJ Raven.
Diseño de portada: Imagine Desings
Corrección y Edición: Miguel Greco
A.J Raven | Facebook
Visita mi web:
AJRaven

©Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sea electrónico; mecánico, fotocopia, grabación ni otros medios sin el consentimiento previo y escritor del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual. (Art 270 y siguientes del código penal)

CONTENIDO

El silencio también mata

Introducción:

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

AGRADECIMIENTOS:

INTRODUCCIÓN:

La puerta de la redacción se abrió de golpe. Aquel sonido no encajó con el lugar. No fue un ruido cotidiano, sino una intrusión. Durante un segundo nadie reaccionó. Después, como siempre en Madrid, todo siguió funcionando como si no hubiera pasado nada.

Un hombre permanecía en el umbral, empapado, con el abrigo pegado al cuerpo y la respiración descompuesta. No llegó a entrar del todo, parecía que cruzar esa línea significara perder algo más que el equilibrio. Sus ojos recorrieron la sala de un lado a otro, buscando un gesto, una grieta o cualquier cosa que no fuera indiferencia.

—¡Tienen que ayudarme! —la voz le salió demasiado alta y a la vez rota—. ¡Mi hermana ha desaparecido!

El agua caía de su ropa sin pausa, formando charcos que nadie evitaba mirar… pero tampoco miraba. Nadie se levantó, ni tampoco nadie preguntó nada. Solo el sonido constante de teclas, una llamada al fondo, y el zumbido de una pantalla encendida como si el mundo no pudiera permitirse detenerse.

Pero algo ya se había detenido. Aunque nadie quisiera admitirlo.

—¡Está viva! —exclamó dando un paso hacia el interior, rompiendo el límite invisible de la sala—. ¡La policía dice que está muerta, pero es mentira!

Tras aquellas palabras, el ambiente cambió. No fue un movimiento brusco, fue algo peor, una coordinación silenciosa. Varias miradas se levantaron al mismo tiempo y se fijaron en él con una atención que no era curiosidad, sino cálculo, como si todos hubieran entendido sin necesidad de hablarlo, que aquella frase tenía consecuencias. El aire se tensó y se volvió más denso, casi incómodo de respirar. El hombre lo notó de inmediato y se quedó quieto un instante, como si acabara de escuchar algo que no venía

del exterior, sino de dentro de la propia sala, algo que no debía estar ahí.

—No entienden lo que está pasando… —murmuró más bajo ahora —. No lo entienden todavía.

Sin embargo, las pantallas siguieron emitiendo destellos con su luz blanquecina y los dedos continuaron golpeando los teclados con una cadencia constante, casi hipnótica. Una impresora escupió varias hojas con un zumbido indiferente. El mundo no se detuvo. Nadie reaccionó. En la capital, las desapariciones no interrumpían el trabajo… solo cambiaban de sección en el periódico.

—Nadie va a ayudarme… nadie —lo repitió sin mirarlos, como si ya hubiera aceptado esa respuesta antes de entrar.

El grito se quedó suspendido un instante en el aire, pero no encontró resistencia. Rebotó contra las mesas, se deslizó por el suelo y terminó diluyéndose entre el ruido constante de la redacción, como si el propio espacio lo rechazara. La urgencia del hombre chocaba contra una maquinaria que no sabía detenerse, ni quería hacerlo, como si cada segundo de silencio fuera más peligroso que su desesperación. Y aun así… algo cambió.

Un par de ojos se alzaron por encima de una pantalla. Solo un instante. Lo suficiente para registrar aquellas manos temblorosas, la forma en que evitaba mirar hacia la calle, como si temiera haber sido seguido. No vieron a un hombre desesperado. Vieron un caso.

Y en esta ciudad, los casos siempre llegaban con un precio.

1

Eran las seis de la tarde del diez de noviembre y en la redacción *La Crónica de Madrid*, flotaba ese olor denso a sudor, tinta y cansancio acumulado. La luz que entraba por las ventanas era gris y apagada, dando la sensación de que el día se negara a terminar del todo. Leticia estaba a punto de marcharse; ya tenía el abrigo preparado, la pantalla apagada y la mente en ese breve instante de desconexión antes de salir a la calle. Sin embargo, la puerta se abrió de golpe y el sonido la atravesó con una violencia que no era solo física, sino también interna, como si algo dentro de ella reaccionara antes siquiera de entender lo que estaba pasando. Desde el caso de Amelia Peralta no volvió a ser la misma. La nave industrial seguía regresando en sus pesadillas con una claridad insoportable: el olor metálico de la sangre, aquella voz que aún no sabía si había sido real, y el silencio, ese maldito silencio espeso y asfixiante que parecía adherirse a la piel, acompañando su mente incluso al despertar. Y Sofía… Sofía no era un recuerdo, sino una ausencia que pesaba más que cualquier imagen, más que cualquier grito; no por lo que vio ni por lo que vivió, sino por lo que no llegó a impedir. Por eso había cambiado y ya no se involucraba como antes. Ahora asignaba casos desde el despacho, corregía textos ajenos y escribía titulares sobre crímenes grotescos con una frialdad que había aprendido a la fuerza, dado que cada palabra, cada sílaba, era una barrera entre ella y lo demás. Mantenía esa distancia porque, en el fondo, sabía que era la única forma de no romperse del todo. Su jefe ya se lo había dejado claro y sin rodeos: o empezaba terapia, o se tomaba unas vacaciones porque no podía seguir así. Leticia eligió quedarse, no era una mujer que tiraba la toalla a la primera de cambio. Sin embargo, también era mejor perderse en el trabajo y en el ruido constante de la redacción, que enfrentarse al silencio de su

propia cabeza; mejor hablar con un psicólogo lo justo que vagar sin rumbo por la ciudad que la dio la espalda, y dejar que los recuerdos la alcanzaran, puesto que había cosas que aún no estaba preparada para mirar de frente… y mucho menos para nombrar.

Al escuchar los gritos, salió de su despacho casi al mismo tiempo que su jefe.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó él.

Un vigilante de seguridad mantenía al hombre inmovilizado contra el suelo. El abrigo empapado se le había subido hasta los codos y respiraba con dificultad, como si el aire ya no le llegara del todo a los pulmones. No intentaba defenderse. Ni escapar.

—¡Ayúdeme! —suplicó con la voz quebrada—. Por favor… ayúdeme.

—¿Qué ocurre, Gustavo?

—Entró gritando y alterando a todo el mundo, don Álvaro —explicó el vigilante sin soltarlo.

—Llévenlo abajo y llamen a la policía —ordenó el jefe.

Leticia no apartó la mirada del hombre. Había algo en sus ojos que no era rabia ni locura, era miedo, y ella sabía que el miedo siempre iba acompañado por algo. Y quería saber qué era ese miedo.

—Un momento —intervino ella—. Dejad que hable, quiero saber qué tiene que decir.

—Leticia…

—Solo un minuto, jefe.

El hombre levantó la cabeza. Sus ojos estaban enrojecidos, pero no por lágrimas recientes, aquello era agotamiento o tal vez algo más profundo. Solo su cabeza lo sabía.

—Mi hermana ha desaparecido —dijo casi sin voz—. La policía la dio por muerta… pero está viva. Yo lo sé.

En la redacción se hizo un silencio incómodo.

—Será mejor que vaya a comisaría —replicó el jefe.

Leticia sostuvo la mirada del hombre un segundo más.

—Llévenlo a mi despacho.

El jefe dudó, sin embargo, al conocer a la Leticia, accedió sin replicar.

—Vamos, volver al trabajo —ordenó al resto—. Esos teléfonos no se van a contestar solos, ni tampoco se van a redactar solos esos titulares.

Las conversaciones regresaron poco a poco al igual que el murmullo habitual. Pero algo había cambiado. Leticia lo sintió y no supo si era curiosidad o presentimiento de que una investigación estaba a punto de venir. Sintió ese cosquilleo familiar en la nuca, el mismo que aparecía siempre antes de que todo se torciera. Antes de que las piezas comenzaran a encajar en la dirección equivocada y acabaran rompiéndose en mil pedazos como un cristal roto.

Cerró la puerta y le indicó que se sentara pero el hombre no lo hizo, prefirió permanecer de pie, como si sentarse fuera una rendición.

—Tiene cinco minutos. Y si no le importa, siéntense, me pone nerviosa hablar con alguien que esté de pie mientras yo estoy sentada —expresó Leticia.

Con un movimiento contenido y casi calculado, como si incluso el simple acto de tomar asiento requiriera un esfuerzo consciente, se sentó frente a Leticia y su jefe. Tendría unos cuarenta y cinco años, alto, moreno y con ese aspecto común que permite pasar desapercibido en cualquier calle y en cualquier multitud.

Su ropa, completamente corriente, estaba aún húmeda en los bordes y desprendía un leve olor a lluvia y a calle que contrastaba con el aire viciado del despacho. Durante unos segundos no dijo nada. No parecía nervioso en el sentido habitual; no se retorcía las manos ni evitaba la mirada, al contrario, observaba. Recorrió el despacho con lentitud, deteniéndose en los detalles más insignificantes; la esquina gastada de la mesa, una carpeta mal cerrada, el reflejo de la luz en el cristal de una fotografía… Era una mirada meticulosa y demasiado consciente, parecía que estuviera memorizándolo todo… o comprobando algo. El silencio comenzó a alargarse más de lo necesario, volviéndose incómodo y pesado. En ese tiempo suspendido había algo que no encajaba: no era la actitud de alguien que viene a pedir ayuda, sino la de alguien que ya sabe con exactitud dónde está y por qué ha venido.

Seguido, volvió los ojos hacia ella y habló.

—No está muerta.

Lo dijo sin dudar y sin emoción, con la frialdad de quien suelta un dato más. Leticia no respondió de inmediato. Algo en la forma en que lo había dicho no sonaba a simple intuición.

—¿Cómo se llama su hermana?

—Laura Pérez.

—¿Y usted?

—Manuel.

Leticia tomó un bolígrafo y anotó los nombres en su libreta. Mientras escribía, percibió la mirada del hombre fija en ella. No parecía nervioso. Si acaso, demasiado tranquilo.

—¿Qué edad tiene su hermana?

—Cuarenta y dos.

—¿Denunció su desaparición?

—Lo hice, pero dijeron que no había indicios de delito y que se había marchado por propia voluntad.

—Pero antes dijo que la policía la dio por muerta.

El hombre tardó un instante en responder.

—Porque otros policías me dijeron eso.

—¿Y usted no está de acuerdo?

El hombre negó despacio con la cabeza.

—¿Hace mucho que no tiene contacto con ella?

—Lo último que supe fue por esto.

Con un gesto cansado, metió la mano en el interior de su chaqueta, y sacó un sobre doblado que parecía haber pasado por demasiadas manos o demasiadas dudas. Lo dejó sobre la mesa sin decir nada y lo deslizó apenas hacia Leticia y su jefe, como si aquel simple acto bastara para desprenderse de todo lo que llevaba dentro. El papel estaba arrugado en los bordes, ligeramente húmedo, con ese aspecto de objeto abierto y cerrado más veces de las necesarias. Dentro había una nota de despedida y una fotografía. En la imagen, su hermana aparecía sonriendo en algún lugar de Sudamérica, con montañas verdes al fondo y nubes bajas que parecían deslizarse entre las cumbres. Era una escena luminosa, serena y casi perfecta cuya sonrisa de la mujer parecía auténtica y sin esfuerzo, como si aquel instante hubiera sido real, feliz e intacto.

Sin embargo, una nota escrita a mano con una caligrafía irregular rompía esa sensación. *«Perdóname, no podía explicarte. Espero que algún día lo entiendas».* Nada más, ni fecha, ni lugar y ni una sola pista. Leticia tomó la fotografía con cuidado, sujetándola por los bordes y la acercó ligeramente a la luz. A simple vista no había nada extraño, solo un recuerdo congelado en el tiempo y sin embargo, algo no encajaba. No era la expresión, ni el encuadre, era la luz. Había algo en la forma en que caía sobre las montañas y rozaba el rostro de la mujer que resultaba sutilmente incorrecto, como si no perteneciera del todo a ese paisaje. Un detalle mínimo y casi invisible pero suficiente para que una vieja sensación, incómoda y persistente, empezara a despertar de nuevo en su interior.

—Lo recibí hace un año —dijo—. En un sobre sin remitente. Lo dejaron en mi buzón.

—¿Qué no podía explicarte?

—No lo sé, es que no entiendo nada.

—¿Cuándo se supone que desapareció?

—El veinticinco de abril del veinticuatro.

—Con todo esto, ¿qué quieres que haga el periódico? ¿Un reportaje? —preguntó el jefe.

—No, quiero que la encuentren. Vosotros sois quienes dan voz a los que no tienen.

Leticia se quedó pensativa unos segundos. Luego miró a su jefe.

—¿Puedes esperar un momento afuera? Será solo un minuto.

Salió al pasillo y cerró la puerta tras de sí.

—Antes de que digas nada, la respuesta es no —dijo el jefe.

—También tengo derecho a opinar, ¿no?

Él suspiró.

—Puedes opinar, pero en esto, no, y menos después de lo de Amelia. Si alguien tiene que investigar una desaparición, es la policía.

—Ya lo has oído. La policía no va a hacer nada.

—Le dijeron que fue una fuga voluntaria.

—Y tú sabes que esas cosas a veces no son lo que parecen.

El jefe la observó unos segundos antes de responder.

—En todo caso, si el periódico lo acepta, se encargaría Clara.

—Clara está hasta arriba con lo de Murcia. Déjame hacerle unas preguntas al hermano, solo eso. Si veo que la cosa se pone fea, lo dejo.

El jefe dudó un instante, mirando el suelo del despacho. A continuación levantó la vista y la miró a los ojos.

—Como sé que vas a ponerte pesada… de acuerdo. Pero a la primera señal rara, lo dejas.

—Conforme.

—¿Cuándo quieres empezar?

—Ahora mismo. Hablaré con el hermano.

—Hoy tienes cita con el psicólogo.

Leticia sostuvo su mirada.

—La cancelo. Quiero empezar cuanto antes.

El jefe negó despacio con la cabeza.

—Haz lo que quieras, siempre lo haces. Os dejaré solos, tengo un periódico que dirigir.

2

El hermano volvió a entrar en el despacho con el mismo paso contenido con el que se había marchado, cerrando la puerta tras de sí sin prisa y sin ruido innecesario. Sus ojos recorrieron brevemente la habitación, una mirada rápida pero atenta, deteniéndose apenas un instante en Leticia, en la mesa y en el sobre que ya descansaba sobre la superficie. Era una inspección silenciosa, casi instintiva, como si tratara de reconstruir lo que había ocurrido en su ausencia y de anticipar respuestas en los gestos ajenos. Seguido, avanzó hasta la silla y se sentó de nuevo frente a ella, apoyando las manos sobre sus rodillas con una calma que no terminaba de encajar con la tensión del momento. No habló de inmediato, solo esperó y contempló el rostro de la periodista con una mezcla de expectativa y cautela, como si intentara adivinar no solo lo que había decidido, sino también hasta qué punto estaba dispuesto a implicarse en lo que acababa de poner sobre la mesa. En ese breve silencio, la pregunta no formulada pesaba más que cualquier explicación.

—Antes de nada —dijo Leticia—. ¿Está seguro de que su hermana confiaba en usted?

El hombre frunció ligeramente el ceño, y elevó el tono de voz.

—Claro que confiaba en mí. ¿Por qué no iba a confiar, ¿por quién me toma? Cuando tenía un problema, yo era la primera persona a la que llamaba. Siempre estaba ahí para ayudarla.

—Vale, solo quería saberlo. Volvamos a lo de antes, ¿Qué le hizo pensar que había desaparecido?

—Pues que mi hermana no desaparece así sin avisar y sin llevarse nada.

Leticia levantó la vista.

—¿A qué se refiere con «nada»?

—Su coche sigue en el garaje. Su bolso en casa e incluso dejó el móvil cargando en la mesilla.

El silencio volvió a instalarse en el despacho.

—Eso fue lo que más me inquietó —añadió él finalmente—. Nadie se marcha de su vida dejando el móvil atrás.

—Háblame de Laura.

El hermano se acomodó en la silla antes de responder.

—Era una mujer encantadora y muy trabajadora. Le encantaba el cine de terror… y siempre que podía escapaba al campo. Amaba la naturaleza y los animales.

—¿A qué se dedicaba?

—Analista de software en una multinacional americana.

—¿El nombre de la empresa?

—*Oracle*.

Leticia anotó el dato.

—¿Discutíais entre vosotros?

—Lo típico entre hermanos… pero nada más.

—¿Algún problema con las drogas, o el juego?

—A decir verdad… le gustaba meterse cocaína, quizás debido al estrés del trabajo, pero mi hermana no es una drogadicta ¡eh!

—No pongo en duda eso. ¿Tenía pareja?

—Ex pareja. Se llama Ángel.

—¿Qué tal era la relación entre ellos?

Manuel dudó un momento antes de contestar.

—Bueno… Laura me contó que alguna vez…

—Dime.

—Le puso la mano encima.

Leticia levantó la vista de la libreta.

—¿Cuántas veces?

—Según Laura, una. Pero… puede que fueran más.

—¿Lo denunció?

—No. Decía que lo quería demasiado para denunciarlo, que no volvería a pasar y que cambiaría por ella.

Leticia dejó caer el bolígrafo sobre la mesa.

—Sí… Eso suele ser lo que dicen.

El hombre la miró con inquietud.

—¿Cree qué pudo marcharse por eso?—preguntó.

Leticia se quedó pensativa unos segundos.

—Podría ser. ¿Tiene amigas? ¿Algún círculo cercano?

—Natalia, es su mejor amiga. Con ella es con quien solía salir. Las demás están casadas y casi no las ve.

—¿Y vuestros padres?

—Murieron hace muchos años en un accidente ferroviario.

Leticia asintió despacio y cerró la libreta durante un segundo.

—Me gustaría que me dieras el número de Natalia… y también el del ex novio. Quiero hablar con ellos.

—Apunte.

Volvió a abrir la libreta y anotó los números mientras él los iba dictando. Cuando terminó, dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Tenga cuidado con el ex novio, es un mal bicho —añadió Manuel.

—Lo tendré. Es tarde. Mejor dejarlo aquí por hoy. Si necesito algo más, le llamaré.

A las nueve de la noche, Leticia apagó la luz del despacho y salió sin mirar atrás, dejando que la oscuridad se adueñara del espacio como si nunca hubiera estado allí. La calle la recibió casi vacía, envuelta en un aire frío que se colaba bajo la ropa y arrastraba papeles y hojas secas por la acera con un susurro áspero y constante. Caminó hasta su coche con paso lento, absorta, mientras la fotografía de Laura seguía girando en su cabeza repitiéndose una y otra vez como una imagen rocambolesca que se niega a desaparecer. Aquella sonrisa… no encajaba. No era la de alguien que hubiera decidido marcharse sin más y sin mirar atrás. Había algo en ella en la forma en que miraba a la cámara, aquello rezaba otra cosa, algo que no terminaba de comprender pero que tampoco podía ignorar. Y la nota… ¿qué era lo que no le pida explicar? Sumida en la pregunta, arrancó el coche y condujo en silencio por las calles de la ciudad, atravesando semáforos que cambiaban de rojo a verde sin que casi hubiera tráfico, como si la ciudad entera se hubiera quedado suspendida en una calma artificial. Los edificios pasaban a su lado como sombras repetitivas y ajenas.

Cuando llegó a su edificio, apagó el motor y se quedó un segundo más de lo necesario dentro del coche, escuchando el leve *tic* del metal enfriándose antes de salir. Subió las escaleras con lentitud, sintiendo cada paso más pesado que el anterior. Al abrir la puerta de su apartamento, el silencio la recibió como siempre, intacto e inmóvil, casi expectante. Dejó el bolso sobre la mesa del salón, se quitó la chaqueta y, durante unos segundos, se quedó de pie sin encender la luz, mirando la oscuridad como si esperara que algo se moviera dentro de ella. Aquella sensación le resultaba demasiado familiar. Desde lo de Amelia, el silencio de la casa había dejado de ser descanso para convertirse en otra cosa… algo más denso, más incómodo, era como si escondiera recuerdos que solo aparecían cuando no quedaba nada más que hacer que escucharlos.

Colocó la fotografía de Laura y el bloc con las notas encima del escritorio de su despacho. Permanecieron ahí, uno junto al otro, como piezas de un rompecabezas que aún se resistía a revelar su forma completa. Leticia se quedó un instante en pie, observándolos en silencio antes de girarse y dirigirse a la cocina.

Sacó un par de filetes de pollo del frigorífico y los cocinó sin demasiada atención, con movimientos que había hecho millones de veces. El sonido de la sartén llenó el espacio durante unos minutos, un ruido doméstico que contrastaba con la inquietud que no terminaba de marcharse de su mente. Cuando estuvieron listos, los sirvió sin ceremonia y regresó al despacho con el plato aún humeante.

Se sentó frente al escritorio y dio un primer bocado sin apartar la mirada de la fotografía. Los ojos de Laura, congelados en ese instante detenido, parecían devolverle una respuesta que no llegaba. Masticó despacio, pero su atención estaba en otra parte, atrapada entre las líneas del rostro que tenía delante y las preguntas que no dejaban de crecer.

¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido en realidad? Y, sobre todo… ¿seguía viva o no era más que una ausencia definitiva que aún no habían sabido nombrar?

3

A las diez de la mañana del sábado, marcó el número de Natalia con una determinación que contrastaba con el cansancio acumulado de la noche anterior. El tono sonó más de lo esperado, alargando ese silencio incómodo que siempre deja espacio para la duda, hasta que al otro lado alguien respondió. La voz de Natalia llegó amortiguada, espesa y todavía atrapada en el sueño, como si la llamada hubiera irrumpido en mitad de una mañana que no estaba dispuesta a empezar tan pronto. Leticia no perdió el tiempo: fue directa y concreta, proponiendo una entrevista para una hora más tarde, sin dejar hueco a excusas.

Natalia tardó un segundo en reaccionar y cuando lo hizo, su tono cambió apenas lo justo para dejar entrever una ligera inquietud. Preguntó una vez y luego otra, insistiendo en saber el motivo de la llamada, buscando alguna pista que justificara aquella urgencia inesperada, sin embargo, Leticia esquivó cada intento con respuestas medidas, neutras y sobre todo construidas para no decir nada sin parecer evasiva. No era el momento, aún no.

—No es algo que quiera comentar por teléfono —le dijo.

Mientras sostenía el teléfono, Leticia miraba distraídamente la fotografía de Laura que había dejado sobre la mesa del salón la noche anterior. La sonrisa de la mujer, congelada en un instante demasiado perfecto, contrastaba con aquellas montañas verdes al fondo, un paisaje que debería transmitir calma pero que, en cambio, le resultaba inquietante. Había algo en esa imagen que no encajaba, como si la escena escondiera una segunda lectura que se resistía a salir a la superficie.

Terminó aceptando el encuentro, no sin cierta inquietud.

—Está bien… ven a mi casa.

La voz le sonó más tensa de lo que pretendía disimular, un matiz que Leticia no pasó por alto. Le dio la dirección: avenida Niza, número 31. Durante unos segundos después de pronunciarla, se hizo un silencio breve y denso, como si una de las dos hubiera cruzado una línea invisible que ya no tenía marcha atrás.

Cuando la llamada terminó, dejó el teléfono encima de la mesa con un movimiento lento, casi medido, y volvió a mirar la fotografía de Laura unos segundos más. Esta vez no había distracciones ni conversaciones de fondo que suavizaran el momento. Solo la imagen, la sonrisa fija… y aquella sensación persistente de que, detrás de aquella aparente normalidad, algo no estaba del todo en su sitio.

A las once en punto, salió de casa y se dirigió al edificio donde vivía Natalia, con esa sensación de avanzar hacia algo que aún no terminaba de definir. La mañana estaba extrañamente tranquila; el cielo gris se extendía sobre la ciudad como una losa, aplastando las calles que a esas horas seguían medio vacías, daba la sensación de que el sábado hubiera decidido empezar más despacio. Aparcó frente al portal y se quedó unos segundos dentro del coche, con las manos aún sobre el volante y observando la dirección escrita en su libreta como si necesitara confirmarla una vez más, como si aquel simple gesto pudiera darle una última oportunidad de echarse atrás. Pero no lo hizo. Bajó, cerró la puerta con un sonido seco y entró en el edificio sin detenerse.

El interior estaba en silencio. Subió por las escaleras, evitando el ascensor por pura inercia; el llanto de sus pasos resonó en el hueco de la escalera, marcando un ritmo constante que la acompañó hasta el piso. Cada tramo parecía más largo que el anterior, parecía que el edificio se estirara con ligereza a su paso. Cuando llegó a la puerta, se detuvo un instante, lo justo para tomar aire, y llamó al timbre. Natalia abrió unos segundos después.

Su rostro mostraba aún restos de sueño, pero también una curiosidad contenida. El saludo fue breve, y tras apartarse a un lado, la invitó a pasar sin demasiadas preguntas, como si prefiriera guardarlas para el momento adecuado. El piso olía limpio, con ese aroma neutro de los espacios ordenados que apenas dejan rastro de

quien los habita. Leticia avanzó unos pasos y recorrió el salón con la mirada antes de sentarse en el sofá, observando con discreción cada detalle: los objetos sobre las estanterías, la disposición de los muebles, los pequeños indicios de una vida cotidiana aparentemente normal. Nada fuera de lugar, ni nada que llamara la atención.

No obstante, permaneció atenta, porque a veces lo que más decía… era precisamente lo que no se veía.

—Cuénteme por qué está aquí. ¿Es por Laura? —preguntó Natalia.

—¿Por qué lo dice?

—Llevo dos años sin saber nada de ella… y ahora aparece una periodista preguntando. Algo ha pasado.

—Ayer se presentó su hermano en el periódico. Me pidió que intentara averiguar qué ocurrió. Él tampoco sabe nada de Laura.

Leticia sacó la fotografía y la dejó sobre la mesa.

—Solo recibió esto, una foto en un sobre sin remitente.

Natalia la tomó entre los dedos y la observó en silencio durante unos segundos.

—¿Qué sabes tú de esto? —preguntó Leticia.

Natalia se encogió los hombros, y negó lentamente con la cabeza.

—Nada. A mí no me mandó nada. Ni una llamada, ni un mensaje. Un día desapareció… y no volví a saber de ella.

—Tú eres su mejor amiga.

—Sí, por eso me extrañó que se fuera sin despedirse.

—¿Nunca te dijo que quería desaparecer? ¿Dejarlo todo e irse?

Natalia suspiró.

—Claro… como lo hemos pensado todos alguna vez. Pero si realmente lo hubiera hecho, me lo habría dicho. Estoy segura.

—Tal vez no quería que nadie lo supiera.

—No, ella no es así.

Leticia tomó nota en su libreta.

—¿Cómo era ella?

Natalia miró la foto de nuevo antes de responder.

—Una buena chica y una gran amiga. Por eso si se hubiese ido, me lo habría dicho, o tal vez no éramos tan amigas para decírmelo, ya no lo sé.

—Entonces no sabes nada más.

—No. Lo mismo que tú: que está desaparecida. La llamé mil veces después de que se fuera, pero su móvil siempre estaba apagado.

Leticia levantó la vista.

—¿Crees qué pudo haberle pasado algo?

—¿A qué se refiere?

—Algo con su ex novio… o que estuviera metida en algún problema.

Natalia frunció el ceño.

—¿Problemas de qué tipo?

—Drogas, por ejemplo.

Natalia negó con firmeza.

—No. Laura nunca tomaba drogas.

Leticia se extrañó.

—¿Conoces a su hermano? —continuó Leticia.

—Sí, claro.

—Él me dijo que sí consumía drogas.

Natalia quedó callada.

—¿Cómo es realmente?

Natalia se tomó unos segundos antes de responder.

—Reservado… y quizá un poco controlador con Laura.

—¿Controlador cómo?

—Llamadas constantes. Mensajes preguntando dónde estaba y con quién. A veces incluso le pedía una foto para comprobarlo.

Leticia levantó ligeramente la vista.

—Puede que solo intentara protegerla.

Natalia se encogió apenas de hombros.

—Puede.

Leticia pasó la página de su libreta.

—Del ex novio, ¿qué sabes?

—¿De Ángel?

—Sí.

—A mí siempre me pareció un buen hombre. Laura decía que la trataba bien.

Leticia levantó la mirada.

—¿Alguna vez la golpeó?

Natalia, sorprendida, frunció el ceño.

—Que yo sepa, no, o por lo menos Laura nunca me dijo nada, y jamás la vi un moratón

Hizo una pequeña pausa antes de añadir:

—¿Por qué pregunta eso?

—Por nada en particular. ¿Laura tenía algún sitio especial al que le hubiera gustado escaparse? ¿Te habló de algún sitio en particular?

—Ahora que lo dices, sí… Bogotá. Siempre mencionaba Bogotá. Decía que algún día se iría allí, aunque fuera sola.

Leticia entrecerró con ligereza los ojos, como si aquella respuesta hubiera encajado en algún lugar de su cabeza. Sin decir nada más, volvió a sacar la fotografía y la deslizó sobre la mesa, girándola hacia Natalia.

—¿Puede ser Bogotá donde está en la foto?

Natalia la observó con más detenimiento esta vez. Ya no fue una mirada rápida o superficial. Sus ojos recorrieron el fondo, las montañas, la luz, como si intentara recordar algo que se le escapaba por muy poco. Dudó.

—Puede ser… —respondió al final, aunque su tono no sonó convencido—. Sí, podría ser.

Leticia no apartó la vista de ella. Había algo en esa duda, en esa forma de responder, que le resultaba más revelador que una certeza. Natalia no estaba mintiendo… pero tampoco estaba segura, y aquello, en ese instante, era casi lo mismo. Durante unos segundos, el silencio se instaló entre las dos. Leticia volvió a mirar la fotografía, esta vez con otra perspectiva. Si aquello era Bogotá, no era solo un destino pendiente, era un lugar real y concreto. Un punto en el mapa y tal vez, también, el último sitio donde alguien había visto a Laura. Terminado, se levantó del sofá.

—Creo que esto es todo, Gracias por tu tiempo.

—Si necesita algo mas, no dude en llamarme.

—Lo haré.

Leticia cerró la libreta despacio y Natalia la acompañó hasta la puerta. Un minuto después, salió del edificio.

4

A las cuatro de la tarde, antes de ir a al domicilio del ex novio de Laura, marcó el número que había encontrado tras una búsqueda rápida, la redacción de un pequeño periódico local en Bogotá. El tono sonó varias veces antes de que una voz masculina, cansada y con ese ruido de fondo constante de oficina que se cuela incluso a través de la distancia, respondiera al otro lado.

Leticia se identificó como periodista, y explicó lo justo evitando dar más detalles de los necesarios. Habló de Laura, del posible viaje, y la fotografía.

—Si quieres, puedo enviarte una copia —añadió.

Aquella voz le dio correo. Leticia se levantó, fue hasta el despacho y colocó con cuidado la fotografía en el escáner, como si temiera alterar algo al tocarla. La luz recorrió la imagen lentamente. Durante unos segundos, la sonrisa de Laura desapareció bajo ese destello blanco. Envió el archivo y volvió al salón con el teléfono aún en la mano.

—Te la acabo de mandar —dijo.

Hubo un silencio breve al otro lado. Luego, el sonido de un clic, de un archivo abriéndose.

—Dame un momento…

Leticia esperó sin moverse.

—No me suena —respondió el hombre finalmente—. Aquí, cuando desaparece alguien, suele moverse rápido. Familia, redes… algo siempre sale.

Leticia apretó ligeramente el teléfono contra la oreja.

—¿Podrías comprobarlo?

Se escuchó teclear al fondo.

—No hay nada —dijo al cabo de unos segundos—. Ni denuncia reciente, ni nada con ese nombre. Nada.

Leticia dejó escapar el aire despacio, sin darse cuenta de que lo había estado conteniendo.

—¿Y la foto? ¿Reconoces el sitio?

El hombre tardó un poco más en responder esta vez.

—Podría ser Bogotá… —murmuró—, pero no apostaría por ello. Ese paisaje… no sé. Podría ser cualquier parte.

La conversación terminó poco después, sin aportar nada más. Cuando colgó, el silencio del salón le resultó más pesado que antes. Dejó el teléfono sobre la mesa y volvió a mirar la fotografía. Bogotá ya no era una pista, era un error. Y, sin embargo, algo seguía sin encajar. Si Laura no había desaparecido allí… ¿por qué nadie la estaba buscando en ningún sitio?

A las cinco, se puso en marcha para ir a ver al ex novio. Había intentado llamarlo varias veces a lo largo del día, dejando que el tono se alargara más de lo necesario, esperando una respuesta que nunca llegaba. Ni una devolución de llamada, ni un mensaje. Nada. Al final, decidió acercarse en persona, porque había silencios que empezaban a parecer demasiado deliberados. El edificio ubicado en Getafe, era antiguo, de esos que conservan el desgaste en cada rincón: un portal estrecho y mal iluminado, con paredes apagadas y un olor leve a yeso húmedo que parecía llevar años instalado allí. Leticia pulsó el botón del telefonillo y esperó, escuchando el zumbido eléctrico que se desvanecía sin respuesta. Nadie contestó. Volvió a intentarlo, esta vez manteniendo el dedo un segundo más sobre el botón, como si la insistencia pudiera forzar una reacción al otro lado. Pero el silencio regresó, intacto, pesado, y sin fisuras.

Se quedó en el portal, apoyada junto al buzón de propaganda, sintiendo el frío filtrarse desde la pared mientras observaba a la gente que entraba y salía del edificio. Vecinos con prisas, miradas esquivas y rutinas que no se detenían. Cada vez que alguien cruzaba la puerta, levantaba la vista y repetía la misma pregunta, modulando el tono, adaptándolo a cada rostro, buscando una reacción, una duda, o cualquier gesto que rompiera la normalidad aparente. Pero la mayoría respondía con indiferencia, con desconocimiento o con esa rapidez incómoda de quien no quiere implicarse. Y con cada negativa, con cada gesto evasivo, la sensación se hacía más nítida:

no era solo que no estuviera… era que algo no quería ser encontrado.

—¿Eres Ángel?

Todos negaban con la cabeza y continuaban su camino sin detenerse, como si la pregunta de Leticia fuera solo un ruido más en medio de su rutina. Las respuestas eran rápidas, casi automáticas, acompañadas de miradas esquivas o de una prisa repentina por cruzar la puerta y desaparecer escaleras arriba. Pasaron varios minutos así, en esa repetición estéril que empezaba a desgastar la paciencia, hasta que el último hombre que entró en el portal se detuvo al escucharla. No respondió de inmediato. Se quedó quieto y con la mano aún cerca de la puerta, como si algo en la forma de la pregunta le hubiera hecho pensárselo dos veces. Rondaba los cincuenta, alto, de complexión delgada, con el cabello oscuro algo desordenado y una barba de varios días que acentuaba un aspecto cansado y descuidado, más propio de quien ha dejado de preocuparse por los detalles, o de e quien simplemente ha tenido un mal día. Vestía una sudadera gris y unos vaqueros, ropa funcional y sin intención, como si hubiera salido de casa sin mirar siquiera el espejo. Por su cuello, recorría un tatuaje en forma de tribal. Sin embargo, no era su aspecto lo que llamaba la atención, eran sus ojos. Aquellos ojos oscuros y atentos, se clavaron en Leticia con una intensidad contenida, evaluándola en silencio, midiendo cada gesto y cada palabra no dicha. Había en su mirada una mezcla de curiosidad y desconfianza, como si antes de decidir si debía hablar con ella necesitara entender exactamente quién era… y qué podía traer consigo.

—Sí, lo soy. ¿Tú quién eres?

—Me llamo Leticia Santos, soy periodista. Me gustaría hablar contigo sobre Laura.

Ángel frunció el ceño.

—¿Le ha pasado algo?

—Todavía no lo sé. ¿Podemos hablar un momento?

El joven dudó unos segundos antes de responder.

—Si no es mucho tiempo…

—Solo serán unas preguntas.

—Está bien.

Leticia abrió su libreta.

—¿Hace cuánto tiempo que lo dejasteis?

—Cuatro años.

—¿Durante ese tiempo has tenido contacto con ella?

—No, lo nuestro terminó mal. Fue una ruptura drástica.

—¿Qué significa eso exactamente?

—Que no volvimos a hablar. Ni una llamada, ni un mensaje.

Ángel la miró con cierta inquietud.

—¿Qué ocurre?

—Según su hermano, hace dos años que nadie sabe nada de ella.

El gesto de Ángel cambió de inmediato.

—¿El hermano? —soltó con desdén—. Menudo pájaro está hecho.

—¿Por qué lo dices?

—Porque fue él quien se metió en nuestra relación. Siempre estaba metiendo cizaña para que Laura me dejara… y al final lo consiguió.

Leticia levantó la vista de la libreta.

—Es curioso, eso mismo dice de ti.

—¿Qué ha dicho?

—Él dice que tú la pegabas.

Dio un paso hacia ella, visiblemente alterado.

—¿Que yo qué? Eso es mentira. Que venga y me lo diga a la cara el hijo puta ese.

Leticia no apartó la mirada.

—También dice que se drogaba.

Ángel soltó una risa amarga.

—No creo que lo hiciera. Por lo menos conmigo nunca lo hizo. Pero conociendo al hermano… no me extrañaría nada que se lo hubiera inventado.

Sacudió la cabeza con desprecio.

—Menudo hijo de puta.

Leticia quedó callada un segundo.

—Gracias por tu tiempo.

Cerró la libreta y guardó el bolígrafo en el bolsillo de la chaqueta. Ángel asintió sin decir nada. Ella salió del portal y se detuvo un

momento en la acera. El aire de la tarde era fresco y la calle estaba casi vacía. Durante unos segundos permaneció allí, repasando mentalmente la conversación. Tres personas y tres versiones distintas sobre la misma historia.

5

A las siete, Leticia había quedado con el hermano de Laura en el antiguo domicilio de esta, situado en el barrio de Cuatro Caminos. En apenas media hora llegó al edificio, envuelto en esa luz apagada que precede a la noche. El hermano ya la estaba esperando en el portal, apoyado contra la pared, con una quietud que no parecía casual, como si llevara allí más tiempo del necesario. Cuando la vio acercarse, se incorporó con un movimiento lento y la saludó con un leve gesto de cabeza, sin palabras y sin intentar forzar una cercanía que no existía. Leticia respondió de la misma forma, con una frialdad medida que no era del todo consciente, pero sí inevitable. Mientras avanzaba hacia él, las versiones que había escuchado aquella tarde —la del ex novio, la de Natalia— se mezclaban en su cabeza, encajando y chocando al mismo tiempo, dejando pequeñas grietas donde antes no había dudas. Por primera vez desde que había empezado a investigar la desaparición, algo cambió.

No fue una certeza, ni siquiera una sospecha clara, sino una sensación incómoda, persistente que se abrió paso sin pedir permiso: la posibilidad de que el hombre que tenía delante no le hubiera contado toda la verdad. Y en ese instante, mientras se detenía frente a él, Leticia entendió que ya no estaba allí solo para ayudarle… sino también para observarle.

—No esperaba tu llamada tan rápido —mencionó el hermano.

—Quiero ver el piso de Laura. Quizá haya algo que indique dónde está.

—Subamos.

Subieron hasta el cuarto piso sin intercambiar apenas palabras, acompañados únicamente por el eco apagado de sus pasos en la escalera. El hombre sacó un llavero del que colgaban varias llaves y tardó unos segundos más de lo normal en encontrar la correcta,

como si no estuviera del todo acostumbrado a abrir aquella puerta. Cuando finalmente lo hizo, el interior del apartamento los recibió en silencio. No un silencio cualquiera, sino uno espeso, denso, de esos que parecen haberse acumulado con el tiempo, como si el lugar hubiera quedado suspendido en ausencia, intacto, esperando algo que nunca llegó.

El salón era pequeño, pero en otro momento habría resultado acogedor. Había un sofá gris frente a una mesa baja cubierta por varias revistas desordenadas y un portátil cerrado, como si alguien lo hubiera dejado ahí con la intención de volver en cualquier momento.

En una de las paredes colgaban fotografías de paisajes: montañas cubiertas de niebla, bosques profundos, ríos que serpenteaban entre rocas, imágenes que transmitían calma, aislamiento, una necesidad de huir de todo lo demás. En la pared opuesta, una estantería reunía una mezcla de libros y algunas películas de terror, títulos apilados sin un orden claro, como si hubieran sido usados con frecuencia o abandonados de golpe. Cerca de la ventana, varias plantas en macetas intentaban sobrevivir en un equilibrio imposible. Algunas estaban completamente secas, con las hojas caídas y quebradizas, mientras que otras resistían apenas, inclinadas hacia la luz como último recurso. Era el tipo de descuido que no ocurre en días, sino en semanas… quizá meses. Y en ese contraste, entre lo que parecía detenido en el tiempo y lo que claramente había sido olvidado, el apartamento empezaba a contar una historia distinta a la que habían escuchado hasta ahora.

Recorrió el salón con calma, dejando que la mirada se detuviera en cada rincón como si intentara descifrar lo que el apartamento ocultaba bajo esa quietud extraña. Todo parecía detenido en el tiempo, suspendido en una normalidad que ya no encajaba con la ausencia de Laura. Sobre el mueble junto a la pared había varias fotografías enmarcadas: en la playa, en la montaña, con amigos, siempre sonriendo, siempre capturada en momentos que parecían reales, cotidianos… intactos. Leticia se acercó despacio y tomó uno de los marcos entre las manos. En la imagen, Laura aparecía frente a un paisaje de montañas, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia un lado, como si la hubieran fotografiado en un gesto natural. Sin

apartar la vista, Leticia sacó del bolsillo la fotografía que el hermano le había entregado y las colocó una junto a la otra. Permaneció en silencio, observando. La postura era prácticamente idéntica: la misma inclinación de los hombros, el mismo ángulo del rostro, la misma sonrisa tranquila. No era solo parecido, era una repetición demasiado exacta para ser casual. Durante unos segundos, el silencio del apartamento pareció volverse más denso, como si aquella coincidencia tuviera más peso del que debería. Leticia comparó ambas imágenes con atención, buscando algún matiz que rompiera esa simetría inquietante, pero no encontró nada. Todo encajaba demasiado bien. Finalmente, dejó el marco en su sitio con un gesto lento, pero ya no miraba las fotografías igual. Porque esta vez, lo que le inquietaba no era lo que faltaba… sino lo que se repetía.

Seguido, pasó el dedo por el cristal de otra fotografía, deslizando la yema con suavidad, casi sin pensar. Una fina línea apareció en el polvo acumulado, claro y visible, rompiendo la uniformidad de la superficie. Repitió el gesto con otra más, y luego con una tercera. Todas tenían esa misma capa ligera, ese abandono silencioso que se deposita con el tiempo cuando nadie se acerca. Se detuvo un segundo, como si algo no terminara de encajar, y volvió al primer marco, el de la imagen que había comparado antes. Sopló suavemente sobre el cristal, esperando ver cómo el polvo se dispersaba… pero no ocurrió nada, ni una mota se movió. La superficie permaneció intacta y limpia, como si hubiera sido pulida hacía muy poco. El polvo no estaba desplazado por casualidad; alguien lo había retirado y luego había intentado devolverlo a su sitio. Leticia frunció el ceño, sintiendo cómo una idea comenzaba a tomar forma, lenta, incómoda. Quizá alguien había cogido esa fotografía recientemente, limpiándola al hacerlo, para hacer una copia y devolverla después a su lugar exacto. O quizá… Laura había vuelto alguna vez al piso sin que nadie lo supiera. La posibilidad quedó suspendida en su mente sin resolverse, pero con el suficiente peso como para alterar todo lo demás.

Levantó la mirada hacia el hermano.

—¿Quién más tiene llaves de este piso?

El hombre tardó un segundo en responder.

—Nadie. Solo yo.

Leticia asintió despacio, como si intentara convencerse de una conclusión que aún no terminaba de encajar, pero antes de apartarse del mueble algo más captó su atención y la obligó a detenerse. Su mirada descendió hasta la superficie de la mesa, donde una fina capa de polvo cubría el tablero de forma uniforme, intacta… salvo en un punto concreto. Un pequeño espacio rectangular, limpio y perfectamente delimitado, justo delante del marco que acababa de observar. Leticia entrecerró ligeramente los ojos, inclinándose lo justo para verlo mejor, como si aquel detalle necesitara ser confirmado desde otro ángulo. No era una mancha al azar, ni una interrupción irregular. Era una ausencia precisa, como si no hacía demasiado tiempo, algo hubiera estado colocado allí el tiempo suficiente como para impedir que el polvo se asentara. Una fotografía. Otra más. Permaneció unos segundos en silencio, sosteniendo esa imagen en la mente, completando el hueco invisible que alguien había dejado atrás. Y la idea llegó sola, inevitable, encajando con una facilidad inquietante: alguien había retirado esa fotografía. No hacía meses ni semanas, quizás un par de días, y lo había hecho con la suficiente calma como para no alterar nada más, como si supiera exactamente qué se llevaba… y por qué.

—¿Cuántas veces has entrado aquí desde que desapareció? —preguntó Leticia sin apartar la mirada de la puerta.

—Solo una. Cuando dejó de contestar a mis llamadas vine a ver si estaba bien.

—¿La puerta estaba cerrada con llave cuando viniste?

El hombre frunció ligeramente el ceño, como si intentara recordarlo.

—No… que yo recuerde.

Leticia miró el bombín de la cerradura.

—Pero ahora tenía dos vueltas de llave.

—Sí —respondió él encogiéndose de hombros—. ¿Por qué?

—No, por nada.

Volvió a recorrer el salón con la mirada esta vez más despacio, intentando desmontar lo que acababa de construir en su cabeza.

Todo parecía en su sitio; el orden, el silencio, y la aparente normalidad… nada gritaba, nada señalaba directamente hacia una conclusión clara. Quizá no significaba nada. Quizá estaba viendo patrones donde no los había y tal vez el hermano simplemente no recordaba bien cómo estaba la puerta aquel día, o había pasado por alto un detalle insignificante en medio del nerviosismo. Pero si Laura había regresado al piso en algún momento… si había cruzado esa puerta sin que nadie lo supiera… entonces no habría necesitado forzar nada ni hacer ruido, con una sola vuelta de llave habría bastado. O incluso ninguna. La idea se instaló en su mente con una facilidad incómoda, creciendo en silencio, sin pruebas firmes pero con suficientes indicios como para no ser ignorada. Eran solo conjeturas, sí… pero empezaban a encajar demasiado bien. Y Leticia sabía por experiencia, que ese tipo de pensamientos rara vez aparecían sin motivo.

A continuación, se dirigieron al dormitorio, pero antes pasaron por el cuarto de baño. Leticia encendió la luz y se detuvo en el umbral, sin entrar del todo, como si necesitara observar desde cierta distancia antes de acercarse. La iluminación blanca reveló un espacio ordenado, casi intacto, y durante unos segundos dejó que su mirada recorriera cada rincón con calma, deteniéndose en los pequeños detalles. Sobre el lavabo seguían las cremas alineadas, el jabón líquido en su sitio y un secador de pelo enrollado junto al enchufe, colocado con ese descuido ordenado de quien lo usa con frecuencia. Nada parecía fuera de lugar. Nada alterado y sin embargo, había algo en esa normalidad que resultaba extraña, parecía que todo estuviera preparado para ser utilizado… pero llevaba demasiado tiempo sin que nadie lo hiciera. Leticia no se movió, se limitó a observar, dejando que el silencio del baño se sumara al del resto del apartamento, reforzando esa sensación persistente de que allí no faltaba nada… y aun así, algo no terminaba de encajar.

Se acercó al espejo y miró los pequeños objetos alineados junto al grifo. Allí estaba también el cepillo de dientes. Lo sostuvo unos segundos entre los dedos antes de volver a dejarlo en su sitio. Si alguien pensaba marcharse para siempre, normalmente no dejaba

atrás cosas tan básicas. A menos que hubiera tenido que irse deprisa o que pensara volver.

Se quedó unos segundos más mirando el lavabo, como si esperara encontrar algo más que no terminaba de aparecer. Al terminar, apagó la luz.

—Continuemos —dijo.

Pasaron al dormitorio. La habitación estaba en orden. Demasiado en orden. La cama estaba hecha y las cortinas apenas dejaban pasar la luz de la tarde. Abrió el armario. Había bastante ropa colgada: chaquetas, vestidos, varias camisas alineadas con cuidado. Nada parecía haber sido retirado con prisa. Cerró el armario y abrió uno de los cajones de la cómoda. Dentro encontró ropa interior perfectamente doblada. Se quedó unos segundos mirándola.

Si alguien decidía marcharse para siempre, normalmente se llevaba al menos algo de ropa. Una muda, un par de camisetas, lo imprescindible para cambiarse. Aquí parecía que todo seguía exactamente igual que dos años atrás. Cerró el cajón y se acercó a una pequeña mesa donde había varios papeles apilados sin demasiado orden. Los fue revisando uno a uno hasta que encontró un extracto de una gasolinera en Valencia cuya fecha era de hacía dos años. Debajo había una carta de Hacienda todavía sin abrir. Leticia dobló ambos documentos con cuidado y se los guardó en el bolso sin decir nada.

Tal vez no significaban nada, o tal vez eran la primera pista real que encontraba desde que había empezado a buscar a Laura.

Regresaron al salón y se sentaron frente a frente. Durante unos segundos, ninguno dijo nada.

—He estado hablando con Ángel y con Natalia —dijo finalmente Leticia—. No parecen tener muy buena opinión de ti. Sobre todo Ángel.

El gesto del hombre se tensó.

—¿Qué dice ese?

—Que eres un mentiroso y que jamás le puso la mano encima a tu hermana.

El hombre soltó una risa breve, sin humor.

—¿Y qué iba a decir? Esa gente lo niega todo. Harían lo que fuera porque les creyeran. Mi hermana me lo contó… y yo la creo.

Sus ojos se humedecieron. Tragó saliva.

—Aparte de mi mujer… —continuó— ella es todo lo que tengo.

Leticia lo observó en silencio unos segundos más.

—También dicen que no se drogaba.

—Le daba vergüenza decirlo —dijo, casi a la defensiva—. Me lo contó a mí porque soy su hermano. Quería ayuda —La miró fijamente—. ¿En quién crees que confiaría? ¿En mí… o en un ex novio y una amiga a la que apenas veía?

Leticia no respondió.

—¿Cuándo empezó? —preguntó.

—Hace tres años.

—¿El motivo?

El hombre bajó la mirada.

—Nunca me lo dijo. Cada vez que se lo preguntaba… se quedaba en silencio.

Leticia asintió levemente, como si encajara una pieza más.

—En mi despacho dijiste que se dejó el bolso y el móvil.

Levantó la vista.

—Sí.

—Hemos registrado el piso, y no hemos visto nada.

El silencio se hizo presente.

—Tal vez se lo llevara.

Leticia lo sostuvo con la mirada.

—¿No los cogerías tú?

Negó con la cabeza.

—¿Para qué iba a hacer eso?

Leticia no contestó.

—Dices que se drogaba —continuó—. ¿Sabes a quién se lo compraba?

—Tenía un camello, pero la policía acabó deteniéndolo. La última vez la acompañé yo.

—¿Adónde?

—A las Barranquillas.

Leticia no apartó la mirada.

—¿Entraste?

—Hasta la entrada —respondió dudando apenas un instante—. Le daba vergüenza que fuera con ella. Por eso no quería que nadie lo supiera.

Leticia inclinó ligeramente la cabeza.

—¿En qué chabola?

—La cuarta a la izquierda. Tiene un mantón colgado en la entrada.

Leticia asintió despacio.

—¿El coche está aquí?

—En el garaje, abajo.

—¿Puedes mirar si están las llaves?

—Las solía dejar en el cajón… voy a ver.

Se levantó y fue hasta el mueble. Abrió el cajón, rebuscó unos segundos.

—Aquí están.

—Vamos.

Bajaron al garaje. La luz era fría, casi blanca. En la plaza diez, el Audi A3 de Laura permanecía inmóvil, cubierto por una capa de polvo que delataba el paso del tiempo.

Leticia se acercó despacio. No miró el coche entero, se fijó en los detalles. La maneta de la puerta del conductor estaba limpia.

Apoyó los dedos sin tocarla del todo. El resto del coche estaba cubierto de polvo, pero ahí no. Alguien había abierto esa puerta.

—¿Tienes las llaves? —preguntó sin apartar la mirada.

—Sí… aquí.

Se las tendió. Leticia abrió y se sentó al volante. El interior olía a cerrado. Giró la llave hasta el contacto, el cuadro de luces se encendió.

—Tiene batería.

—No lo he tocado —dijo él desde fuera—. Ni una vez.

—Ya.

Leticia giró la llave. El motor arrancó a la primera y el rugido llenó el garaje durante un segundo demasiado largo.

—Por lo menos arranca —murmuró.

Si Laura había vuelto, pensó, lo lógico habría sido llevárselo o venderlo. Nadie abandona un coche así sin motivo.

Apagó el motor y abrió la guantera. Revisó el interior, debajo de los asientos y los huecos laterales. Nada, y eso, en su experiencia, siempre significaba lo mismo, alguien había pasado por allí antes que ella.

—Muchas gracias por todo, Manuel.

—Ojalá la encontremos.

—Eso espero.

6

Ya en casa, dejó el bolso sobre la mesa con un gesto automático y sacó el ticket de la gasolinera y lo alisó con cuidado entre los dedos como si temiera que aquel trozo de papel pudiera deshacerse o borrar lo que contenía. Lo sostuvo unos segundos frente a ella, en silencio, observando los datos impresos; la fecha encajaba demasiado bien con los días cercanos a la desaparición, demasiado precisa como para ser una coincidencia sin importancia. Se sentó sin apartar la vista, dejando que la idea terminara de asentarse en su mente y cuando lo hizo, marcó el número que aparecía en la parte superior. El tono comenzó a repetirse, uno tras otro, más de lo que le habría gustado y alargando la espera hasta volverla incómoda, casi tensa. Durante ese tiempo, el apartamento permaneció en silencio, parecía que todo se hubiera detenido alrededor de aquella llamada. Cuando por fin alguien respondió, lo hizo con una voz apagada, desgastada y cargada de desgana, como si atender el teléfono fuera una molestia más en un día cualquiera. Pero para ella, en ese instante, ya no era un detalle cualquiera, era una posible grieta y pensaba abrirla.

Le explicó lo justo, que buscaba información sobre una persona desaparecida que podía haber estado allí, que cualquier detalle —una forma de pago, una imagen, algo— podía ayudar, pero la respuesta fue la esperada, una negativa distante y amparada en normas durante el tiempo transcurrido. Leticia insistió un poco más, lo suficiente para confirmar que no obtendría nada y terminó colgando sin discutir, dejando el teléfono sobre la mesa con una calma que no sentía. Durante unos segundos permaneció inmóvil, escuchando el silencio del apartamento, hasta que volvió a mirar el ticket; no era solo un papel, era la única pista que no dependía de lo que otros decían. Si Laura había pasado por Valencia, alguien allí

podía haberla visto, alguien tenía que haberla visto. Se levantó sin pensarlo más, guardó el ticket en el bolso y se quedó un instante de pie, como midiendo la decisión, antes de asumirla del todo. Si no le daban respuestas por teléfono, tendría que ir a buscarlas en persona. Valencia no estaba tan lejos.

Sin pensarlo demasiado, se hizo un termo de café y se montó en el coche y puso rumbo a Valencia por la A-3, dejando atrás la noche y las dudas mientras la carretera se extendía oscura frente a ella, acompañada solo por el ruido constante del motor y las luces intermitentes de otros vehículos que aparecían y desaparecían en la distancia. A mitad de camino no pudo más. La noche le cerraba los párpados y la falta de costumbre de conducir después de la puesta de sol, unida a un termo de café que había dejado de hacer efecto kilómetros atrás, la obligó a rendirse. Salió en la siguiente área de descanso, pidió una habitación y decidió pasar allí la noche. Al amanecer, cuando el sol volviera a nacer, reanudaría la marcha.

A las siete, la alarma del móvil la arrancó del sueño. Durante un segundo no supo dónde estaba. Luego recordó la carretera, el caso, el cansancio. Apagó el despertador y se incorporó despacio. Había dormido lo justo, pero suficiente. Con la cabeza más clara y el cuerpo algo menos pesado, se preparó para volver a la carretera.

Llegó a la gasolinera. El lugar era anodino, como cualquier otro, iluminado por fluorescentes fríos que hacían que todo pareciera más pálido de lo normal. Entró directamente en la tienda y preguntó por el encargado; cuando lo tuvo delante, repitió la historia que ya había contado por teléfono, intentando esta vez que su voz sonara más firme, más personal. El hombre negó en un primer momento, escudándose en las mismas razones, pero Leticia insistió, explicando que buscaba a una mujer desaparecida, que no necesitaba copias ni informes, que solo quería mirar. Hubo un instante de duda, una mirada que evaluaba hasta qué punto debía implicarse, hasta que finalmente accedió con un gesto resignado y le indicó que le siguiera.

La condujo a la trastienda, un espacio pequeño, con varias pantallas encendidas que mostraban imágenes de distintas cámaras. El encargado se sentó frente al equipo y le pidió la fecha y la hora.

Leticia sacó el ticket y lo leyó con precisión: el trece de marzo de dos mil veinticinco. El hombre tecleó durante unos segundos y las imágenes comenzaron a retroceder hasta detenerse en el momento exacto. Primero apareció la grabación del interior de la tienda; en ella se veía a una mujer con gorra y gafas de sol, demasiado cubierto el rostro como para distinguirla con claridad, que evitaba en todo momento mirar hacia la cámara. Vestía pantalón negro y una camiseta blanca, y su actitud era neutra, casi mecánica, como si solo estuviera cumpliendo con una rutina. Después cambiaron a la cámara del surtidor, donde la misma mujer aparecía de espaldas, sosteniendo la manguera mientras llenaba el depósito sin apartar la vista del coche, sin mirar a su alrededor, sin mostrar el rostro en ningún momento.

Leticia se inclinó ligeramente hacia la pantalla, tratando de captar algún detalle más, algo que confirmara lo que ya empezaba a sospechar. Le pidió al encargado si podía sacar una copia de las imágenes, pero él negó de inmediato, recordándole que ya estaba haciendo más de lo que debía. Aun así, tras un breve silencio, le permitió algo más sencillo: podía hacer fotografías con su móvil. Leticia no dudó. Sacó el teléfono y comenzó a tomar imágenes de la pantalla, asegurándose de que se vieran la fecha, la hora y cada uno de los planos en los que aparecía la mujer. Cuando terminó, bajó el móvil despacio, consciente de que aquello, aunque no era una prueba definitiva, acababa de convertirse en algo mucho más importante que un simple ticket.

Se quedó unos segundos junto al coche, con el móvil aún en la mano y las imágenes recientes todavía grabadas en la mente. Aquella mujer podía ser Laura… o alguien que quería parecerse demasiado a ella. Guardó el teléfono, respiró hondo y miró a su alrededor. Volver a Madrid en ese momento no tenía sentido. Si Laura había estado allí, aunque solo fuera de paso, quizá alguien la hubiera visto en otro contexto, en un lugar donde no tuviera tanto cuidado.

Dejó que las horas pasaran despacio, como si necesitara que algo encajara antes de moverse y, cuando la noche se instaló por completo sobre Valencia, se dirigió a la zona de bares no muy lejos

del centro, donde la música se mezclaba con las conversaciones y las risas de la gente que llenaba las terrazas. Se sentó en una mesa apartada, pidió algo rápido de cenar y observó el ambiente mientras comía sin demasiada hambre. Nadie parecía fuera de lugar ni nadie parecía esconderse. Todo era normal.

Cuando terminó, guardó el teléfono y comenzó a moverse de un local a otro, avanzando sin un rumbo claro pero con una determinación silenciosa. En cada sitio repetía el mismo gesto: sacaba el móvil, mostraba una de las fotos que había hecho en la gasolinera y hacía la pregunta justa, sin dar demasiadas explicaciones, sin ofrecer detalles que pudieran condicionar la respuesta. No buscaba conversación, solo reconocimiento. Pero la reacción era siempre la misma: negaciones rápidas, miradas distraídas, encogimientos de hombros. Algunos ni siquiera se detenían a observar la imagen con atención; apenas echaban un vistazo antes de negar, como si aquel rostro no fuera distinto a tantos otros que pasan y se olvidan. Siguió intentándolo durante un rato más, cambiando de calle, de bar, de caras, repitiendo el mismo patrón hasta que empezó a resultar mecánico, casi vacío. Nada. Ninguna duda, ningún gesto fuera de lo normal, ningún recuerdo. Si Laura había estado allí, había pasado completamente desapercibida, o no había permanecido el tiempo suficiente como para dejar rastro. Finalmente, Leticia se detuvo en una esquina, apartándose ligeramente del flujo de gente, y observó el ir y venir de las personas bajo las luces amarillentas que teñían la calle de un tono apagado. Durante unos segundos no hizo nada, solo miró, dejando que la escena se repitiera ante ella sin alterarse. Y entonces lo entendió: todo indicaba que Valencia no era el destino. Era solo una parada más.

7

Estando ya en Madrid, Leticia no tardó en centrarse en una nueva línea de investigación, dejando a un lado todo lo demás con esa capacidad casi automática que había desarrollado con los años. Si Laura no había estado en Valencia, su cuenta bancaria podía ser la única prueba objetiva de sus movimientos, algo que no dependiera de recuerdos imprecisos ni de testimonios incompletos. Se sentó frente al portátil, desplegó sobre la mesa la carta de Hacienda y alisó el papel con la palma de la mano antes de anotar con cuidado cada uno de los datos que aparecían en ella, asegurándose de no cometer errores. Luego buscó el banco y accedió a la página de inicio. La pantalla cambió a un formulario limpio, frío, que le pidió usuario y contraseña sin ofrecer nada más. Leticia se quedó inmóvil unos segundos, observándola en silencio, con los dedos suspendidos sobre el teclado. No era una barrera complicada, pero sí una línea que, una vez cruzada, ya no tenía vuelta atrás. Pensó en Laura, en la fotografía, en la sonrisa que no encajaba, y en todo lo que no había terminado de cuadrar hasta ese momento. Luego volvió a mirar la pantalla. Sabía que la respuesta podía estar ahí dentro… o confirmar que estaba siguiendo el camino equivocado. Y aun así, dudó un instante más antes de decidir qué hacer.

Cogió el teléfono y marcó el número de atención al cliente, apoyando el móvil contra la mesa mientras escuchaba los tonos repetirse en una cadencia monótona que parecía diseñada para desgastar la paciencia. Esperó sin moverse, con la mirada fija en la pantalla del portátil, hasta que al otro lado alguien respondió. En ese instante, su voz cambió. Adoptó un tono tranquilo, seguro y casi rutinario, como si aquella llamada formara parte de un trámite más en un día cualquiera. Explicó que no recordaba sus claves de acceso y que necesitaba recuperarlas, sin titubeos, sin dar pie a dudas. El

operador, con una profesionalidad mecánica, comenzó a pedirle varios datos para verificar la identidad: nombre completo, DNI, fecha de nacimiento. Leticia fue respondiendo una a una, apoyándose en la información de la carta que tenía frente a ella, deslizando la mirada por cada línea antes de hablar, midiendo cada palabra con precisión, consciente de que cualquier error, por mínimo que fuera, podía cerrar esa puerta antes siquiera de abrirla.

Hubo un breve silencio al otro lado.

—Voy a iniciar el proceso de recuperación —dijo finalmente el empleado—. Le llegará un código al móvil asociado a la cuenta.

Leticia apretó ligeramente los labios. Ese era el problema.

—No tengo acceso ahora mismo a ese teléfono —respondió, improvisando sobre la marcha—. Está estropeado. ¿Hay alguna otra forma?

El operador dudó unos segundos.

—Podemos tramitar un restablecimiento alternativo, pero tardará unos días.

Leticia asintió para sí misma, aunque él no pudiera verla.

—De acuerdo, hágalo así.

Colgó despacio y dejó el teléfono sobre la mesa. No iba a ser tan fácil. Se quedó mirando la pantalla del portátil, consciente de que acababa de abrir una puerta… pero todavía no sabía cómo atravesarla.

A la espera de que el banco le devolviera la llamada, dejó el teléfono a un lado y volvió a centrarse en los únicos elementos que no dependían de recuerdos ajenos ni de versiones contradictorias: la fotografía y la nota escrita a mano. Las extendió sobre la mesa con cuidado, alineándolas casi de forma instintiva, y permaneció un rato observándolas en silencio, como si el simple acto de mirarlas el tiempo suficiente pudiera hacer que revelaran algo más, algún detalle oculto que hubiera pasado por alto. La imagen ya le había abierto una línea de investigación, le había dado dirección, pero la nota… la nota era distinta. Más cercana. Más íntima. Había algo en la presión de los trazos, en la irregularidad de la escritura, que no encajaba con la idea de una despedida clara. Era más difícil de fingir… y, precisamente por eso, más peligrosa de interpretar mal.

Leticia desvió la mirada hacia el portátil, lo abrió y comenzó a buscar con rapidez, filtrando resultados hasta dar con un especialista en grafología. Revisó varias opciones sin detenerse demasiado, leyendo lo justo, hasta que uno le llamó la atención. Tenía el despacho en Moncloa. No dudó. Concertó una cita para esa misma mañana, cerrando el proceso con la misma precisión con la que estaba empezando a construir el caso, como si cada decisión tuviera que encajar en un patrón que aún no terminaba de ver, pero que empezaba a tomar forma.

El lugar era pequeño, ordenado, con estanterías llenas de libros y carpetas cuidadosamente etiquetadas. El grafólogo examinó la nota con calma, utilizando una lupa y tomándose más tiempo del que Leticia esperaba, como si cada trazo mereciera una explicación propia. Ella permaneció en silencio, observándolo trabajar, intentando anticipar alguna conclusión en sus gestos. Finalmente, el hombre dejó la hoja sobre la mesa y entrelazó los dedos.

No había otra muestra con la que comparar, así que el especialista fue claro desde el principio: no podía asegurar una autoría con certeza. Aun así, no tardó en señalar varios detalles que, según él, no eran casuales: la presión irregular del trazo, las ligeras desviaciones en algunas letras, la forma en que ciertas palabras parecían haber sido escritas con más fuerza que otras, como si en ellas se concentrara una carga emocional distinta. Hablaba con calma, midiendo sus conclusiones, pero cada observación añadía un matiz nuevo que alejaba la nota de una simple despedida. Según su análisis, todo apuntaba a que quien había escrito aquel mensaje era una mujer… y que, en el momento de hacerlo, no estaba tranquila. Había tensión en la escritura. Nerviosismo. O quizá algo más cercano al miedo.

Volvió a mirar la nota en silencio, sosteniéndola entre los dedos como si pesara más que antes. Las palabras no habían cambiado, seguían siendo las mismas, pero la forma de leerlas sí. Por primera vez desde que la tenía en sus manos, dejó de verla como un gesto voluntario, como una despedida consciente, y empezó a percibirla como algo condicionado, escrito bajo una presión que no aparecía a simple vista pero que se filtraba en cada trazo. Entonces la pregunta

surgió sola, inevitable, instalándose en su mente con una claridad inquietante: ¿en qué condiciones había sido escrita realmente?

Aquella misma tarde, terminado con el grafólogo, Leticia decidió llevar la fotografía a un laboratorio especializado en análisis de imagen digital. El lugar estaba en un edificio discreto, con oficinas impersonales y un silencio casi clínico que contrastaba con el ruido constante de la calle. Tras explicar brevemente el motivo de su visita, uno de los técnicos tomó la imagen y la invitó a esperar mientras la analizaban. Leticia permaneció sentada frente a una mesa vacía, mirando a través del cristal cómo trabajaban con la fotografía en varios monitores, ampliando zonas concretas, ajustando niveles de luz, comparando capas invisibles a simple vista.

El tiempo se le hizo más largo de lo que esperaba. Permaneció en silencio, con la mirada fija en la puerta por la que el técnico había salido, mientras la espera se estiraba en una calma incómoda, casi densa. Cuando finalmente regresó, lo hizo con una tablet en la mano. Se acercó a la mesa sin prisa y dejó el dispositivo frente a ella, desbloqueado y con la copia digital de la imagen ya abierta.

Con un gesto preciso, amplió la zona del fondo hasta encuadrar las montañas, acercando el detalle lo suficiente como para que los matices más sutiles resultaran visibles. Luego señaló la pantalla con el dedo, deteniéndose en distintos puntos de la imagen mientras hablaba. Explicó que, a simple vista, la fotografía podía parecer completamente coherente, sin elementos que llamaran la atención de forma inmediata. Sin embargo, al analizarla con más detalle, empezaban a aparecer pequeñas inconsistencias difíciles de ignorar: diferencias en la compresión en ciertas áreas, bordes ligeramente alterados alrededor de la silueta principal y una integración que no terminaba de ser perfecta entre el sujeto y el fondo, como si ambos no hubieran sido capturados en el mismo instante o bajo las mismas condiciones.

No utilizó palabras categóricas, no afirmó de forma directa que la imagen estuviera manipulada. Pero tampoco dejó espacio para una interpretación demasiado amplia. Sus explicaciones, medidas y técnicas, apuntaban en una dirección clara sin necesidad de decirlo en voz alta. Leticia observó la pantalla en silencio, dejando que cada

uno de esos detalles se asentara en su mente, mientras la fotografía dejaba de ser una simple pista para convertirse en algo mucho más frágil de lo que había supuesto al principio.

Según su análisis, la fotografía había sido modificada. No de forma burda ni evidente, sino con la suficiente precisión como para pasar desapercibida ante una observación superficial, y aun así dejar rastros mínimos que solo un examen técnico podía revelar. El técnico no dramatizó su conclusión; la expuso con la misma neutralidad con la que había señalado el resto de los detalles, pero el peso de sus palabras cayó con claridad sobre la mesa.

Leticia no respondió de inmediato. Se quedó en silencio unos segundos, inmóvil y con la mirada fija en la tablet. Volvió a observar la imagen, esta vez de otra manera. La sonrisa de Laura seguía ahí, intacta, congelada en el mismo instante en el que había sido capturada… o construida. Nada en apariencia había cambiado, pero algo en su percepción sí lo había hecho. Donde antes veía una pista, ahora veía una composición deliberada. Donde había creído encontrar un registro de la realidad, empezaba a reconocer un trabajo cuidadosamente elaborado.

La idea fue tomando forma sin necesidad de ser forzada. Alguien no solo había estado con Laura en ese lugar, alguien había querido que esa imagen existiera exactamente así, con ese encuadre, con ese fondo, con ese resultado. No era solo lo que mostraba la fotografía, sino lo que ocultaba lo que empezaba a adquirir relevancia. Y, por primera vez desde que había iniciado la investigación, Leticia sintió que el foco se desplazaba de manera sutil pero irreversible. Ya no estaba siguiendo el rastro de Laura.

Estaba siguiendo el rastro de la persona que había preparado todo aquello.

8

Apenas quedaba luz cuando Leticia llegó a Las Barranquillas. Aparcó el coche a cierta distancia y aguardó unos segundos en el interior, con las manos apoyadas en el volante y contemplando aquel cochambroso lugar en silencio. Desde allí, la extensión irregular de chabolas se recortaba contra el cielo oscuro, salpicada por bombillas desnudas que colgaban de cables improvisados y pequeñas hogueras que parpadeaban con el viento, como si fueran los únicos puntos de referencia en un territorio sin orden ni mapa. El aire, incluso a través del cristal, parecía denso, cargado de humo, plástico quemado y un olor agrio que no tardó en imponerse en su memoria antes incluso de que decidiera bajar del coche.

No se movió de inmediato. Se quedó unos instantes más, evaluando el entorno, dejando que su mirada se adaptara a la penumbra y al mismo tiempo midiera distancias, accesos y posibles salidas. No era solo la sensación del lugar lo que le resultaba incómodo, sino la conciencia de que allí todo funcionaba bajo unas reglas distintas, invisibles para quien no pertenecía a ese entorno. Finalmente, abrió la puerta y descendió, cerrándola con cuidado para no llamar la atención. El sonido metálico pareció más alto de lo que esperaba en aquel silencio interrumpido solo por voces lejanas y algún movimiento indistinto entre las sombras. Leticia respiró hondo, ajustándose a la atmósfera, y empezó a avanzar con paso firme, consciente de que cada decisión, cada gesto y cada mirada que recibiera a partir de ese momento podía marcar la diferencia entre obtener una respuesta… o no volver con ninguna.

Cuando cerró la puerta, el ruido de la carretera comenzó a desvanecerse a su espalda, sustituido por sonidos más cercanos y difíciles de identificar: voces lejanas que no alcanzaban a formar palabras claras, una radio mal sintonizada que emitía fragmentos

distorsionados de música y algún que otro golpe seco, probablemente de pasos sobre la grava o movimientos entre estructuras improvisadas. El contraste fue inmediato, como si hubiera cruzado un umbral invisible en el que el mundo exterior dejaba de tener peso.

Se agachó sin dudarlo y recogió un puñado de tierra del suelo. Lo dejó caer lentamente sobre su pelo, luego sobre su cara y su ropa, extendiéndolo con las manos hasta integrar su apariencia en el entorno. No era una solución perfecta, pero sí suficiente para diluir cualquier elemento que pudiera delatarla a simple vista. Al terminar, avanzó despacio y midiendo cada paso, procurando no hacer ruido ni atraer miradas innecesarias. Aun así, tenía la sensación constante de que su sola presencia no pasaba desapercibida, aunque nadie la mirara directamente. Era una percepción incómoda, difusa, como una presión silenciosa que no provenía de un punto concreto, pero que estaba ahí, acompañándola en cada movimiento.

Fue contando las chabolas mientras avanzaba, tal y como le había indicado Manuel. La primera, la segunda, la tercera… estructuras distintas e improvisadas con materiales diversos, pero alineadas en una lógica que solo tenía sentido para quienes vivían allí. Cuando llegó a la cuarta, la reconoció de inmediato por el detalle que le habían descrito. Un mantón de tela colgaba en la entrada, sucio y descolorido, moviéndose ligeramente con el aire, como si respirara al mismo ritmo que el entorno. Leticia se detuvo a unos pasos, observándolo con atención, sin acercarse todavía.

Por un instante, todo se redujo a ese punto concreto. El ruido del entorno pareció alejarse, las voces se volvieron irrelevantes y el tiempo se estiró en un silencio interior que no dependía de lo que ocurría a su alrededor. Sintió una duda real, clara, por primera vez desde que había llegado. Podía darse la vuelta en ese mismo momento, volver sobre sus pasos, recuperar el coche y replantear la investigación desde un lugar más seguro, donde el control fuera mayor y el riesgo prácticamente inexistente. Pero si Laura había estado allí, aunque solo fuera una vez, aquel lugar podía contener la única pista que aún no había sido alterada, interpretada o manipulada.

Y esa posibilidad, por mínima que fuera, fue suficiente para que no retrocediera.

Se acercó finalmente y apartó el mantón con cuidado, dejando que la tela se deslizara hacia un lado sin producir apenas ruido. El interior quedó parcialmente expuesto, revelando una penumbra espesa en la que la luz apenas lograba abrirse paso. Durante unos segundos, sus ojos necesitaron adaptarse para distinguir formas concretas: un colchón directamente sobre el suelo, deformado por el uso; varias cajas apiladas en una esquina; ropa tirada sin orden aparente, como si hubiera sido abandonada a toda prisa o acumulada sin intención de organizarla.

No parecía haber nadie sin embargo, Leticia no cruzó el umbral de inmediato. Se quedó en el límite, observando y escuchando. Dio un paso más, luego otro, avanzando con cautela, intentando captar cualquier sonido que no encajara con el entorno: una respiración, un roce, un movimiento leve entre las sombras. Pero no había nada que rompiera el equilibrio del lugar.

Entonces lo sintió. No fue un ruido ni un movimiento evidente, sino una sensación repentina, difícil de precisar, que le recorrió la espalda como un aviso instintivo. Se giró lentamente y sin precipitar el gesto, preparándose para lo que pudiera encontrar.

El hombre estaba allí.

Antes lo había visto a lo lejos, entre la maraña de chabolas, pero ahora se encontraba a pocos metros de ella, inmóvil, observándola con una calma que resultaba difícil de interpretar. Su postura no era agresiva, ni tensa, ni tampoco cautelosa. Era la de alguien que no solo había notado su presencia, sino que llevaba un tiempo suficiente esperando ese momento como para no reaccionar ante él. No hizo ningún gesto brusco al verla, ni retrocedió, ni avanzó. Tampoco mostró sorpresa. Su expresión permanecía contenida, casi neutra, aunque en sus ojos había una atención sostenida que no se apartaba de ella.

El silencio entre ambos se volvió inmediato, denso, cargado de una tensión que no necesitaba palabras. Leticia sostuvo su mirada sin moverse, manteniendo el cuerpo firme y la respiración controlada, consciente de que cualquier gesto involuntario —una

retirada, un titubeo, incluso un simple cambio en la postura— podía interpretarse como debilidad. El hombre no apartó la vista de ella. Al contrario, la sostuvo con la misma calma con la que había aparecido, como si la escena le resultara conocida o, al menos, previsible.

Entonces esbozó una leve sonrisa, apenas insinuada, más en los ojos que en los labios, y dio un paso hacia delante, reduciendo aún más la distancia entre ambos. No fue un movimiento brusco ni intimidante en apariencia, pero en aquel espacio reducido y silencioso adquiría otro significado. La proximidad empezó a volverse incómoda, no por la velocidad de sus acciones, sino por la certeza implícita de que controlaba la situación sin necesidad de demostrarlo.

No hizo falta que dijera nada. Su presencia, su forma de observarla y ese pequeño avance eran suficientes para que el mensaje quedara claro sin pronunciar una sola palabra. Leticia percibió el cambio de inmediato, no en el entorno, que seguía igual de caótico y disperso, sino en la manera en que su propia posición había dejado de ser neutral. Ya no estaba simplemente observando, ni evaluando desde una distancia segura. Estaba dentro.

Allí, en medio de aquel lugar, con la mirada fija de aquel hombre clavada en la suya, Leticia tuvo la sensación nítida de que había cruzado una línea invisible y que a partir de ese instante, la investigación ya no consistía en seguir pistas desde fuera, sino en moverse dentro de un territorio donde otros también jugaban, con reglas que aún no conocía.

Entró en la chabola con cautela, apartando el mantón lo justo para colarse dentro sin provocar más ruido del necesario. El aire en el interior era denso, cargado de humedad y de un olor agrio que se le pegó a la garganta en cuanto cruzó el umbral, obligándola a contener la respiración durante un instante antes de adaptarse. Las paredes, de escayola agrietada, mostraban manchas oscuras que ascendían desde el suelo en trazos irregulares, como si la humedad hubiera ido reclamando el espacio durante años, lenta pero constante, hasta erosionar cualquier sensación de solidez. Todo transmitía una fragilidad engañosa, la impresión de que la estructura

podía ceder en cualquier momento, como si el propio entorno estuviera en equilibrio precario.

En el centro de la estancia había una mesa alargada, mal iluminada por una bombilla desnuda que colgaba del techo y oscilaba ligeramente, proyectando sombras inestables que cambiaban con cada pequeño movimiento del aire. Sobre la superficie, varios montones de droga estaban dispuestos sin orden aparente, como si hubieran sido colocados de forma rápida o sin intención de ser organizados. Leticia no necesitó acercarse demasiado para identificar lo que estaba viendo; la distribución, las texturas, incluso el aspecto general de cada conjunto eran suficientes para entender la naturaleza de aquello.

En una de las esquinas, apoyada directamente contra la pared, una AK-47 descansaba como si fuera parte del mobiliario, integrada en la escena con una naturalidad inquietante, sin funda, sin ocultación, como un objeto más dentro de aquel espacio. Su presencia no parecía excepcional allí, y precisamente por eso resultaba aún más perturbadora.

Recorrió el interior con la mirada sin avanzar más, deteniéndose en cada elemento con precisión, evaluando el entorno en silencio. Era plenamente consciente de que acababa de entrar en un lugar donde las reglas externas no tenían aplicación, donde el control no dependía de normas escritas, y donde cualquier movimiento, cualquier decisión, podía tener consecuencias inmediatas. Y, sobre todo, sabía que su presencia no pasaría desapercibida durante mucho tiempo.

Tuvo que esperar su turno, apoyada cerca de la entrada, observando sin disimulo cómo uno tras otro los clientes se acercaban a la mesa, intercambiaban unas palabras rápidas y se marchaban sin mirar atrás, con gestos breves y transacciones aún más rápidas que desaparecían en la rutina del lugar. El tiempo, dentro de aquella chabola, parecía avanzar con una cadencia distinta, más lenta y a la vez más tensa, como si cada minuto se alargara lo suficiente para hacerla consciente de su propia presencia allí. Leticia empezó a notar la impaciencia creciendo bajo la piel, no tanto por la espera en sí, sino por la sensación de estar fuera de contexto, de no

pertenecer a ese espacio donde todos los demás parecían moverse con naturalidad.

Cuando por fin le tocó, dio un paso al frente y quedó cara a cara con la mujer tras la mesa. Era gitana, de rostro endurecido por el tiempo y las circunstancias, marcado por varias cicatrices que cruzaban la piel como líneas antiguas que nunca llegaron a cerrarse del todo. Sus ojos, oscuros y desconfiados, la recorrieron de arriba abajo en apenas un segundo, sin detenerse más de lo necesario, pero registrándolo todo. Llevaba una cadena de oro gruesa al cuello, de la que colgaba la figura de Camarón de la Isla, que brillaba bajo la luz amarillenta de la bombilla como un símbolo más dentro de aquel entorno.

No parecía una mujer con paciencia, ni con disposición para perder el tiempo en explicaciones innecesarias. Su postura era directa, firme, y la manera en que observaba a Leticia dejaba claro que cualquier palabra mal elegida, cualquier duda en el tono o en la intención, podía inclinar la situación en una dirección no deseada. Leticia lo percibió de inmediato. No era solo una conversación, era una negociación implícita donde cada gesto, cada silencio y cada matiz importaban tanto como lo que se dijera en voz alta.

Al llegar su turno, la gitana la miró de arriba abajo.

—¿Cuánto quieres, paya?

La voz de la mujer la sacó de sus pensamientos como un golpe seco. Leticia se quedó en silencio apenas un instante, el tiempo justo en el que la mente intenta encontrar una salida sin delatar la duda, consciente de que allí no podía permitirse vacilar demasiado. La gitana entrecerró los ojos, perdiendo lo poco que quedaba de paciencia.

—Niña… que cuánto quieres.

La pregunta no dejaba espacio para interpretaciones. Era directa, cerrada, y exigía una respuesta inmediata.

Alrededor, el ambiente cambió de forma casi imperceptible, pero suficiente. Los hombres que vigilaban dejaron de ser figuras difusas en segundo plano y empezaron a prestarle atención. Una mirada más fija. Un silencio más tenso. Uno de ellos se separó del grupo y se acercó sin prisa, pero con una intención clara, marcando cada

paso como si no tuviera ninguna duda sobre lo que iba a hacer. Antes de que Leticia pudiera reaccionar, le agarró del brazo con fuerza, clavando los dedos sin disimulo.

—Te está hablando. ¿Es que estás sorda?

La presión fue inmediata e incómoda, lo bastante firme como para recordarle dónde estaba y qué margen tenía realmente. Leticia lo sintió, pero no apartó la mirada ni hizo un gesto brusco. Reaccionó al instante, sin permitir que el silencio se alargara más de lo necesario. Metió la mano en el bolsillo y sacó dos billetes de veinte, sosteniéndolos entre los dedos con la naturalidad de quien ya ha tomado una decisión antes de que la situación se descontrole.

—Solo tengo esto.

La gitana cogió el dinero sin apartar la mirada de ella y se lo guardó en el canalillo con un gesto mecánico.

—Con esto tienes para un cuarto. ¿Coca o heroína?

—Coca.

La mujer pesó la sustancia con rapidez, con la precisión de quien repite el mismo gesto decenas de veces al día, la envolvió en un trozo de plástico y la cerró con un cordón de pan de molde antes de tendérsela sin mirarla demasiado. Leticia la sostuvo unos segundos entre los dedos, sin apartar la vista, como si no terminara de decidir qué hacer con aquello, y en ese pequeño margen encontró su oportunidad. Con un movimiento medido, sacó la fotografía y la colocó frente a ella.

—Estoy buscando a esta chica. ¿La conoces?

La gitana apenas le dedicó un vistazo, rápido y superficial, como si no quisiera implicarse más de lo necesario.

—No.

La respuesta fue inmediata, seca y sin espacio para más preguntas.

—¿Segura?

Esta vez la mujer levantó la mirada despacio. En sus ojos apareció algo distinto. No miedo, era otra cosa. Una dureza más marcada por un aviso.

—¿Qué te he dicho? Que no la conozco. Lárgate de aquí, paya.

La tensión, que hasta ese momento se había mantenido contenida, se hizo visible. El hombre que la había sujetado antes volvió a agarrarla, esta vez con más brusquedad, clavándole los dedos en el brazo mientras tiraba de ella hacia atrás. No hubo margen para resistirse. El empujón llegó casi al mismo tiempo, obligándola a retroceder hacia la salida, apartándola de la mesa y de la mirada de la mujer.

Y entonces, desde fuera, la voz rompió el aire.

—¡Agua!

El aviso se propagó en una fracción de segundo, como una descarga que recorrió la chabola de extremo a extremo. Todo cambió. Las miradas, los movimientos, el ritmo. La calma aparente desapareció, sustituida por una urgencia inmediata que no necesitaba explicación.

La luz se apagó de golpe, como si alguien hubiera arrancado el interruptor sin previo aviso, y el silencio cayó sobre la chabola con un peso denso, inmediato, casi físico. Nadie se movió. Nadie habló. La transición fue tan brusca que durante un instante pareció que el tiempo se había detenido dentro de aquel espacio. El hombre que la sujetaba no aflojó la presión; al contrario, la mantuvo firme mientras, con la otra mano, sacaba una navaja y la acercaba lo justo para que Leticia pudiera distinguir el filo en la oscuridad.

—Shhh… ni un ruido.

El susurro fue más amenazante que cualquier grito. Leticia sintió cómo la tensión se le instalaba en el pecho, obligándola a controlar cada respiración, a reducirla al mínimo, como si incluso el aire pudiera delatarla. En una de las esquinas, un yonqui sentado rompió ese equilibrio frágil al encender un mechero para fumarse un chino. La pequeña llama iluminó su rostro apenas un segundo. Fue suficiente. El gitano reaccionó sin dudar, girándose y propinándole una patada seca en la boca que lo dejó tendido en el suelo de inmediato, sin tiempo siquiera para quejarse. El golpe resonó breve, contenido, y después volvió el silencio.

Los segundos comenzaron a alargarse, uno tras otro, hasta volverse incómodos, pesados. Leticia notaba el latido en las sienes, la presión en el brazo, la presencia del hombre demasiado cerca.

Todo reducido a sensaciones mínimas que debía controlar para no romper ese equilibrio impuesto. Hasta que, finalmente, llamaron a la puerta con tres golpes secos.

La luz regresó de repente, devolviendo el espacio a su forma original como si nada hubiera ocurrido. Las sombras desaparecieron, las figuras recuperaron su contorno y el murmullo volvió poco a poco, casi de inmediato. El hombre apartó la navaja sin decir nada. La gitana volvió a su sitio detrás de la mesa y retomó su ritmo de trabajo con la misma naturalidad de antes, pesando, envolviendo, cobrando. Como si aquel instante de silencio no hubiera existido nunca. Como si todo formara parte de una rutina perfectamente asumida.

El hombre no le dio opción a reaccionar. La empujó con brusquedad hacia la salida, obligándola a retroceder a trompicones mientras aún intentaba recuperar el equilibrio. La mano seguía clavada en su brazo, firme, marcando el ritmo de cada paso hasta el umbral.

—Mira, niña —dijo la mujer desde la mesa, sin mirarla directamente, como si ya hubiera perdido todo interés—, no sé quién eres ni qué quieres, pero como te vuelva a ver por aquí… te rajo. ¿Me oyes? Te rajo y te entierro.

Las palabras cayeron con una frialdad absoluta, sin elevar la voz, sin necesidad de enfatizar nada. No era una amenaza lanzada al aire. Era una advertencia clara, directa, definitiva.

La puerta se abrió de un tirón, y antes de que Leticia pudiera prepararse, el empujón llegó con más fuerza. Salió despedida hacia el exterior, perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo con un golpe seco contra la tierra. El impacto le sacó el aire durante un instante, dejándola inmóvil, con las manos apoyadas en el suelo y el sabor a polvo en la boca. Detrás de ella, la puerta volvió a cerrarse. El sonido fue breve, pero suficiente para marcar el final.

De camino al coche, con la respiración aún acelerada y la amenaza de la gitana repitiéndose en su cabeza como un eco persistente, Leticia empezó a notar algo que no encajaba con el silencio del entorno. Pasos. Detrás de ella. No hizo falta que se girara para confirmarlo; lo supo al instante, por la cadencia, por la

forma en que se sincronizaban con los suyos. Aun así, apretó el paso, intentando mantener una calma que ya empezaba a resquebrajarse, midiendo cada movimiento para no delatar el miedo que comenzaba a abrirse paso bajo la piel.

No llegó lejos.

Dos de los hombres que había visto dentro de la chabola se adelantaron y le cortaron el paso, obligándola a detenerse en seco. Aparecieron casi sin ruido, colocándose frente a ella con una naturalidad inquietante, como si aquello formara parte de un procedimiento habitual. Uno de ellos esbozó una sonrisa desgastada, sin humor, como si la situación le resultara entretenida solo por costumbre.

—¿Dónde vas tan rápido?

Leticia sostuvo su mirada, obligándose a no bajar los ojos.

—Dejadme —respondió, intentando mantener la voz firme, aunque notaba la tensión en la garganta.

El otro dio un paso al frente, cerrando aún más el espacio.

—Eso lo decidiremos nosotros.

No había margen para negociar. Leticia lo entendió en ese mismo instante. Reaccionó por puro instinto, sin tiempo para pensar en consecuencias. Sacó la bolsita de cocaína del bolsillo y se la lanzó al pecho con un gesto brusco.

—¿Es esto lo que queréis? Tomad.

La bolsa rebotó contra él y cayó al suelo sin que el hombre se molestara siquiera en mirarla. Ni un gesto. Ni una duda.

—No queremos eso —dijo, acercándose un poco más, invadiendo su espacio con una calma que resultaba aún más inquietante—. Te queremos a ti.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos, pesadas, inevitables. Y por primera vez desde que había entrado en aquel lugar, Leticia sintió que la situación se le escapaba por completo.

El pulso se le disparó de golpe, como una descarga eléctrica que le recorrió el cuerpo. No hubo tiempo para pensar. Reaccionó por puro instinto. Levantó la pierna y lanzó una patada directa a la entrepierna del hombre. El impacto fue seco. Él se dobló sobre sí

mismo con un gemido contenido, y ese breve instante fue suficiente. Leticia echó a correr sin mirar atrás.

El suelo irregular le dificultaba cada paso, pero no redujo la velocidad. Escuchó los pasos detrás de ella casi de inmediato, primero lejanos, luego más claros, más rápidos. La perseguían. El aire empezó a faltarle en los pulmones, cada respiración más corta que la anterior, mientras avanzaba a ciegas entre sombras, esquivando estructuras mal iluminadas, tropezando con piedras, con tierra suelta, con todo lo que no podía ver con claridad. El sonido de sus propios pasos se mezclaba con los de ellos, acercándose.

Entonces las vio. Las luces.

Un coche de policía estaba detenido a unos quinientos metros de la salida del poblado, con los faros encendidos, cortando la oscuridad como una línea de salvación. Leticia concentró lo poco que le quedaba y corrió hacia él, ignorando el dolor en las piernas, la presión en el pecho, el miedo que ya no podía controlar. Llegó prácticamente sin aliento, golpeó la ventanilla con la mano abierta, una, dos veces, y sacó el carnet de periodista, pegándolo contra el cristal con urgencia.

—Soy periodista… por favor… ayúdenme.

Los dos agentes reaccionaron de inmediato. Abrieron las puertas casi al mismo tiempo y salieron del vehículo, alertados por su tono, por la forma en que había llegado, por todo lo que no hacía falta explicar. Leticia se giró, aún jadeando, señalando hacia la oscuridad de la que había salido, donde las sombras volvían a cerrarse como si nada hubiera pasado.

—Dos hombres me han intentado asaltar. Uno de ellos venía detrás de mí.

El copiloto enfocó con la linterna hacia el camino, barriendo la zona con el haz de luz, pero no se veía a nadie. Solo oscuridad.

—Aquí no hay nadie.

—Le habremos asustado —añadió el otro, mirando a Leticia con cierta seriedad—. ¿Qué estás haciendo aquí? Este no es lugar para que estés.

Leticia tardó un segundo en responder, todavía intentando recuperar el aliento.

—Estoy investigando una desaparición. Me trajo hasta aquí.

El agente negó levemente con la cabeza.

—Monta. Te llevamos.

—Tengo el coche fuera, con que me acerquen es suficiente.

Los policías intercambiaron una mirada breve antes de asentir. Leticia subió al vehículo y, mientras se alejaban del poblado, no pudo evitar mirar por la ventanilla, hacia la oscuridad que quedaba atrás, con la sensación de que aquello no había terminado… y de que alguien la había dejado marchar demasiado fácil.

9

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Leticia despertó sobresaltada por el sonido del teléfono, como si la llamada hubiera irrumpido directamente en mitad de un recuerdo del que aún no había salido del todo. Apenas había dormido cuatro horas; cada vez que cerraba los ojos regresaba a la chabola, a la oscuridad repentina, al silencio impuesto, a la navaja brillando a pocos centímetros de su cara. Tardó unos segundos en ubicarse, respirando con dificultad, mirando alrededor como si necesitara comprobar que estaba en su apartamento y no allí dentro, antes de alargar la mano y descolgar.

—¿Quién es?

—¿Laura?

La confusión fue inmediata, pero duró apenas un instante. Reconoció la voz al otro lado de la línea y recompuso el tono.

—Sí, soy yo.

—Le llamo del banco. Ya tiene restablecido el usuario y la contraseña. Se lo hemos enviado por SMS.

Cerró los ojos un segundo, procesando la información, notando cómo algo dentro de ella se tensaba de nuevo, esta vez de otra forma.

—De acuerdo. Muchas gracias, ha sido de gran ayuda.

Colgó sin añadir nada más, dejando el teléfono a su lado mientras la habitación recuperaba el silencio sin embargo, ya no era el mismo silencio de antes. Ahora tenía dirección. Y lo que iba a encontrar al otro lado de esa cuenta… podía cambiarlo todo.

Cuando por fin apareció la información en pantalla, Leticia se inclinó ligeramente hacia el portátil y comenzó a recorrer los movimientos con rapidez, dejando que la mirada saltara de una línea a otra en busca de algo que rompiera la rutina. Al principio todo

parecía normal: cargos habituales, pagos pequeños, movimientos que encajaban con una vida cotidiana sin sobresaltos. Pero entonces algo la hizo detenerse. Retrocedió y volvió a mirar, esta vez más despacio, fijándose en un único traspaso que destacaba entre el resto. Diez mil euros. La cifra no solo era elevada, sino que aparecía aislada, sin nada que la justificara alrededor. Leticia centró la atención en la fecha y notó cómo algo encajaba de forma inquietante. Coincidía prácticamente con los días de la desaparición. Permaneció en silencio unos segundos, sin apartar la vista de la pantalla, dejando que la idea se asentara. Aquello no era un movimiento cualquiera. No era un gasto impulsivo ni un pago rutinario. Era una decisión y probablemente, una decisión tomada con prisa… o bajo presión.

Frunció el ceño y abrió el detalle de la operación. El dinero había sido enviado a otra cuenta que no tenía nombre, ni apodo, ni ninguna referencia identificable. Solo una numeración fría, impersonal. El saldo de Laura quedó a cero después de ese movimiento. Leticia se quedó mirando la pantalla en silencio. No era una huida improvisada. Alguien había vaciado la cuenta y lo había hecho con demasiado cuidado como para dejar rastro.

Sin embargo, el avance se detuvo en seco al darse cuenta del problema que tenía delante: el dinero había salido, sí, pero no había forma de saber hacia dónde. No había nombre, ni apodo, ni ninguna referencia que permitiera identificar al destinatario. Era como si la transferencia se hubiera perdido en un vacío perfectamente diseñado para no dejar rastro. Leticia se quedó unos segundos mirando la pantalla, sabiendo que por sí sola no iba a poder avanzar por ahí. Dudó un instante antes de coger el teléfono y marcar un número que conocía bien.

—¿Te pillo bien? —preguntó cuando respondieron.

—Soy poli, nunca estoy bien —contestó Carlos, con ese tono entre cansado y seco que siempre utilizaba—. ¿Qué necesitas?

Leticia no fue directa al principio. Midió las palabras.

—Necesito averiguar a quién pertenece una cuenta bancaria.

Al otro lado hubo un breve silencio.

—En eso no voy a poder ayudarte —respondió él finalmente—. Para algo así necesito una orden judicial, y sabes cómo funciona esto.

Leticia apretó los labios, aunque ya esperaba esa respuesta.

—Sí… lo imaginaba.

Carlos no colgó de inmediato.

—¿Alguna cosa más?

Ahí hizo una pausa. Lo suficiente para decidir.

—Sí. Quiero que averigües todo lo que puedas sobre Manuel Pérez.

—Te llamaré cuando tenga algo.

Leticia colgó y dejó el teléfono sobre la mesa. Por primera vez desde que empezó el caso, el foco dejaba de estar solo en Laura. Y empezaba a moverse hacia alguien mucho más cercano.

Entrada la tarde, cuando el cansancio empezaba a notarse más en el cuerpo que en la cabeza, el teléfono de Leticia vibró sobre la mesa. No necesitó mirar la pantalla para saber quién era. Descolgó casi al instante.

—Ya lo tengo.

La forma en que lo dijo fue suficiente para que Leticia se incorporara en la silla.

—Eres el mejor —respondió, con una media sonrisa que no llegaba a ocultar la tensión.

—Lo sé —replicó Carlos sin perder ese tono seco—. Quedamos en una hora debajo del puente de la M-40.

—Sé puntual.

—Siempre lo soy cuando merece la pena.

La llamada se cortó sin despedidas. Dejó el teléfono sobre la mesa y se quedó unos segundos inmóvil, asimilando lo que acababa de escuchar. Si Carlos había tardado tan poco en encontrar algo… significaba que no había tenido que buscar demasiado.

Y eso, casi nunca, era buena señal.

Leticia llegó al puente unos minutos antes de la hora acordada, reduciendo la velocidad al acercarse como si necesitara asegurarse de que era el lugar correcto. La estructura se alzaba sobre ella, pesada y oscura, mientras el sonido constante de los coches

pasando por arriba caía como un eco lejano y repetitivo. Aparcó a un lado, en una zona de tierra húmeda, y bajó del coche con el abrigo ajustado al cuerpo. El aire era más frío allí abajo, más denso, cargado de olor a agua estancada y cemento mojado. Avanzó unos pasos, observando las sombras que se acumulaban entre los pilares, intentando distinguir alguna silueta conocida. No había nadie a simple vista. Solo el goteo irregular de alguna filtración y el murmullo del tráfico sobre su cabeza. Se detuvo, cruzándose de brazos, con la sensación de estar en un lugar donde nadie pasaba por casualidad. Si Carlos la había citado allí, no era por comodidad. Era porque lo que tenía que contar no debía escucharlo nadie más.

Permaneció unos segundos más en silencio, con la mirada perdida entre los pilares, hasta que, a lo lejos, unos faros se encendieron y parpadearon dos veces. Leticia giró la cabeza al instante. Un coche estaba detenido a varios metros, medio oculto en la penumbra, con el motor en marcha. No lo había visto llegar. Dudó apenas un segundo antes de empezar a caminar hacia él, con paso firme pero atenta a cualquier movimiento a su alrededor. A medida que se acercaba, reconoció la silueta al volante.

Carlos no bajó del coche, se limitó a inclinar ligeramente la cabeza hacia el asiento del copiloto.

Leticia rodeó el vehículo, abrió la puerta y se sentó sin decir nada, cerrando con cuidado. Dentro, el aire estaba cargado, con olor a tabaco frío y a café. Carlos mantenía la mirada al frente, las manos apoyadas en el volante, como si aún no hubiera decidido por dónde empezar. Durante unos segundos, ninguno habló. Solo se escuchaba el motor en ralentí amortiguado, y el tráfico sobre sus cabezas.

Leticia fue la primera en romper el silencio.

—Cada vez quedamos en sitios más extraños —comentó Leticia con una media sonrisa, y aún con la respiración ligeramente contenida por el entorno.

Carlos soltó una leve exhalación, sin humor.

—Sabes que no me gusta que me vean contigo. Últimamente hay muchas filtraciones a la prensa… y eso a los de arriba no les gusta. Y tú eres bastante conocida.

Sin más preámbulos, sacó una carpeta del asiento trasero y se la tendió.

—Esto es lo que tengo.

Leticia la abrió sobre sus rodillas, aprovechando la luz tenue del salpicadero. Pasó la primera hoja… y luego otra. Su gesto cambió. Manuel Pérez había sido condenado hacía cinco años por violencia de género y abuso sexual a una ex pareja, Viviana Zarza. Cerró la carpeta despacio, sin apartar la mirada de los papeles durante un segundo más.

—¿Es lo único que tienes?

—Sí —respondió Carlos, girándose ligeramente hacia ella—. ¿En qué estás metida exactamente?

Pensativa, apoyó la carpeta entre ambos.

—En la desaparición de su hermana… y creo que todavía no hemos visto lo peor de Manuel Pérez.

Carlos la observó en silencio, como calibrando hasta dónde debía implicarse.

—No puedes averiguar una cuenta bancaria, ¿no? —añadió ella.

—No sin una orden judicial.

Leticia soltó el aire por la nariz.

—Mierda… Hay una transferencia de diez mil euros desde la cuenta de la hermana. A una cuenta sin nombre.

Carlos frunció ligeramente el ceño.

—Oficialmente no se puede… pero extraoficialmente…

Leticia levantó la vista.

—¿A qué te refieres?

Carlos dudó un instante antes de responder.

—Con dinero, puedes averiguar casi cualquier cosa. En la brigada tecnológica hay gente que, para casos muy concretos, recurre a alguien de fuera. No es oficial. Ni limpio.

—Sigue.

—Un compañero me habló de una mujer. No trabaja para nadie, pero sabe moverse en ese terreno mejor que muchos dentro. La llaman Zalander.

Leticia entrecerró los ojos.

—¿Un programa?

Carlos negó.

—No. Una persona. El apodo viene de un personaje literario.

Leticia asimiló la información en silencio unos segundos.

—¿Y cómo contacto con ella?

—No directamente —respondió, sacando el móvil—. Apunta este número. Es de Luisito. Si alguien puede ponerte en contacto, es él. Dile que vas de mi parte.

Leticia anotó el número sin hacer más preguntas.

—¿Algo más?

Carlos negó despacio.

—No. Y cuanto menos sepa, mejor para los dos.

Leticia asintió, abrió la puerta y bajó del coche. El aire frío del exterior la envolvió de nuevo. Antes de cerrar, miró a Carlos una última vez.

—Gracias.

Él no respondió. Solo arrancó y se perdió bajo el puente sin mirar atrás. Leticia se quedó sola unos segundos, con el sonido de los coches pasando por encima y la sensación de que acababa de cruzar otra línea más.

Caminó unos metros en silencio, con cientos de ideas en la cabeza hasta que una terminó imponiéndose sobre las demás. Necesitaba hablar con la ex pareja de Manuel. Si este llevaba años controlando y manipulando a quienes tenía cerca, quizá ella podía dar más información. Aunque era tarde, se dirigió a la dirección que ponía en el informe.

En veinte minutos llego al portal, respiró hondo y llamó al telefonillo.

—¿sí?

—¿Eres Viviana Zarza? —preguntó Leticia.

—Soy yo, ¿Quién eres?

—Me llamo Leticia Santos, soy periodista, me gustaría hablar con usted.

—¿Sobre qué?

—Manuel Pérez.

Hubo un silencio.

—No tengo nada de qué hablar.

—Disculpe, antes de que cuelgue, es importante, por favor.

Hubo otro silencio, esta vez más largo.

—Suba.

Viviana abrió la puerta. Tendría poco más de cuarenta años. Llevaba el pelo recogido deprisa y unas ojeras profundas que endurecían aún más su expresión. Parecía incomoda de verla allí.

—Gracias por recibirme.

La mujer dudó un instante antes de abrir del todo.

—No quiero hablar mucho. Pero entre.

El piso era pequeño y silencioso. Demasiado silencioso. Eso le dijo más que cualquier palabra.

—Háblame de Manuel.

—¿Por qué quiere saber?

—Estoy investigando la desaparición de Laura Pérez, su hermana. Necesito saber cómo era Manuel.

Hubo unos segundos de silencio.

—Encantador al principio —murmuró ella finalmente—. Siempre empiezan así.

Leticia no la interrumpió.

—Atento, educado, protector… De esos hombres que parecen preocuparse demasiado por ti y al principio hasta te gusta.

Levantó la vista lentamente.

—Luego empiezan las preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas?

—Dónde estás, con quién, por qué tardaste diez minutos más de lo normal. Cosas pequeñas.

Sus dedos juguetearon inconscientemente con la manga del jersey.

—Y cuando te quieres dar cuenta… ya estás justificando cada cosa que haces.

Leticia permaneció en silencio, dejando espacio.

—¿La golpeaba?

La mujer tardó en responder.

—Nunca delante de nadie.

La frase quedó suspendida entre ambas.

—¿Lo denunció?

Asintió despacio.

—La última vez pensé que me mataba.

El aire de la habitación pareció hacerse más pesado.

—¿Por qué?

Ella sonrió apenas. Una sonrisa rota.

—Porque quise dejarlo.

Silencio.

—¿Alguna vez habló de Laura?

Aquella pregunta pareció incomodarla más que las anteriores.

—Demasiado.

Leticia levantó ligeramente la vista.

—¿A qué se refiere?

La mujer dudó. Por primera vez desde que había empezado la conversación parecía valorar si debía seguir hablando o no.

—No era normal.

—Explíqueme eso.

Se humedeció los labios antes de responder.

—La forma en que hablaba de ella… no parecía la de un hermano.

Leticia no dijo nada.

—Era obsesivo y controlador, como si Laura le perteneciera.

Un silencio espeso llenó el salón.

—Una vez lo escuché decir algo.

—¿Qué cosa?

La mujer tragó saliva.

—Que ningún hombre iba a quererla más que él.

Leticia sintió un frío lento recorriéndole la espalda.

—¿Se lo dijo a Laura?

—No, me lo dijo a mí.

—¿Y ella?

La mujer negó despacio.

—No sé cuánto sabía Laura… pero sí sé una cosa.

Leticia esperó.

—Le tenía miedo. Muchísimo miedo.

10

A las tres de la madrugada, el silencio del descampado de Villaverde se rompió con el crepitar de las llamas, un sonido seco y constante que parecía devorar cualquier rastro de quietud en el entorno. Una llamada anónima e incapaz de conciliar el sueño por el resplandor anaranjado que se filtraba entre las rendijas de su persiana, fue la primera en advertirlo. Entreabriendo apenas la ventana y al asomarse con cautela, distinguió un coche ardiendo en mitad del terreno, envuelto en un fuego que se alzaba con violencia, proyectando sombras que danzaban sobre las fachadas de las pequeñas casas bajas que rodeaban la zona y que, en la penumbra, parecían observar la escena en un silencio inquietante. Sin pensarlo demasiado, con el pulso acelerado y la mirada fija en la columna de humo que comenzaba a elevarse, marcó el número de emergencias.

Minutos después, el ulular de las sirenas rasgó la noche, acercándose con rapidez hasta quebrar por completo el silencio del descampado. Dos patrullas de policía llegaron primero, iluminando la zona con los destellos azules que se mezclaban de forma inquietante con el resplandor anaranjado del fuego, creando un contraste inestable que convertía la escena en algo casi irreal. Los agentes bajaron del vehículo con rapidez, desplegándose de inmediato para acordonar el perímetro mientras el calor comenzaba a hacerse insoportable incluso a varios metros de distancia, obligándolos a mantener la cautela en cada paso. El coche ardía con violencia, consumido por las llamas que se alimentaban del interior con una intensidad desproporcionada, como si alguien hubiera querido asegurarse de que no quedara absolutamente nada reconocible en su interior, ni rastro útil, ni pista evidente que pudiera resistir el paso del fuego.

Los bomberos no tardaron en llegar. Desplegaron las mangueras con rapidez y comenzaron a sofocar las llamas, que se resistían con furia inicial antes de ir cediendo poco a poco bajo la presión constante del agua, chisporroteando y debilitándose hasta perder fuerza. El humo negro se elevaba denso hacia el cielo, formando una columna espesa que se expandía lentamente, dejando a su paso un olor acre, penetrante, que impregnaba el ambiente y obligaba a los presentes a cubrirse la boca y apartar la mirada.

Cuando el fuego finalmente se extinguió y el coche quedó reducido a un esqueleto humeante, ennegrecido y deformado por el calor, uno de los bomberos se acercó con cautela, avanzando entre los restos aún calientes. Con una herramienta, apartó con cuidado los fragmentos calcinados de la puerta y se inclinó hacia el interior, iluminando el habitáculo con la linterna. Se quedó unos segundos en silencio, inmóvil y sin apartar la vista, observando con atención aquello que acababa de quedar al descubierto, como si lo que estaba viendo requiriera confirmación antes de ser comunicado.

—Aquí hay alguien —dijo al fin, con voz grave, rompiendo el silencio con una certeza que no dejaba lugar a dudas.

Uno de los policías se acercó de inmediato, avanzando con cuidado hasta colocarse junto al bombero y asomarse por encima de su hombro para observar el interior del vehículo. Dentro, en lo que quedaba del asiento del conductor, se distinguía una figura completamente carbonizada, irreconocible, reducida a una silueta oscura y encogida sobre sí misma, como si en los últimos instantes hubiera intentado protegerse o escapar antes de que el fuego lo consumiera todo. Nadie dijo nada durante unos segundos que parecieron alargarse más de lo necesario, cada uno procesando en silencio lo que tenía delante, sin atreverse a verbalizarlo aún.

El silencio volvió a caer sobre el descampado, envolviendo a los presentes con una densidad distinta a la de antes, más opresiva, más incómoda. Pero esta vez… era mucho más pesado, como si el hallazgo hubiera transformado por completo el ambiente y dejado suspendida en el aire una certeza que nadie quería nombrar.

****

El teléfono empezó a vibrar sobre la mesilla de Leticia, rompiendo el silencio denso de la madrugada con un zumbido insistente que parecía amplificarse en la quietud de la habitación. Abrió los ojos con dificultad, desorientada durante unos segundos, tratando de ubicarse entre el sueño y la realidad, hasta que el sonido repetido terminó de arrancarla por completo del descanso. Parpadeó varias veces antes de extender la mano y tomar el dispositivo, aún con el pulso lento y la mente nublada. Miró la pantalla a oscuras, observando con la poca luz del móvil el número de Carlos. Frunció el ceño de inmediato, la somnolencia desplazada por una leve tensión que se instaló en su expresión. No eran horas para una llamada cualquiera, y mucho menos de él, lo que hizo que, antes incluso de contestar, una inquietud silenciosa comenzara a abrirse paso en su interior.

—¿Sí? —respondió, con la voz aún áspera.

Al otro lado hubo un breve silencio.

—¿Te he despertado?

—Son las tres y media, tú verás.

Carlos soltó una leve exhalación.

—Han encontrado un coche calcinado en un descampado de Villaverde. Dentro hay un cadáver.

Leticia se incorporó de golpe.

—¿Es Laura?

—Mejor deberías venir —dijo, más seco esta vez—. Pero escúchame bien, no puedo aparecer contigo ni hablar contigo allí. Si alguien pregunta, no me conoces.

El tono era claro.

—¿Qué pasa, Carlos?

—Aunque hay media matrícula calcinada, creemos que puede ser el coche de Laura—Hizo una pausa—. Te mando la ubicación. Entra por tu cuenta.

Colgó.

Leticia se quedó unos segundos inmóvil, procesando la llamada, dejando que el silencio de la madrugada volviera a ocupar el espacio mientras su mente encajaba la urgencia implícita en ese contacto inesperado. Luego se levantó sin encender la luz, moviéndose con

rapidez contenida para no perder tiempo ni claridad en sus gestos, se vistió a prisa y cogió las llaves con un movimiento casi automático. La carretera estaba prácticamente vacía, atravesada únicamente por algún vehículo aislado que cruzaba a lo lejos. Las luces de la ciudad se deslizaban sobre el parabrisas como destellos intermitentes mientras conducía en silencio, con la mente ya en marcha, repasando posibilidades, conexiones y dudas que se acumulaban sin respuesta. Cuando llegó al descampado, redujo la velocidad instintivamente y vio desde lejos los destellos azules de la policía recortándose en la oscuridad, junto a una columna de humo que aún se elevaba en el aire, visible incluso antes de distinguir con claridad el origen de aquel foco que, sin saberlo aún, estaba a punto de cambiar el rumbo de la noche.

Aparcó a cierta distancia y caminó hacia la zona acordonada, percibiendo desde los primeros pasos el olor a quemado, intenso y pegajoso, que se adhería al aire y parecía impregnarse en la ropa y en la piel. Aprovechando la oscuridad y el movimiento disperso de los agentes, se acercó al perímetro y, en un gesto rápido y medido, se coló por debajo del cordón policial, avanzando con cautela para no llamar la atención. Se mezcló entre los presentes, procurando mantener la mirada baja y evitar cualquier contacto visual directo, mientras escaneaba el entorno en busca de Carlos por simple instinto. No lo vio o quizá él ya la había visto a ella y estaba eligiendo mantenerse al margen, evitando cualquier encuentro en ese momento.

Se acercó al vehículo con pasos cada vez más lentos. A la luz intermitente de las linternas y los destellos lejanos, el coche no era más que un esqueleto negro, retorcido y deformado por el fuego, con las formas originales apenas reconocible bajo la capa de hollín y metal vencido. Un bombero permanecía junto a la puerta, iluminando el interior con una linterna mientras inspeccionaba en silencio. Leticia dio un paso más, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en su pecho.

Y entonces lo vio. Una figura completamente calcinada, irreconocible, y encogida sobre sí misma en el asiento, reducida a una forma oscura que apenas conservaba la idea de lo que había

sido en vida. El estómago se le cerró de golpe, una reacción inmediata, física, que le cortó la respiración por un instante. Por un momento, todo lo demás desapareció: el ruido de fondo, las luces, las voces… solo quedó esa imagen fija, grabándose en su mente con una claridad inquietante.

A su vez quer observaba, una mano firme le tocó el hombro, sacándola de golpe de aquel estado casi hipnótico en el que había quedado atrapada. Leticia se giró de inmediato, con el pulso aún acelerado y la imagen del interior del coche todavía presente en su mente. Frente a ella, el jefe de unidad la miraba con el ceño fruncido, evaluándola de arriba abajo con una mezcla de sorpresa contenida y desconfianza, como si intentara encajar su presencia en un lugar donde claramente no debía estar. Su postura era rígida, autoritaria, y la forma en que mantenía la mirada fija en ella dejaba claro que no iba a pasar por alto cómo había llegado hasta allí.

—¿Tú quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Soy una vecina —respondió sin titubear—. Solo quería saber qué ha pasado.

El jefe de unidad no pareció creérselo ni por un segundo.

—Regístrala —ordenó, sin apartar los ojos de ella.

Una agente se acercó y comenzó a cachearla con rapidez. Le sacó la cartera, revisó el DNI y se lo entregó al jefe.

—Leticia Santos… —leyó en voz alta—. La calle que pone aquí, no pertenece a este barrio.

La agente encontró otro carnet y se lo mostró.

—Periodista —le comunicó al jefe.

El gesto del jefe cambió apenas un instante, lo justo para endurecerse aún más.

—¿Así que se nos ha colado una periodista? ¿Quién te ha avisado?

—Nadie. Pasaba por aquí, y me entró curiosidad.

El jefe la sostuvo un segundo más con la mirada.

—Claro… —respondió con ironía—. Aquí no puedes estar. Jorge, Luis, sacadla de aquí.

Le devolvió sus cosas sin decir nada.

—Y que no te vuelva a ver por aquí.

Dos agentes se acercaron sin decir nada y la sujetaron con firmeza, uno a cada lado, escoltándola hacia la salida sin darle opción a replicar. Leticia no opuso resistencia; se dejó llevar, consciente de que cualquier explicación en ese momento sería inútil. Sus pasos avanzaban casi por inercia, pero su mente seguía anclada en la imagen del coche y en la figura calcinada que acababa de ver. Mientras la apartaban del cordón, alzó la vista por instinto, y entonces lo vio. A unos metros, entre los destellos azules que cortaban la oscuridad, Carlos permanecía inmóvil, observándola en silencio. No se acercó, ni dijo nada. Pero tampoco apartó la mirada. Y en ese cruce breve y sostenido, Leticia comprendió que él sabía más de lo que estaba dispuesto a decir.

Los agentes la acompañaron hasta el límite del cordón policial y la soltaron sin demasiada delicadeza. Leticia dio un par de pasos más, alejándose lo justo para no llamar la atención, pero sin apartar la vista del descampado. El humo seguía elevándose en el aire, denso, pegajoso, y el olor a quemado parecía habérsele quedado incrustado en la garganta. Se apoyó en la puerta de su coche, intentando ordenar las ideas, aunque una sensación incómoda empezaba a abrirse paso poco a poco.

Alzó la vista de nuevo hacia el vehículo calcinado. Desde allí apenas se distinguía una silueta oscura entre los restos, pero algo en la escena no terminaba de encajarle. No sabía qué era exactamente. Quizá fuera el lugar o quizá la hora. O tal vez la llamada de Carlos, ese tono extraño y esa insistencia en que viniera.

Bajó la mirada, llevándose la mano a la frente, presionando con los dedos como si pudiera empujar hacia fuera la idea que empezaba a abrirse camino en su mente. Era absurdo. No tenía sentido, no podía ser y sin embargo, cuanto más intentaba apartarla, con más fuerza regresaba, insistente, clara, e imposible de ignorar.

Laura.

El nombre apareció con una nitidez que le heló el cuerpo, instalándose en su pensamiento sin pedir permiso, conectando con todo lo que había visto hasta ese momento: la fotografía

manipulada, la nota, el dinero, el silencio de Carlos. Todo empezaba a alinearse de una forma que no quería aceptar.

Tragó saliva, notando la garganta seca, incapaz de sostener esa posibilidad sin que algo dentro de ella se resquebrajara.

Recordó la grabación de la gasolinera en Valencia. La mujer con gorra, gafas de sol, evitando la cámara. Recordó el dinero, los diez mil euros. Recordó a Manuel, su voz quebrada, las lágrimas cayendo mientras aseguraba que jamás le haría daño. Todo encajaba… y al mismo tiempo, nada lo hacía.

Volvió a mirar hacia el descampado. Los destellos azules seguían iluminando la escena de forma intermitente, como si la realidad se fragmentara en imágenes inconexas.

—No… —murmuró para sí misma.

Pero la duda ya estaba ahí.

Se incorporó despacio, como si el cuerpo necesitara unos segundos para responder, y rodeó el coche sin apartar del todo la mirada de aquel punto que evitaba fijar. Alzó la vista hacia el cordón policial, consciente de que no podía cruzarlo otra vez, de que ya había llevado la situación demasiado lejos. Aun así, buscó con la mirada a alguno de los agentes, a cualquiera que pudiera darle una respuesta, un gesto, un detalle que confirmara o descartara lo que empezaba a tomar forma en su cabeza. Porque si aquello era Laura… entonces todo lo demás cambiaba. Y Manuel… dejó la idea sin terminar, como si completarla la hiciera demasiado real. Por primera vez desde que había empezado la investigación, sintió un miedo distinto, más frío, más profundo, más consciente. Y lo peor no era lo que podía haber ocurrido, sino no tener claro en quién podía confiar a partir de ese momento.

El móvil vibró en su bolsillo, sacándola de sus pensamientos como un tirón brusco. Leticia tardó un segundo en reaccionar, con esa sensación incómoda de que cualquier cosa que fuera a leer no traería nada bueno. Aun así, lo sacó y miró la pantalla. Un mensaje de Carlos. Lo abrió.

«La matrícula coincide. Es el coche de Laura.»

Se quedó inmóvil. La vista fija en el descampado, pero sin verlo realmente. Las palabras seguían ahí, claras, inamovibles, y aun así

su mente parecía resistirse a procesarlas del todo. Poco a poco, el ruido de las sirenas, las voces de los agentes y el movimiento a su alrededor empezaron a difuminarse, como si alguien bajara el volumen del mundo, dejando solo ese pensamiento ocupándolo todo.

El coche era de Laura.

La certeza se asentó despacio, pero con un peso imposible de esquivar y con ella, el resto de piezas comenzaron a encajar con una precisión inquietante: la fotografía manipulada, la nota, el dinero, el silencio de Carlos, cada detalle que hasta ese momento había sido una incógnita empezaba a alinearse en una dirección que no quería aceptar.

Porque si el coche era suyo… Entonces Laura no solo había desaparecido. Había estado mucho más cerca de todo aquello de lo que nadie había contado.

11

Leticia volvió al descampado a primera hora de la mañana cuando aún la luz gris del día dejaba al descubierto detalles que la noche había ocultado. No había cordón policial ni sirenas, solo el terreno abierto y silencioso, como si nada hubiera ocurrido allí unas horas antes. Avanzó despacio, reconociendo el lugar, y enseguida localizó el punto exacto donde había estado el coche: un rectángulo irregular de tierra ennegrecida, marcada por el fuego, rodeado de ceniza dispersa y pequeños restos que el viento había esparcido sin orden. Las huellas de los neumáticos aún eran visibles en el suelo, aunque parcialmente borradas, Leticia se agachó para observarlas con atención, siguiendo su trazo hasta donde se perdían entre la tierra más firme. A su alrededor, el descampado parecía haber conservado una memoria silenciosa de lo ocurrido, como si cada marca contara una parte de la historia.

Después, se dirigió al bar de enfrente, uno de esos que nunca terminaban de cerrar, donde la noche y la mañana se mezclaban sin que nadie pareciera marcar la diferencia. Era propiedad de una gitana, y ya desde la puerta se percibía ese ambiente denso de lugar acostumbrado a todo tipo de historias. Entró sin llamar la atención y se acercó a la barra, sintiendo cómo varias miradas se posaban en ella apenas un segundo antes de apartarse. Se sentó en un taburete y pidió un café con un par de porras, manteniendo un tono neutro, como si no hubiera nada fuera de lo normal en su presencia allí.

Mientras desayunaba, dejó que el tiempo pasara despacio, observando el local con discreción. Analizó los gestos, las conversaciones a media voz, la forma en que la gente entraba y salía sin detenerse demasiado. Era un lugar de tránsito, pero también de información, de silencios compartidos y de códigos no escritos. Leticia no intervino al principio, solo se mantuvo en espera. Terminó

el café, apartó el plato y, cuando encontró el momento adecuado, cuando la mujer quedó libre al otro lado de la barra, se incorporó ligeramente. Antes de hablar, sacó el teléfono con un gesto discreto y activó la grabadora para a continuación, dejarlo bocabajo sobre la mesa como si fuera un movimiento más, sin importancia. Luego se dirigió a ella, consciente de que, a partir de ese instante, cada palabra volvería a importar.

—Vaya lío se montó anoche, ¿no? —comentó, mojando la porra.

—Ya ves… el pan de cada día.

—¿Se sabe quién ha sido?

—Aquí nadie sabe ná.

Leticia asintió, como si la respuesta le encajara, pero no insistió por ese camino. Levantó la vista y fue directa.

—¿Usted vio algo?

La gitana la miró con calma, midiendo cada gesto.

—¿Por qué preguntas tanto? ¿No serás de la pasma? Porque si lo eres, a tus compañeros no les dijimos una mierda.

—No soy policía —respondió Leticia—. Me llamo Leticia Santos, soy periodista.

La mujer resopló.

—Pues peor me lo pones.

—Estoy investigando la desaparición de una chica —continuó Leticia, bajando ligeramente la voz—. Creo que es la del coche de anoche.

La gitana no respondió.

—Usted es madre, ¿verdad?

—De cinco.

—Entonces lo entiende. Si fuese su hija… ¿no querría saber quién ha sido?

La mujer entrecerró los ojos, estudiándola.

—Mira la paya cómo manipula…

Hubo un silencio breve. Esta vez, no incómodo. Distinto.

—Pregunta a la tía Basilia —dijo finalmente—. Esa vieja no duerme. Se pasa la noche vigilando.

—¿Vigilando qué?

La gitana esbozó una media sonrisa.

—Pues lo que hay que vigilar…

Leticia lo entendió sin necesidad de más palabras.

—¿Dónde la encuentro?

—Ahí enfrente, en las casitas. Pero yo que tú no iría sola…

—Es una pena.

—Espera. ¡Agustín! Ven acá.

Un chaval de unos catorce años apareció desde el fondo.

—¿Qué pasa?

—Lleva a la paya a ver a la tía Basilia.

El chico asintió sin hacer preguntas.

—Gracias —dijo Leticia.

—No me las des —replicó la gitana—. Y que no me entere yo de que esto sale en la tele o donde sea… porque te busco la ruina.

—Descuida.

Dejó un billete sobre la barra, agarró su móvil sin dejar de grabar y se levantó. Salió del bar junto a Agustín, sintiendo que acababa de abrir una puerta… y que lo que había detrás no iba a ser precisamente fácil.

Las casitas bajas se alzaban al otro lado de la calle como un mundo aparte, separadas del resto del barrio por algo más que la distancia, como si existiera una frontera invisible que no todos podían cruzar sin consecuencias. Leticia avanzó junto a Agustín, acompasando el paso al suyo, y notó cómo el ambiente cambiaba de forma casi imperceptible con cada metro que dejaban atrás. El ruido de la ciudad fue quedando atrás hasta desaparecer por completo. Allí no había tráfico, ni voces, ni el murmullo constante que solía envolver cualquier calle. Solo silencio.

Un silencio denso, incómodo, cargado de algo que no terminaba de definirse, como si cada fachada, cada ventana, escondiera una presencia contenida. Leticia no necesitó mirar directamente para saber que no estaban solos. Lo sintió. En las cortinas ligeramente desplazadas, en las persianas a medio bajar, en esa quietud demasiado perfecta para ser natural. Era la sensación de estar siendo observado sin poder ver a quién, de avanzar por un lugar donde cada paso era registrado sin que nadie se mostrara. Aun así,

no se detuvo. Siguió caminando, consciente de que ya no había vuelta atrás.

El chico caminaba unos pasos por delante, sin decir nada, con la naturalidad de quien conoce bien el terreno. Leticia lo siguió, consciente de que estaba entrando en un lugar donde no era bienvenida. El suelo de tierra levantaba un leve polvo con cada pisada, y algunas puertas entreabiertas dejaban escapar miradas rápidas que desaparecían en cuanto ella giraba la cabeza. La grabadora del móvil continuaba captando sonidos de aquel lugar de Villaverde.

—Ahí —dijo Agustín, señalando con la barbilla.

Una casa más deteriorada que las demás, con la fachada desgastada y la pintura cuarteada, destacaba entre las casitas. En la entrada, sentada en una silla baja, estaba la tía Basilia, completamente inmóvil, como si llevara horas en la misma postura. No parecía sorprendida ni curiosa por la presencia de Leticia; simplemente estaba allí, observando, como si ya supiera que iba a llegar. Leticia se detuvo un instante antes de acercarse, sintiendo una incomodidad difícil de explicar, como si aquella mujer no solo vigilara lo que ocurría fuera, sino también lo que uno llevaba dentro.

—Tía, ¿cómo se encuentra usted? —preguntó Agustín, inclinándose para darle dos besos.

—Bien, hijo, bien.

—Mire, tía, esta es…

—Me llamo Leticia, soy periodista —se adelantó ella.

—Quiere saber si vio usted algo —añadió el chico.

La anciana la observó con calma, sin apartar la mirada.

—Estos ojos ya están viejos… pero aún ven.

—Puedes preguntarle lo que quieras, pero con respeto y de usted —le dijo Agustín a Leticia en voz baja.

Leticia asintió levemente antes de dar un paso al frente.

—¿Puede decirme qué vio?

La tía Basilia, vestida de luto riguroso, permaneció en silencio unos segundos, con la mirada perdida en algún punto indefinido, como si necesitara ordenar los recuerdos antes de darles forma en palabras. Cuando finalmente habló, lo hizo sin prisa, con una calma

que contrastaba con lo que estaba a punto de contar. Dijo que había visto un coche entrar en el descampado, algo que, en aquella zona, no llamaba especialmente la atención. Un hombre se bajó del vehículo, abrió el maletero con un gesto decidido y sacó un cuerpo, manipulándolo con una frialdad que parecía indicar que sabía exactamente lo que hacía. Lo arrastró hasta el asiento del copiloto y lo colocó allí con esfuerzo contenido, como si aquel movimiento formara parte de un proceso ya previsto. Después, sin detenerse demasiado, roció el interior del coche con gasolina y le prendió fuego, alejándose de las llamas con la misma calma con la que había llegado, mientras el fuego comenzaba a consumirlo todo en cuestión de segundos.

—¿No avisó a la policía? —preguntó Leticia casi sin pensar.

—Paya —intervino Agustín de inmediato—, no te pases.

—Perdón, no quería…

—No pasa ná —respondió la anciana, sin molestarse.

—¿Vio usted al hombre?

—De lado… cuando salió del descampado. Lo vi un momento, bajo la farola.

Leticia asintió levemente, sin perder detalle, dejando que el silencio empujara a la mujer a seguir hablando.

—¿Iba solo?

La mujer dudó un instante, como si rebuscara en su memoria.

—Sí… yo diría que sí.

Leticia inclinó un poco la cabeza.

—¿Puede describirlo?

—Parecía… —titubeó— un gitano. Tenía el pelo negro, largo… y barba.

Leticia tomó aire despacio.

—¿Algún detalle que recuerde de la ropa… o algo más?

La mujer frunció el ceño, incómoda.

—No mucho… pero creo que tenía algo en el cuello. Una mancha.

—¿Qué tipo de mancha?

—No sé… —negó con la cabeza—. De esas que llevan los chavales hoy en día.

Leticia la miró fijamente.

—¿Un tatuaje?

La mujer asintió, más segura esta vez.

—Eso. Sí… un tatuaje, parecían líneas… saliendo del cuello hacia arriba.

Leticia no respondió de inmediato. Su mirada se desvió un segundo, apenas un segundo, como si esa última imagen hubiera encajado en algún lugar que no terminaba de ver con claridad. Luego volvió a centrarse en la mujer.

—¿Está segura de eso?

Leticia asintió, procesando la información.

—¿Podría decirme si el cuerpo del maletero era de hombre o mujer?

—Mujer, o eso pareció por el pelo largo.

—Con esto me vale. Gracias, tía Basilia.

—A mandar.

—¿Tienes coche? —preguntó Agustín.

—Sí.

—Te acompaño.

—No hace falta, pero gracias.

Leticia sacó un billete de cinco euros y se lo ofreció.

—Toma, por tu ayuda.

El chico lo cogió con una sonrisa.

—Gracias, guapa. Ya no se encuentran payas como tú.

Leticia no respondió. Se dio la vuelta y regresó al coche. Minutos después, abandonaba Villaverde con la sensación de que acababa de dar un paso importante… Y aquel paso le mostró la descripción del ex novio de Laura.

12

A media tarde, mientras escuchaba en su casa la grabación de Villaverde, el teléfono sonó con un tono breve que rompió el silencio de la estancia. Leticia detuvo lo que estaba haciendo, manteniendo la mirada fija en los papeles extendidos sobre la mesa durante un instante, antes de coger el móvil. En la pantalla apareció el nombre de Carlos. Dudó apenas un segundo antes de contestar, consciente de que aquella llamada no era casual y de que, muy probablemente, traía consigo algo que podía alterar de nuevo el curso de todo lo que estaba investigando.

—No hables y escucha. Quedamos a las seis en la gasolinera de las Carolinas.

Colgó sin darle opción a responder.

A las seis en punto, Leticia llegó al lugar acordado. Carlos ya estaba allí, al volante. Sin decir nada, ella abrió la puerta del copiloto y se subió.

—¿Adónde vamos?

—A lavar el coche.

No añadió nada más. Avanzó unos metros y metió el vehículo en el túnel de lavado. Las escobillas comenzaron a golpear la carrocería y el sonido del agua envolvió el interior, aislándolos del exterior.

—La que liaste la otra noche… —murmuró Carlos, sin mirarla—. ¿Cómo se te ocurre colarte?

—¿Qué querías que hiciera? ¿Qué gritase tu nombre?

—Mi jefe estaba bastante enfadado.

—Ya se le pasará —respondió Leticia con una media sonrisa cargada de sarcasmo.

Carlos negó levemente con la cabeza.

—Coge la carpeta del asiento de atrás.

Leticia se giró, la tomó y la abrió sobre sus piernas.

—De momento te he traído una copia de las fotos de la escena y un informe preliminar… hecho por mí.

—¿Quién dio el aviso?

—Los de las casas. Una patrulla que estaba cerca logró contener el fuego con un extintor hasta que llegaron los bomberos. Gracias a eso pudimos ver la matrícula y saber de quién era. Por eso te llamé.

El agua resbalaba por los cristales, deformando la luz del exterior.

—Aún no sabemos nada concluyente —continuó—. El cuerpo está muy calcinado, pero el forense ha podido hacer un primer análisis. Según dos dientes encontrados en la alfombrilla del coche, es Laura.

Leticia frunció el ceño, asimilando la información.

—¿Hablasteis con el hermano?

—Sí. Le dimos la noticia y se puso a llorar. Tiene coartada. Dijo que estuvo toda la noche con su mujer. De momento no sabemos por dónde empezar.

—Yo sí sé por dónde —respondió Leticia—. Yo también tengo algo para ti.

Sacó un pendrive y se lo tendió. Carlos lo miró un segundo antes de cogerlo, extrañado. Lo habitual era justo al revés.

—¿Qué contiene?

—La voz de una testigo, está cortado para mantener su anonimato. Afirma que es el ex novio de Laura a quien vio salir del descampado.

Carlos frunció el ceño.

—¿Cómo lo has conseguido? En Villaverde no nos dijeron nada.

—Hay gente que hablaría conmigo, pero no contigo.

Carlos sostuvo el pendrive entre los dedos, pensativo.

—¿Quién es esa testigo?

—No puedo decírtelo. Lo prometí.

—Leticia, esto no es una de tus investigaciones. Ahora es un asesinato, y eso es nuestro.

—De verdad que no puedo.

Carlos la observó unos segundos en silencio, calibrando hasta dónde podía presionar.

—Mira, te considero una gran profesional y, por qué no decirlo, casi una amiga… pero no me gustaría tener que llevarte a comisaría.

Leticia no respondió.

—Si es por qué se sepa que viene de ti, tranquila —añadió él, suavizando el tono—. Eso no es problema, nosotros tenemos otros medios. Tú no saldrás mencionada en ningún momento. Te lo prometo.

El silencio se alargó un instante más.

—¿Qué métodos son esos?

—Diremos que nos lo dijo un confidente de la calle, tú no saldrás mencionada, pero necesitamos saber quién es esa testigo.

—Se llama Basilia —dijo finalmente Leticia—. Aunque la llaman la tía Basilia. Vive enfrente del descampado, en el portal cincuenta y nueve, primero B.

Carlos asintió despacio.

—Eres una gran profesional.

—¿Y qué pasará con el ex novio?

—Le haremos una visita. Tú por eso no te preocupes.

Leticia abrió la puerta del coche.

—Nada de publicar —añadió Carlos antes de que saliera.

—Lo sé.

Cerró con suavidad. Carlos no esperó, arrancó y se perdió entre el tráfico sin mirar atrás, dejando tras de sí una sensación incómoda, como si algo acabara de ponerse en marcha sin posibilidad de detenerlo.

13

Leticia no volvió a casa. Cuando vio alejarse el coche de Carlos, se quedó unos segundos inmóvil en la acera, con la dirección aún resonándole en la cabeza. Sabía lo que iba a pasar: irían a por Basilia, recogerían la declaración, moverían el engranaje habitual… y después, el ex novio dejaría de ser un hombre y se convertiría en un procedimiento.

Paró un taxi y se subió. Le dio al conductor la dirección de Ángel y, durante el trayecto, repasó por encima el informe que le había preparado Carlos. Según los datos, la víctima se encontraba en el asiento del copiloto, algo que ella misma había visto la noche anterior. Había huellas de una zapatilla del número cuarenta y dos que no pertenecían a la víctima, mientras que de esta no se había encontrado ninguna. Las pisadas marcaban un recorrido claro: desde el maletero hasta la parte delantera del vehículo.

Llamó al telefonillo.

—¿Quién es?

—Ángel, soy Leticia Santos. Necesito hablar contigo ya.

—Sube.

La puerta se abrió con un chasquido seco. Leticia subió sin detenerse, con la sensación de que cada segundo contaba más de lo que parecía.

Ángel la esperaba en el rellano, con gesto incómodo, como si no terminara de entender qué hacía ella allí otra vez.

—¿Qué haces aquí otra vez? —cuestionó.

—Calla, no tenemos mucho tiempo. ¿Puedo pasar?

Ángel dudó un instante antes de hacerse a un lado.

—Pasa.

Leticia entró. El piso olía a cerrado, a algo que llevaba demasiado tiempo sin ventilarse. Echó un vistazo rápido alrededor antes de

centrarse en él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ángel.

—¿Dónde estabas ayer por la noche?

—En casa, durmiendo. ¿Por?

Leticia no respondió de inmediato. Lo observó calibrando cada gesto.

—¿Seguro?

—Sí.

—Quiero que me digas la verdad. ¿Cuánto hace que no ves a Laura?

El cuerpo de Ángel se tensó.

—Ya se lo dije.

—Han quemado su coche con ella dentro en el descampado de Villaverde. Una testigo afirma que te vio salir a ti.

El impacto fue inmediato.

—¿A mí? Eso es imposible.

—Te reconoció por el tatuaje.

Ángel negó con la cabeza, más rápido ahora.

—Pero eso es mentira. Yo estuve toda la noche en casa.

Leticia dio un paso hacia él, acortando la distancia.

—Si tienes algo que decir, ahora es el momento.

—Te juro que yo no hice nada.

No apartó la mirada, en sus ojos había miedo… pero no el tipo de miedo que ella esperaba.

—¿Alguien puede verificar tu coartada? —continuó Leticia.

Ángel dudó.

—Yo qué sé… supongo que algún vecino me vería entrar en casa.

Leticia asintió con lentitud, como si guardara ese dato.

—¿Qué pie tienes?

Ángel frunció el ceño, desconcertado por el cambio brusco ante aquella pregunta.

—Un cuarenta y cuatro.

El silencio que siguió fue breve, pero denso. Leticia lo sostuvo un segundo más con la mirada, como si buscara algo que no terminaba de aparecer, y entonces, girando la calle, el sonido de una sirena empezó a colarse por la ventana.

Ángel también la oyó y su expresión cambió. Durante un segundo, el aire pareció desaparecer entre los dos.

—¿Qué es eso…?

Leticia no respondió porque ya lo sabía, solo dio un paso atrás.

—Ya vienen.

—¿Quién viene? —cuestionó Ángel.

—Tienes que decirles la verdad. Ahora ya no depende de mí.

Unos golpes secos y contundentes retumbaron en la puerta, rompiendo el silencio de golpe.

—¡Policía, abra!

Ángel se quedó completamente quieto, parecía que su cuerpo le hubiera dejado de responder. Sus ojos fueron de la puerta, a Leticia, buscando una respuesta que ella no sabía darle. Los golpes se repitieron, más fuertes esta vez.

—¡Policía! ¡Abra la puerta! Traemos una orden.

—Deberías de abrir.

Él tragó saliva. Sus manos temblaban ligeramente. Dio un paso hacia la puerta pero se detuvo a medio camino.

—Yo no he hecho nada… —repitió más para sí mismo, que para ella.

Un tercer golpe sacudió la madera con más violencia.

—¡Abra o tiramos la puerta abajo!

Ángel cerró los ojos un segundo, como si intentara reunir valor. Cuando los abrió, ya no miró a Leticia. Caminó hasta la puerta y apoyó la mano en el pomo, dudando apenas un instante antes de girarlo. Al abrir, la presencia de los agentes llenó el espacio de inmediato. Detrás de ellos, Carlos. Su mirada se cruzó con la de Leticia durante una fracción de segundo. Carlos no dijo nada, pero lo entendió. Había llegado justo a tiempo… o quizá un poco tarde. Leticia tampoco apartó la mirada; no hizo falta explicarse. Carlos desvió la vista hacia Ángel y dio la orden a los agentes, como si nada más importara en ese momento, pero antes de avanzar del todo volvió a mirarla apenas un instante. No había reproche, solo una advertencia silenciosa… y algo más cercano a la preocupación que al enfado. Leticia asintió levemente. Con eso bastaba.

—¿Usted otra vez?

Leticia se giró. El hombre no necesitaba presentarse. Era el mismo jefe de unidad con quien tuvo unas palabras en el descampado de Villaverde.

—Bonita costumbre la tuya, primero se cuela en la escena del crimen y ahora llega antes que nosotros —dijo sin levantar la voz.

Leticia no respondió.

—¿Se puede saber qué hace aquí señorita Santos?

—Solo quería investigar un poco más acerca de Laura, eso es todo. No tenía ni idea de que ustedes aparecerían.

El jefe la sostuvo con la mirada unos segundos, evaluándola.

—Primero el descampado y ahora aquí.

—Casualidad…

—En mi trabajo, la casualidad no existe.

Leticia no respondió.

—¿Puedo marcharme?

Hubo un breve silencio. El jefe ladeó ligeramente la cabeza, como si aún estuviera decidiendo hasta dónde quería llegar.

—Váyase antes de que me arrepienta.

Leticia asintió con un gesto casi imperceptible y se giró sin añadir nada más. Al pasar junto a él, notó su mirada aún fija en su espalda, como si aquella conversación no hubiera terminado del todo. Afuera, iba a ser distinto, no más ligero pero sí más frío.

Bajó a la calle antes de que lo hicieran con Ángel esposado y, desde la acera de enfrente, contempló cómo lo metían en el coche patrulla. No opuso resistencia. Caminaba con la cabeza baja, como si todo aquello le quedara demasiado grande. Lo observó en silencio, con una sensación incómoda creciendo poco a poco en su interior Entonces lo recordó. En la escena del crimen habían encontrado una huella: una suela del cuarenta y dos y Ángel calzaba un cuarenta y cuatro. La muerte con una diferencia de dos números. Desvió la mirada hacia el coche patrulla justo cuando arrancaba y se perdía entre el tráfico. Algo no encajaba, no todavía, y no era un detalle menor.

Aún quedaban incógnitas por despejar, Leticia se giró, sacó el teléfono y, mientras empezaba a caminar, tomó una decisión; era hora de ir a ver a Manuel.

14

Estando en el portal, llamó al timbre y esperó, con la mirada fija en la puerta y esa sensación incómoda de estar llegando siempre un paso tarde a todo. Manuel tardó unos segundos en abrir, los suficientes para que el silencio del rellano empezara a pesar. Cuando finalmente lo hizo, su aspecto lo decía todo antes incluso de que hablara: tenía los ojos enrojecidos, hinchados, como si hubiera pasado horas luchando contra algo que ya no podía contener, y el rostro apagado, sin vida, con esa expresión vacía de quien no ha dormido en toda la noche y apenas ha conseguido sostener el día. La barba descuidada, la ropa arrugada, el gesto lento… todo en él transmitía agotamiento.

Al verla, se quedó quieto un instante, sorprendido, como si su presencia no encajara del todo en ese momento, como si hubiera esperado a cualquiera menos a ella. Sus ojos se detuvieron en los de Leticia apenas un segundo, lo justo para reconocerla, antes de apartar la mirada, incapaz de sostenerla. Sin decir nada, abrió un poco más la puerta y se hizo a un lado para dejarla pasar, con un gesto contenido que evitaba cualquier explicación, cualquier conversación que no fuera estrictamente necesaria.

Leticia cruzó el umbral y percibió de inmediato el ambiente del piso. El aire estaba cargado, espeso, como si llevara horas sin renovarse. Había una quietud densa, casi inmóvil, que parecía haberse instalado en cada rincón. El olor a café recalentado se mezclaba con ese rastro inconfundible de encierro prolongado, de persianas a medio bajar, de tiempo detenido. No se escuchaba nada: ni televisión, ni música, ni el murmullo de una casa habitada. Solo ese silencio pesado que suele aparecer cuando algo se rompe y todavía no se ha asumido del todo. Avanzó unos pasos, observando de reojo el entorno, mientras él cerraba la puerta a su espalda.

—Siento volver así —dijo ella—, pero necesito hacerte unas preguntas más.

Manuel asintió despacio, sin mirarla directamente, y se dejó caer en el sofá.

—Si es por Laura… puedes preguntar lo que quieras.

—Han encontrado su coche —dijo, midiendo cada palabra.

Manuel no reaccionó de inmediato. Bajó la cabeza.

—Lo sé, ya me lo dijo la policía.

El silencio que siguió fue largo. Manuel apretó los labios, respiró hondo y, poco a poco, sus ojos comenzaron a humedecerse. No dijo nada, ni preguntó nada. Solo dejó que el peso de la frase cayera sobre él.

—Pero lo que no sabes es que han detenido a Ángel.

Manuel no reaccionó de inmediato. Permaneció con la mirada baja, como si la información hubiera tardado unos segundos más en llegarle.

—No me extraña —dijo al final, con voz apagada—. Ya le dije que ese tipo no era de fiar.

Leticia lo observó en silencio, midiendo cada gesto, cada palabra.

—¿Por qué lo dices?

Manuel se pasó una mano por la cara, arrastrando el cansancio.

—Porque nunca me gustó. Siempre tenía algo… no sé. Como si ocultara cosas. Laura tampoco estaba bien con él al final. Discutían mucho.

—¿Por qué discutían?

Manuel dudó.

—Por lo de siempre… celos, dinero, historias que no terminan de cuadrar. Él aparecía y desaparecía cuando le daba la gana. Entonces ya no hay dudas… mi hermana está muerta.

La frase quedó suspendida en el aire, pesada, definitiva. Leticia no respondió de inmediato. Lo observó unos segundos, viendo cómo Manuel mantenía la mirada fija en un punto indefinido, como si al pronunciarlo hubiera hecho algo irreversible. Pensó en decirle que estuvo con su ex pareja. Fue mejor no decir nada.

—Lo siento mucho —dijo al final, en voz baja.

Manuel asintió despacio, pero no parecía escucharla del todo. Se llevó una mano a la boca, intentando contener algo que ya no se podía contener.

—Tenía fé en que aparecería… —murmuró—. Que todo esto sería un error.

—Siento de verdad, que no fuera así. ¿Tú dónde estabas?

—Cuando.

—Ya sabe a qué me refiero.

—En casa, eso ya se lo dije a la policía, ahora mismo no quiero hablar, si no te importa, me gustaría estar solo.

—Por supuesto, y otra vez, lo siento.

Cuando Leticia se dirigía hacia la puerta, ya con la mano en el pomo, algo le hizo detenerse. No supo exactamente qué fue, quizá una intuición, un detalle fuera de lugar. Bajó ligeramente la mirada y entonces las vio: bajo una pequeña mesilla, medio ocultas en la sombra, había unas zapatillas deportivas con restos de barro seco adherido a la suela y a los laterales. Las observó apenas unos segundos, sin agacharse, sin analizarlas demasiado. Podían ser de cualquier día, de cualquier paseo. Aun así, la imagen se le quedó grabada de forma extraña, como una pieza suelta que no sabía dónde encajar. Entonces levantó la vista hacia Manuel. Bajo el cuello de la camiseta, asomaban pequeñas manchas oscuras, irregulares, como restos de arañazos ya secos. Luego abrió la puerta y salió, dejando atrás el piso… pero no del todo aquel detalle.

Se detuvo en la calle unos segundos después de salir del portal, dejando que el ruido del tráfico la envolviera mientras su mente seguía atrapada en el piso de Manuel. Repasó cada gesto, cada pausa, cada respuesta medida, intentando encajarlo todo con lo que tenía en el informe de Carlos, pero cuanto más lo pensaba, más piezas quedaban sueltas: las huellas que no pertenecían a la víctima, el recorrido desde el maletero al asiento delantero, los dos dientes encontrados, el cuerpo colocado en el asiento del copiloto, las zapatillas con barro ocultas bajo la mesilla… y, sobre todo, la reacción de Manuel, demasiado controlada en algunos momentos y demasiado rota en otros, como si eligiera cuándo derrumbarse. Podía dejarlo ahí, entregar el caso, escribir la pieza y seguir

adelante, pero la sensación incómoda de que algo no encajaba se imponía con más fuerza que cualquier cierre oficial. Cerró la carpeta entre las manos con un gesto firme, consciente de que, aunque nadie más siguiera tirando del hilo, ella no iba a soltarlo, porque si todo era tal y como parecía, alguien había matado a Laura, y si no lo era, entonces alguien estaba ocultando la verdad con demasiada precisión como para ignorarla. Sin darse cuenta, empezó a caminar de nuevo sin un rumbo fijo.

Una vez en casa, Leticia dudó solo un instante antes de buscar su nombre en la agenda. No lo había eliminado, aunque tampoco lo había utilizado desde el caso de Amalia Peralta. Se quedó mirando el contacto durante unos segundos, consciente de que marcar ese número no era una decisión trivial, sino una pequeña renuncia a seguir jugando dentro de los márgenes seguros. Finalmente pulsó la llamada y esperó, con el pulso más firme de lo que habría querido admitir.

—Leticia… —respondió Luis Soto tras un par de tonos, con una mezcla de sorpresa y reconocimiento en la voz—. No me digas que te has acordado de mí para algo bueno.

—Depende de cómo lo mires —contestó ella, apoyándose contra la pared mientras hablaba, bajando ligeramente la voz por costumbre más que por necesidad—. Necesito contrastar algo.

—Eso ya suena mejor —dijo él, con una ligera pausa—. ¿Caso nuevo?

—Sí… y no es precisamente limpio.

Luis soltó una pequeña exhalación, como si ese detalle le resultara más interesante que preocupante.

—Dime.

Leticia no entró en detalles innecesarios, les dio los justos: un coche calcinado, una víctima identificada de forma preliminar, y una serie de elementos que no encajaban del todo con la versión oficial que estaba empezando a construirse. No mencionó todo lo que sabía, ni todo lo que sospechaba; dejó que el vacío hiciera su trabajo.

Al otro lado, Luis guardó silencio unos segundos.

—Vale… —dijo al fin—. Eso no suena a algo improvisado.

—Eso mismo pienso.

—¿Qué necesitas exactamente?

Leticia se tomó un instante antes de responder, midiendo bien cada palabra.

—¿Conoces a alguien en el Anatómico? —preguntó Leticia, sin rodeos.

Al otro lado, Luis guardó un segundo de silencio.

—Déjame pensar… —murmuró—. Sí, aún conozco a alguien.

—Necesito un informe.

Luis no respondió de inmediato.

—Puedo hacer una llamada —dijo al final—, pero…

—¿Pero qué?

—Esto no es gratis. Y no es por mí —aclaró—. Es por él. No se va a mojar si no hay un sobre de por medio.

Leticia no dudó.

—Dime cuánto.

—Eso te lo dirá él —respondió Luis—. Si acepta, te llamará en una hora.

Leticia asintió, aunque él no pudiera verla.

—Gracias. Te debo una.

Luis soltó una pequeña risa.

—Yo diría que unas cuantas.

La complicidad se coló en ese último silencio compartido antes de colgar.

15

Transcurrida una hora exacta, el móvil de Leticia vibró con un número oculto. La pantalla se iluminó sobre la mesa, rompiendo el silencio del salón como una intrusión inesperada. Leticia lo miró unos segundos antes de cogerlo, con esa sensación instintiva de que aquella llamada no era casual. No respondió de inmediato, dejó que vibrara una vez más, midiendo el momento, como si al descolgar fuera a cruzar otra línea invisible. Finalmente, deslizó el dedo por la pantalla y se llevó el teléfono al oído.

—¿Sí?

Durante un instante, al otro lado no se escuchó nada. Solo una respiración tenue y casi imperceptible. Después, una voz habló al otro lado.

—Tengo algo para usted.

La voz era neutra, difícil de ubicar.

—¿Quién eres?

Hubo un breve silencio al otro lado.

—Puedes llamarme «Javi.»

Leticia apretó los dientes con fuerza.

—¿El contacto de Luis?

—Sí, tengo lo que buscas.

No sonaba a ofrecimiento, aquellas palabras sonaban a trato cerrado.

—Dime cuándo, dónde… y cuánto.

Javi no dudó. Le dio una dirección, una hora cercana y una cifra de tres números que no repitió, dejando caer la información con la misma naturalidad con la que se omiten los detalles importantes. Leticia la retuvo a la primera, consciente de que cada dato tenía un peso específico y de que repetirlo habría significado abrir una puerta

innecesaria. No pidió aclaraciones puesto que no era el tipo de conversación en la que se hacen preguntas.

Antes de colgar, ninguno de los dos añadió nada más. El silencio al otro lado de la línea fue tan significativo como cualquier palabra, parecía que ambos supieran que cualquier sonido extra rompería algo que debía mantenerse intacto.

La llamada se cortó. Leticia apartó el teléfono despacio, sin dejar de mirar la pantalla ya apagada. Durante unos segundos no se movió. La dirección seguía resonándole en la cabeza, junto a esa cifra aislada que no encajaba del todo… o quizá encajaba demasiado.

Una hora después, Leticia estaba en el aparcamiento subterráneo. Había elegido una zona poco transitada, cerca de una columna, donde la luz parpadeaba de forma intermitente, proyectando sombras irregulares que se desplazaban con cada destello. Se apoyó en su coche, adoptando una postura relajada en apariencia, aunque su atención estaba completamente activa, observando sin fijarse en nadie en concreto, registrando movimientos, sonidos, entradas y salidas de vehículos, cualquier detalle que pudiera resultar relevante. El eco lejano de un motor al apagarse, el chirrido de unos neumáticos al girar en la planta superior, incluso el goteo constante de alguna tubería formaba parte de ese mapa invisible que iba trazando en su cabeza.

Minutos después, lo vio aparecer. Caminaba sin prisa, con una carpeta sencilla bajo el brazo y el gesto de quien sabe exactamente lo que lleva encima… y lo que se está jugando. No miró alrededor más de lo necesario, ni siquiera pareció buscarla. Como si supiera que ella ya estaría allí.

Cuando llegó a su altura, se detuvo lo justo. No hubo saludo, solo ese instante breve en el que dos desconocidos confirman, sin decirlo, que están en el lugar correcto.

—Leticia —dijo, como si confirmara algo que ya sabía.

Ella no respondió de inmediato. Solo lo observó un segundo más de lo necesario. El intercambio iba a ser rápido y limpio. No hacía falta nada más que entregarse los «regalos»

—No me preguntes de dónde ha salido —dijo Javi, tendiéndole el sobre sin mirarla directamente.

Leticia le entregó el dinero sin contarlo delante de él. El intercambio fue rápido, casi mecánico.

—¿Algo más? —preguntó él contando los billetes.

—No. Con esto es suficiente.

Javi asintió levemente, y se guardo el sobre con naturalidad. Aquel movimiento insinuaba que no era la primera vez ni tampoco la última que hubiera un cambio de manos.

—Un placer hacer negocios contigo, señorita Santos. Si necesita otro favor, no dude en llamarme, el precio es el mismo.

Tres cifras por un sobre pensó Leticia.

—Solo una pregunta más.

—Dispara.

—¿Esto lo sabe la policía?

—Todavía no. Lo que tienes en tus manos aún está caliente. —Esbozó una media sonrisa—. Disfrútalo, señorita Santos.

No hubo despedida. Él se dio la vuelta y se alejó entre las columnas sin mirar atrás. Leticia se quedó unos segundos en el mismo sitio, con el sobre en la mano, notando su peso más de lo que debería. No lo abrió de inmediato. Primero miró alrededor, asegurándose de que nadie prestaba atención, y solo entonces se metió en el coche.

Ahora ya no había vuelta atrás.

16

El informe tembló ligeramente entre los dedos de Leticia mientras releía por tercera vez la misma línea. El ADN de las piezas dentales encontradas en el coche coincidía con el de Laura. Sin embargo, el cuerpo calcinado no. Volvió al inicio y leyó despacio, sin saltarse una sola palabra, buscando un matiz que cambiara el sentido. No lo había. Las conclusiones eran limpias y con precisión afilada: los dientes eran suyos; el cuerpo, no. Aquello no era un error. Los dientes no acaban en el asiento de un coche por casualidad. Alguien los había llevado allí, alguien había decidido que ese sería el hilo por donde tirar. Leticia apoyó el informe sobre la mesa, sintiendo cómo una certeza incómoda se abría paso en su cabeza. Si los dientes eran de Laura y el cuerpo no, entonces alguien había construido una muerte a medida. Y eso significaba que la historia no solo estaba incompleta, sino manipulada desde el principio.

Recordó entonces las zapatillas manchadas de barro bajo la mesilla, el recorrido desde el maletero, el cuerpo colocado en el asiento del copiloto, la calma extraña de Laura antes de desaparecer, la grabación de Valencia… y, de pronto, todo dejó de ser una suma de detalles inconexos para convertirse en algo mucho más claro y mucho más inquietante.

Se levantó de golpe, recorriendo el salón sin rumbo fijo, sintiendo cómo una idea comenzaba a tomar forma en su cabeza con una lógica que no podía ignorar. Si los dientes coincidían, alguien podía identificar el cuerpo como Laura. Pero si faltaban… si faltaban antes… entonces no estaban en ese coche. No se habían quemado, ni habían desaparecido. Habían sido retirados de la boca de Laura.

Leticia se detuvo en seco. No era una conclusión cómoda. Ni siquiera era una conclusión que quisiera aceptar, pero encajaba demasiado bien con todo lo demás.

—No… —murmuró para sí misma, negando con la cabeza, aunque ya no estaba convencida de lo contrario.

Volvió a mirar el informe, esta vez no buscando respuestas, sino confirmaciones, repasando cada línea con una atención distinta, más fría y más analítica. El cuerpo calcinado e irreconocible. Identificación basada en restos dentales. Huellas que no pertenecían a la víctima. Un coche preparado, un recorrido desde el maletero, y una escena construida.

El aire se le quedó atrapado en el pecho, como si su cuerpo se negara a completar la respiración ante la implicación de lo que acababa de comprender. Si aquel cuerpo no era Laura… entonces Laura no estaba muerta.

La certeza no llegó como un alivio, sino como un golpe seco y directo, que desordenó todo lo que creía saber hasta ese momento. Porque si Laura seguía viva, significaba que alguien se había tomado la molestia de hacerla desaparecer deliberadamente, de fabricar su muerte con precisión, y de asegurarse de que nadie la buscara después, o de que, si lo hacían, siguieran exactamente el camino que ahora ella estaba recorriendo.

Leticia apretó el informe entre las manos, sintiendo cómo todo cambiaba de lugar dentro de su cabeza. La caja se acababa de abrir. Y Laura… nunca había estado dentro.

Sin embargo, aún faltaba una pieza clave: el número de cuenta al que se habían transferido los diez mil euros. Si daba con esa cuenta, no solo seguiría el rastro del dinero, sino que probablemente llegaría hasta quien estaba detrás de todo. No era una pista más; era el hilo del que tirar hasta deshacer el nudo. Y para eso, necesitaba encontrar a Zalander.

A las once de la noche, incapaz de conciliar el sueño, cogió el teléfono y marcó el número que le había dado Carlos, ese compañero policía que le llevaría hasta Zalander. Esperó varios tonos hasta que una voz somnolienta respondió al otro lado.

—¿Quién es?

—¿Eres Luis?

—Sí… ¿y tú quién eres?

—Me llamo Leticia Santos, soy jefa de sucesos en *Las Crónicas de Madrid*.

Hubo un pequeño silencio.

—¿Periodista?

—Así es.

—¿Perdone… sabe qué hora es? Son más de las once.

Leticia cerró los ojos un segundo, consciente de que no estaba empezando bien.

—Lo sé, y lo siento, pero necesitaba hablar con usted.

—Pues estas no son las maneras —replicó él, ahora más despierto —. ¿Quién le ha dado este número?

—El subinspector Carlos Ferrer.

El silencio que siguió fue distinto, más denso, como si al otro lado estuviera reconsiderando la conversación.

—¿Hola? —insistió Leticia.

—Sí… —respondió finalmente—. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita Santos?

—Espero no molestarle.

—Ya que estamos despiertos, cuénteme.

Leticia dudó apenas un instante.

—Quiero que me ponga en contacto con Zalander.

—¿Para qué?

Ahí estaba el punto clave. Leticia apretó ligeramente el teléfono contra la oreja.

—Estoy haciendo un reportaje sobre hackers.

La respuesta de Luis fue inmediata.

—Señorita Santos, si quiere que nos llevemos bien, no me mienta. Siendo jefa de sucesos, dudo mucho que esté preparando un reportaje sobre hackers. Dígame la verdad… o dejamos la conversación aquí.

Leticia exhaló despacio. No tenía sentido seguir por ese camino.

—Estoy investigando la desaparición de una mujer —dijo finalmente—. Y necesito acceder a una cuenta bancaria.

—Eso es ilegal.

—Lo sé. Por eso necesito a alguien como ella.

—Nosotros somos policías.

—Y también saben cómo funcionan estas cosas —replicó Leticia, sin subir el tono—. Necesito su ayuda.

Al otro lado no hubo respuesta inmediata. Solo silencio.

—Esta vez voy a ayudarla por referencia a Carlitos —dijo al fin Luis—, pero que quede claro que esta conversación no ha existido y que yo a usted no la conozco. ¿Entendido?

Leticia asintió, aunque él no pudiera verla.

—Perfecto. Solo necesito hablar con ella, si me da el número…

—No Esto no funciona así —añadió Luis—.Usted me da el suyo… y ya la llamará.

Leticia dudó un instante, pero terminó cediendo.

—De acuerdo, apunte.

Le dictó el número con calma.

—Le aviso de que no es barato.

—No me importa.

—Bien. Que pase buena noche.

—Igualmente.

La llamada se cortó y Leticia dejó el teléfono sobre la mesa, quedándose en silencio, mirando a la nada durante unos segundos. Acababa de cruzar otra línea. Y esta vez, sabía que no habría vuelta atrás.

17

El día después,, Leticia pasó el día pendiente del teléfono, atrapada en una espera que no le permitía concentrarse en nada más. Intentó avanzar con otras tareas, revisar notas, ordenar ideas, pero todo quedaba a medias, interrumpido por esa sensación constante de que lo importante estaba a punto de ocurrir en cualquier momento. Cada vibración la hacía reaccionar al instante, cada sonido la obligaba a mirar la pantalla con una expectativa que nunca se cumplía, y con cada minuto que pasaba, la sensación de estar perdiendo el control se hacía más intensa, más difícil de ignorar. No quería avanzar a ciegas. No podía. Necesitaba saber a quién pertenecía aquella cuenta, entender a dónde habían ido esos diez mil euros, porque intuía que esa respuesta no solo explicaría un movimiento bancario, sino algo mucho más profundo.

Al dar las nueve de la noche, la ansiedad ya no era una sensación puntual, sino algo instalado en el cuerpo, constante y latente en cada pensamiento. Y cuando estaba casi todo dado por perdido, el teléfono sonó, no con número oculto, sino con un número más largo de lo habitual.

El corazón le dio un vuelco seco e inmediato. No dudó. No lo dejó sonar una segunda vez. Tardó apenas un segundo en responder.

—¿Quién es?

—¿Leticia Santos?

La voz era suave y femenina, pero extrañamente neutra.

—Soy yo.

—Me han dicho que quieres hablar conmigo.

Leticia se incorporó ligeramente, como si eso pudiera acercarla más a la conversación.

—Sí.

—En una hora. Te voy a enviar una dirección.

No hubo más.

—¿Eres Zalander?

Al otro lado no hubo respuesta, solo el silencio y después, el corte de la llamada. El móvil vibró un segundo más tarde con un mensaje y una ubicación. Leticia se quedó mirando la pantalla sin moverse, con la sensación de que acababa de aceptar algo de lo que ya no podría salir fácilmente. No era solo una dirección, era una decisión. Bloqueó el teléfono despacio, como si al hacerlo pudiera aplazar lo inevitable, y alzó la vista un instante, intentando ordenar lo que acababa de ocurrir. No había preguntas, no había margen de negociación. Solo un punto en el mapa… y todo lo que implicaba llegar hasta él.

Condujo siguiendo la ubicación sin apartar la vista del navegador, alejándose poco a poco de las zonas más transitadas de la ciudad hasta adentrarse en calles más estrechas y peor iluminadas, donde los edificios parecían haber quedado olvidados con el paso del tiempo, sin mantenimiento ni presencia visible de quienes los habitaban. Cuando llegó, dudó un instante antes de aparcar, manteniendo el motor en marcha unos segundos mientras observaba el entorno con atención. El lugar no tenía nada de especial… y, precisamente por eso, resultaba inquietante, como si su anonimato fuera en sí mismo una forma de advertencia.

Descendió del coche y recorrió el espacio con la mirada, midiendo accesos, posibles salidas y cualquier detalle que pudiera resultarle útil si la situación cambiaba. El portal era antiguo, con la pintura desconchada en varias zonas y el timbre parcialmente arrancado, dejando al descubierto cables que no inspiraban ninguna confianza. No había nombres en los buzones, solo números escritos a mano o directamente borrados, como si la identidad de los residentes no importara o se hubiera diluido con el tiempo. Empujó la puerta y esta cedió sin resistencia, abriéndose con un leve chirrido que resonó más de lo esperado en el silencio de la calle.

En el interior, el olor a humedad y encierro era más intenso, casi denso, acumulado en el aire como si el edificio no hubiera sido ventilado en mucho tiempo. La luz del rellano parpadeaba de forma intermitente, dejando tramos del pasillo en penumbra que

dificultaban distinguir con claridad lo que había más allá. Leticia avanzó despacio, adaptando su vista a los cambios de luz, consciente de que, a partir de ese momento, cada paso la acercaba a una respuesta… o a algo que aún no estaba preparada para encontrar.

Subió las escaleras con paso lento, escuchando cómo el eco de sus propios pasos la acompañaba en cada tramo, rebotando en las paredes desnudas del edificio como si alguien más ascendiera tras ella, aunque no se atrevió a girarse para comprobarlo. No se cruzó con nadie, ni un movimiento al otro lado de las puertas, ni el murmullo de una televisión encendida que rompiera el silencio opresivo del lugar, nada que indicara vida más allá de su propia presencia. Cuando llegó al piso indicado, se detuvo frente a la puerta y permaneció unos segundos inmóvil, evaluando cada detalle con la mirada. No había mirilla que permitiera ver el interior sin ser vista, tampoco número visible que confirmara que estaba en el lugar correcto, solo una superficie desgastada por el tiempo que parecía cerrada sobre sí misma, hermética, como si ocultara algo que no estaba dispuesto a salir.

Solo una superficie lisa, desgastada por el tiempo. Antes de que pudiera llamar, la cerradura giró desde dentro. La puerta se abrió apenas unos centímetros.

—Pasa.

La voz era la misma del teléfono. Fría. Sin matices. Leticia empujó la puerta y entró.

El contraste fue inmediato. El interior estaba casi a oscuras, iluminado únicamente por varias pantallas que proyectaban una luz azulada que se deslizaba sobre las paredes desnudas, acentuando la sensación de vacío y de aislamiento. No había apenas muebles: una mesa larga ocupada por varios ordenadores encendidos, cables enredados que se extendían como si formaran parte del propio suelo y una única silla situada frente a todo aquello, en una disposición demasiado ordenada para ser casual. No se veían fotos, ni objetos personales, ni el menor rastro de vida cotidiana que indicara que alguien habitara realmente ese lugar, como si hubiera sido concebido únicamente para funcionar y no para ser vivido.

Era un espacio estrictamente funcional, despojado de cualquier elemento innecesario, casi clínico en su falta de identidad. Leticia avanzó un par de pasos, sintiendo cómo el ambiente la envolvía y la obligaba a medir cada movimiento, consciente de que estaba entrando en un territorio que no le pertenecía, un entorno ajeno donde todo parecía controlado, incluso el silencio, que allí tenía un peso distinto, más denso, más deliberado, como si cada rincón estuviera esperando su presencia.

—Cierra la puerta.

Lo hizo.

Durante unos segundos no vio a nadie. Solo las pantallas, parpadeando, mostrando líneas de código, ventanas abiertas y datos incomprensibles que se sucedían con una precisión casi hipnótica, como si el propio espacio respirara al ritmo de aquella actividad silenciosa. El resplandor azul envolvía la estancia, marcando sombras suaves en los bordes de los muebles inexistentes y reforzando la sensación de aislamiento, de mundo cerrado sobre sí mismo, ajeno a todo lo que ocurría fuera de esas paredes.

Entonces la vio. Sentada frente a los monitores, de espaldas a ella, con una postura rígida que apenas delataba movimiento, como si llevara tiempo en la misma posición o como si cualquier gesto estuviera medido al milímetro. No hubo sobresalto, ni reacción inmediata, solo esa quietud que, en lugar de tranquilizar, aumentaba la tensión del momento. Zalander no se giró. Permaneció inmóvil, aparentemente consciente de su presencia, como si la hubiera estado esperando desde mucho antes de que Leticia cruzara la puerta.

—Llegas pronto —dijo.

Leticia frunció ligeramente el ceño.

—Me has dado una hora.

—Y has tardado cincuenta y ocho minutos.

Zalander permanecía sentada frente a las pantallas cuando Leticia terminó de cerrar la puerta, como si su presencia no alterara en absoluto el ritmo de lo que estaba haciendo. Era una mujer delgada, casi frágil a primera vista, con una complexión que parecía más resistente de lo que aparentaba. Llevaba el pelo oscuro, cortado de

forma irregular, con mechones que caían sin orden sobre la cara, como si el espejo no formara parte de sus rutinas. Vestía ropa sencilla, funcional, sin ningún rasgo que llamara la atención: vaqueros desgastados, una sudadera amplia de color oscuro y unas botas que parecían haber recorrido demasiados sitios. Su piel era pálida, marcada por pequeñas imperfecciones que no intentaba ocultar, y sus manos, apoyadas sobre el teclado, se movían con rapidez y precisión, revelando una seguridad que contrastaba con su apariencia discreta.

Dejó de teclear de repente, como si hubiera perdido el interés en la pantalla, y se giró en la silla para mirar a Leticia con calma. Se levantó sin prisa y se sentó en el borde de la cama, observándola de arriba abajo con una atención casi incómoda, como si la estuviera evaluando más allá de lo evidente.

—Cobro quinientos —dijo finalmente, con total naturalidad—, pero como eres muy guapa, te lo dejo en trescientos.

Leticia frunció ligeramente el ceño, sin moverse del sitio.

—Me parece bien —respondió, interpretando que hablaba del trabajo.

Zalander esbozó una leve mueca, a medio camino entre una sonrisa y algo más calculado. No apartó los ojos de ella ni un segundo. Al contrario. Los sostuvo mientras se llevaba las manos al cuello del jersey y tiraba de él hacia arriba con una lentitud deliberada, casi provocadora. La tela subió lentamente por su cuerpo, más como una provocación calculada que como un gesto íntimo.

—Te lo puedo dejar en cien… —añadió, observando la reacción de Leticia.

Leticia no cambió el gesto.

—No hace falta. Gracias de todos modos.

Hubo un breve silencio. Zalander la sostuvo la mirada un instante más, como si estuviera midiendo algo invisible, y luego se encogió ligeramente de hombros.

—Era por probar.

Se volvió a poner la parte superior del pijama con la misma indiferencia con la que se la había quitado y regresó a la silla,

girándose de nuevo hacia las pantallas como si nada hubiera ocurrido. Sus dedos retomaron el teclado con precisión automática, como si aquel pequeño momento no hubiera sido más que una interrupción irrelevante en su rutina.

—¿Qué necesitas de mí?

—¿Puedes averiguar de quien es un número de cuenta?

—Podría, cuéntame más.

—Estoy investigando la desaparición de una mujer y ese número de cuenta me puede llevar hasta ella o a quien la hizo desaparecer.

—¿Estás atascada?

—Digámoslo así.

—Dame el número de cuenta.

No fue una petición. Fue una orden.

Leticia dudó apenas un instante antes de sacar el móvil y leer los datos. Zalander no los anotó. No hizo falta. Sus dedos empezaron a moverse sobre el teclado con una rapidez mecánica, abriendo ventanas, cruzando información, navegando por rutas que Leticia ni siquiera podía seguir. En la pantalla comenzaron a aparecer líneas, cifras, registros que cambiaban demasiado rápido como para entenderlos.

El sonido de las teclas llenaba la habitación mientras Zalander trabajaba sin apartar la vista de las pantallas, como si la presencia de Leticia apenas existiera. No hablaba, no explicaba, solo avanzaba entre datos con una precisión mecánica que imponía respeto.

—Puedes sentarte en la cama —dijo sin girarse—. No me gusta que haya nadie detrás de mí. Tardaré un rato.

Leticia obedeció, pero no dejó de observarla.

—¿Vives aquí sola? —preguntó, más por llenar el silencio que por verdadera curiosidad.

—Sí.

—¿No tienes familia?

Zalander tardó un instante más de lo necesario en responder, sin dejar de teclear.

—Mis padres viven en Francia.

Leticia asintió levemente, absorbiendo la información.

—Supongo que Zalander no es tu nombre.

Los dedos se detuvieron durante una fracción de segundo antes de reanudar el movimiento.

—No.

—¿Cómo te llamas?

Zalander giró ligeramente la cabeza, lo justo para mirarla por encima del hombro, con una expresión imposible de descifrar.

—Haces muchas preguntas.

El silencio volvió a instalarse entre ambas, más denso que antes. Leticia no apartó la mirada.

—María —añadió finalmente, con una voz tan neutra como el resto de su comportamiento—. Zalander es mi personaje favorito.

Leticia inclinó ligeramente la cabeza, interesada.

—¿Te identificas con ella?

Un pequeño gesto cruzó el rostro de María, algo que podía interpretarse como una sonrisa si uno quería verlo así.

—Ambas no confiamos en los hombres—respondió sin apartar la vista de la pantalla, como si aquello fuera una simple observación más dentro de su trabajo.

El silencio de la habitación se fue volviendo pesado a medida que avanzaban las horas. Las pantallas seguían encendidas, proyectando destellos de luz azulada sobre las paredes, mientras Zalander continuaba trabajando sin descanso, moviéndose entre datos y ventanas abiertas con una precisión casi mecánica. Leticia, sentada en la cama, intentó mantenerse despierta, observando cada uno de sus movimientos, pero el cansancio acumulado de los últimos días empezó a pasarle factura. El cuerpo le pesaba, la cabeza le caía poco a poco y, sin darse cuenta, terminó recostándose sobre la cama, rendida por completo al sueño en aquel lugar extraño y vigilado.

Cuando abrió los ojos, la habitación estaba igual que la recordaba, pero algo había cambiado. La luz de las pantallas seguía iluminando el espacio, aunque el sonido del teclado se había detenido. Le costó unos segundos orientarse, hasta que percibió movimiento a su lado.

Zalander estaba de pie, apoyada contra la mesa, observándola con la misma calma de siempre, como si hubiera estado esperando

ese momento desde hacía tiempo.

—Despierta —dijo con voz baja, sin rastro de sorpresa—. Ya tengo lo que querías.

Leticia se levantó como si el cuerpo le pesara, aún medio desorientada, pasando una mano por el rostro para despejarse.

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana—respondió Zalander sin darle más importancia—.

Se giró hacia una de las pantallas y la acercó hacia ella, señalando una serie de datos que Leticia no tardó en reconocer como el rastro de la transferencia. Pero esta vez había algo más.

Zalander pulsó unas teclas y, en un instante, una nueva línea apareció en la pantalla.

Un nombre. Leticia se incorporó un poco más, fijando la mirada en la información.

—Esa es la cuenta de Manuel Pérez… —murmuró Leticia, sin apartar la vista de la pantalla—. Qué cabrón… sabía que ocultaba algo.

Zalander la observó de reojo.

—¿Lo conoces?

—Es el hermano de la chica que busco.

Hubo un breve silencio, como si la información acabara de recolocarse en la habitación.

Leticia lo comenzó a procesar.

—Es tarde… debería irme. ¿Aceptas bizum?

La miró unos segundos, la evaluó y seguido, negó con la cabeza.

—¿Sabes qué? A esta invita la casa. Me debes una… —hizo una pequeña pausa—. Y espero que la encuentres.

Leticia asintió.

—Lo intentaré.

Zalander abrió un cajón sin mirar y sacó algo pequeño, metálico. Lo sostuvo un instante antes de tendérselo.

—Toma.

Lo cogió con cautela. Era un anillo sencillo, pero con pequeños pinchos en el exterior que lo hacían incómodo al tacto, casi agresivo.

—¿Qué es esto?

Zalander se encogió de hombros, volviendo ya la atención a la pantalla.

—Te traerá suerte.

No sonó a superstición, ni siquiera a consejo. Sonó más bien a una conclusión fría, como si hablara desde la experiencia.

Leticia observó el anillo unos segundos más, girándolo entre los dedos, consciente de que aquel gesto no era casual.

—Gracias, María.

No hubo respuesta.

Al levantar la vista, Zalander ya había vuelto a su mundo de pantallas, como si ella nunca hubiera estado allí.

18

Cuando Leticia salió del edificio, el aire frío de la mañana le despejó la mente más de lo que esperaba, como si necesitara ese golpe para ordenar todo lo que había ocurrido durante la noche. Caminó unos pasos sin rumbo antes de detenerse junto a su coche, apoyando una mano sobre el techo mientras dejaba que las ideas se asentaran. El nombre de Manuel no dejaba de repetirse en su cabeza, ya no como una sospecha difusa, sino como una certeza incómoda que empezaba a encajar con demasiadas piezas. Recordó cada palabra que él le había dicho, cada pausa, cada gesto, y ahora todo adquiría un significado distinto, como si hasta ese momento hubiera estado mirando la historia desde el ángulo equivocado. Había mentido, eso lo tenía claro; la cuestión era cuánto y por qué.

Se sentó al volante y dejó el bolso a un lado antes de sacar los papeles que había ido recopilando: el extracto de la gasolinera, la carta de hacienda, los datos de la transferencia. Los sostuvo unos segundos, observándolos como si esperara que de pronto le revelaran algo más, pero lo único que encontraba era una línea que conducía siempre al mismo punto. Diez mil euros, una cuenta intermedia y finalmente, Manuel. Apretó la mandíbula, consciente de que no podía permitirse un error. Si iba a verle sin un plan, él tendría ventaja; negaría todo, se haría la víctima o, peor aún, volvería a manipular la conversación como ya había hecho antes. No, esta vez tenía que ser distinto. Tenía que dejarle hablar, hacerle creer que seguía teniendo el control, que aún podía sostener su versión.

Bajó la mirada hacia sus manos y fue entonces cuando reparó en el anillo. Lo había olvidado por completo. Lo sostuvo entre los dedos unos segundos, notando el frío del metal y la incomodidad de los pequeños pinchos, como si no estuviera diseñado para adornar, sino para recordar algo. Dudó un instante, pero terminó colocándoselo

con un gesto lento, ajustándolo hasta que encajó en su dedo. «Te traerá suerte.» La frase cruzó su mente sin que supiera muy bien por qué le daba más peso ahora que antes. Quizá no se trataba de suerte, sino de otra cosa, de estar preparada.

Levantó la vista, respiró hondo y dejó escapar el aire con calma. Ya no había dudas. Arrancó el coche y se incorporó a la carretera con una decisión firme.

Leticia llegó al portal de Manuel con tiempo de sobra y aparcó unos metros más abajo, en una zona donde el coche no llamara la atención pero le permitiera ver la entrada sin esfuerzo. Apagó el motor y se quedó dentro, con las manos sobre el volante y la mirada fija en la puerta, dejando que los minutos pasaran sin mirar el reloj más de lo necesario. La calle estaba tranquila, con el ir y venir ocasional de vecinos que no reparaban en ella, lo que le permitió fundirse con la normalidad del entorno sin levantar sospechas. Pensó en marcharse un par de veces, en lo absurdo que podía parecer aquello si se equivocaba, pero cada vez que la duda aparecía, algo la empujaba a quedarse. Sabía que, si Manuel ocultaba algo, tarde o temprano tendría que salir. Y ella iba a estar allí cuando ocurriera.

Mantuvo la distancia desde el primer momento, sin perder de vista el coche de Manuel mientras se alejaba del centro y tomaba una dirección que no encajaba con ningún destino lógico. No encendió la radio ni apartó la mirada; solo condujo, midiendo cada giro, cada semáforo, y cada posible error. Cuando Manuel redujo la velocidad y se detuvo frente a una farmacia aún abierta, Leticia continuó unos metros antes de aparcar sin llamar la atención y lo observó a través del retrovisor. Entró y salió pocos minutos después con una pequeña bolsa blanca que no intentó ocultar, demasiado rápido para una compra cualquiera. El trayecto continuó, pero la ciudad fue quedando atrás y las luces dieron paso a la oscuridad de la carretera. Leticia dudó un instante, consciente de que aquello ya no era un simple seguimiento, pero no se detuvo. Mantuvo la distancia, utilizando a otros coches como cobertura cuando podía, hasta que Manuel se desvió por un camino secundario sin asfaltar. Apagó las luces antes de girar y avanzó despacio, con el crujido de la grava bajo las ruedas rompiendo el silencio. A lo lejos, una finca aislada comenzó a dibujarse entre sombras, sin más construcciones alrededor, sin más luces que la que se encendió cuando Manuel abrió la puerta y desapareció dentro sin mirar atrás. Leticia permaneció inmóvil, con las manos aún en el volante, observando, dejando que el silencio lo envolviera todo, hasta que lo oyó: no fue un grito ni una palabra clara, solo un golpe seco, como si algo —o

alguien— hubiera chocado contra algo desde el interior. Entonces lo supo. Allí había alguien.

Antes de salir del coche, mandó la ubicación a Carlos.

—Ven urgentemente.

Lo envió y puso el móvil en vibración.

19

Leticia rodeó el chalet manteniéndose pegada a la sombra, con el pulso acelerado pero los movimientos contenidos, midiendo cada paso para no hacer ruido sobre la grava, que crujía suavemente bajo sus pies a pesar de su cautela. Se detuvo frente al ventanal del jardín y probó con cuidado el cierre, empujando apenas unos milímetros, consciente de que cualquier fuerza innecesaria podría delatar su intento, pero estaba completamente bloqueado. Recorrió el marco con la mirada, deslizando los ojos por cada esquina en busca de alguna rendija, alguna debilidad estructural, cualquier indicio de acceso que no implicara forzar la entrada, pero no la había. Dudó un instante, sopesando el riesgo frente a la necesidad de avanzar, y en ese momento, al apoyar ligeramente la mano sobre el cristal, una vibración mínima, casi imperceptible, delató su presencia.

La luz del interior se encendió de golpe.

Leticia reaccionó al instante, apartándose del ventanal con un movimiento rápido y preciso, buscando cobertura entre los enseres del jardín. Se agachó tras un conjunto de objetos apilados, quedando parcialmente oculta, y se mantuvo inmóvil, conteniendo la respiración mientras el silencio se volvía denso e incómodo, roto únicamente por los pequeños ruidos del entorno que ahora le parecían amplificados. Su pulso se aceleró, pero forzó su cuerpo a no moverse, consciente de que cualquier gesto mínimo podía delatar su presencia en ese momento.

La puerta se abrió con brusquedad y Manuel salió al exterior portando una linterna. La encendió de inmediato y comenzó a moverla de un lado a otro, barriendo la oscuridad con haces de luz nerviosos, que se desplazaban sobre el suelo, las paredes y los

objetos del jardín en un patrón irregular, como si buscara algo concreto sin saber exactamente dónde estaba.

—¡Hijos de puta! ¿Quién anda ahí? Sal de donde estés.

Leticia no se movió. No respiró. La luz pasó a escasos centímetros de su escondite antes de alejarse.

—Putos niñatos… —murmuró él al cabo de unos segundos, bajando ligeramente la guardia.

Pero no volvió a entrar de inmediato. Y eso era lo peor.

Leticia esperó sin moverse hasta que la puerta volvió a cerrarse y el haz de la linterna desapareció del jardín, dejando tras de sí una oscuridad densa y estable que tardó unos segundos en asentarse por completo. Aun así, no se incorporó de inmediato. Permaneció agazapada, conteniendo la respiración y contando mentalmente, dejando que el silencio recuperara su ritmo natural, asegurándose de que Manuel no regresaría de forma repentina. Solo cuando la certeza de que el movimiento en el interior se había detenido se hizo más sólida, comenzó a incorporarse muy despacio, controlando cada gesto para no provocar el menor ruido. Salió de su escondite con cautela y fijó la mirada en la puerta por la que él había salido apenas unos instantes antes. No estaba completamente cerrada. Quedaba entreabierta, apenas unos centímetros, lo justo para que una fina línea de luz se filtrara hacia el exterior, delatando que el interior seguía iluminado y ofreciendo una oportunidad que no había estado ahí antes.

Se acercó con cuidado, sintiendo cómo el pulso le golpeaba en las sienes con una insistencia casi física, como si marcara el ritmo de cada uno de sus movimientos. Cada paso parecía hacer más ruido del que realmente hacía, amplificado por la tensión del momento y por la necesidad de no ser descubierta. Cuando llegó a la puerta, se detuvo un instante, quedándose inmóvil, inclinando ligeramente la cabeza para escuchar lo que ocurría al otro lado. Nada. Solo el eco lejano de la casa, un silencio contenido que no ofrecía señales claras de presencia inmediata.

Empujó despacio.

La puerta cedió sin resistencia, moviéndose con un leve chirrido apenas perceptible que, en ese contexto, le pareció excesivamente ruidoso. Leticia se deslizó dentro con cautela y la cerró tras de sí con el mismo cuidado, asegurándose de no provocar ningún golpe seco que pudiera delatar su entrada. Se quedó inmóvil en la oscuridad, permitiendo que sus ojos se adaptaran poco a poco a la ausencia de luz, mientras su respiración se volvía más controlada y su oído se afinaba para captar cualquier sonido del interior. El silencio que la envolvía no era vacío, sino denso, cargado de una quietud que parecía contener su propio peso, y en ese instante, más que ver, sintió. Ya estaba dentro.

Ayudada por la tenue luz del móvil, avanzó por el interior del chalet con pasos lentos y contenidos, apoyando primero la planta del pie para anticipar cualquier crujido del suelo y ajustar su movimiento antes de avanzar por completo. Cada sombra proyectada en las paredes parecía adquirir volumen propio bajo el haz de luz, desplazándose con ella y creando una sensación constante de presencia, como si el espacio respondiera a su avance. El aire estaba cargado, denso, con un olor leve a encierro prolongado que confirmaba que la casa llevaba tiempo sin ventilarse, intensificando la sensación de estar entrando en un lugar suspendido en el tiempo.

Se detuvo al llegar a un pasillo estrecho y elevó ligeramente la luz del móvil, dejando que el haz recorriera lentamente las puertas alineadas a ambos lados, como si examinara cada una en busca de algo que no terminaba de definirse. Se tomó unos segundos en silencio, intentando escuchar más allá de su propia respiración, afinando el oído en busca de cualquier indicio de movimiento, de un roce, de un sonido mínimo que pudiera romper la quietud del interior.

Entonces, al girar el haz hacia el fondo del pasillo, la luz del móvil se detuvo de forma abrupta en algo que no encajaba con el entorno, algo que no pertenecía a la quietud de la casa. Una figura. Inmóvil. Leticia tardó una fracción de segundo en procesar lo que estaba viendo, en permitir que su mente completara la imagen fragmentada por la penumbra. Era él.

El rostro de Manuel emergió de la oscuridad de golpe, demasiado cerca y demasiado quieto en un primer instante, con los rasgos apenas definidos por la luz tenue que lo rozaba de forma intermitente. No hubo tiempo para que la tensión se transformara en reacción, ni para que su cuerpo anticipara el movimiento. El cambio fue inmediato.

Se lanzó sobre ella.

20

El golpe de agua fría le atravesó la cara como una descarga y Leticia reaccionó con un jadeo brusco, intentando incorporarse, pero su cuerpo no respondió; la cabeza le pesaba, la visión le iba y venía y durante unos segundos no supo dónde estaba. El olor fue lo primero en asentarse, humedad, encierro, algo rancio pegado a las paredes, y poco a poco la imagen dejó de fragmentarse hasta revelar un sótano bajo, sin ventanas, iluminado por una luz sucia que colgaba del techo. Giró la cabeza con esfuerzo y entonces la vio, a pocos metros, atada a una silla, inmóvil salvo por una respiración débil que confirmaba que seguía viva. Laura tenía la boca amordazada, el pelo enredado cayéndole sobre el rostro y el cuerpo marcado por golpes antiguos y recientes, visibles incluso en la penumbra. No había duda posible. Leticia sintió cómo algo se tensaba en su interior, una mezcla de rabia y certeza, comprendiendo de golpe que Laura nunca había muerto y que ahora ambas estaban encerradas en el mismo lugar del que nadie sabía nada.

—Sí que eres curiosa… —murmuró Manuel.

—No tienes que hacerlo, Manuel —dijo Leticia.

La frase no llegó a terminar. Manuel la agarró y la obligó a incorporarse de golpe. La empujó contra la pared con violencia contenida. El aire se le rompió en el pecho. Al otro lado de la habitación, Laura seguía allí.

—¿Hacer el qué? —preguntó él, con una calma que no encajaba con la fuerza de sus manos—. No estoy loco.

Leticia tragó saliva.

—Entonces, ¿por qué?

Manuel no respondió de inmediato. La miró a ella. Luego a Laura. Como si estuviera decidiendo cuál de las dos existía menos.

—Porque no podía dejar que hablara.

Leticia intentó recuperar aire.

—¿Y por eso montaste todo esto?

Él soltó una risa breve, seca.

—Tenía que parecer otra cosa.

Se inclinó un poco más hacia ella.

—Y tú ayudaste más de lo que crees.

Leticia no apartó la mirada.

—Querías que pensáramos que se había ido por voluntad propia.

—Exacto.

Silencio.

Manuel la soltó un segundo… pero solo para cambiar de postura, no de intención.

—Me hicisteis un favor —añadió—. Barranquillas. Droga. Todo encajaba.

Leticia sintió un pinchazo de rabia.

—Me manipulaste.

—Lo intenté —respondió él encogiéndose de hombros—. Pensé que te pararías ahí.

Sus ojos bajaron un instante, como recordando algo.

—Pero seguiste.

Leticia apretó la mandíbula.

—Hasta el dinero.

—Ahí empezaste a molestar.

Un clic leve hizo que Leticia girara la cabeza. El reflejo del metal en la mano de Manuel le golpeó la vista de inmediato: no lo había sacado todavía del todo, solo lo suficiente.

—No entiendo cómo lo hiciste… —dijo ella, más despacio ahora—. Una testigo vio salir a Ángel. Lo reconoció por el tatuaje.

Manuel negó con la cabeza.

—No vio a Ángel.

Silencio.

—Vio un tatuaje.

Se giró ligeramente, mostrándole restos de pintura en los dedos.

—No ha sido fácil borrarlo.

Leticia sintió cómo algo se le cerraba en el estómago.

—Tengo otra pregunta —dijo, más baja la voz—. Antes de que nos mates… porque no creo que salgamos de aquí. ¿Quién es la chica del descampado?

Manuel la miró por primera vez, sin prisa.

—No era ella.

El aire cambió.

—¿Entonces quién?

Él se encogió de hombros.

—Alguien que necesitaba dinero.

Leticia lo entendió un segundo después. Era la misma que vio en las cámaras de la gasolinera.

—La usaste.

—La aproveché.

Manuel dio un paso hacia ellas.

—Fue necesario.

Laura se movió ligeramente. Leticia la notó detrás de él.

—Para que todos pensáramos que estaba muerta…

—Y lo pensasteis.

Dio otro paso. El espacio ya no era de tres personas. Era de una sola intención.

—Eso era lo importante.

Leticia sintió el frío subirle por la espalda.

—¿Y ahora qué?

Manuel sacó el cuchillo, esta vez del todo. El sonido fue mínimo, pero definitivo.

—Ahora sabes demasiado.

Se acercó sin prisa.

—Y eso no tiene solución.

Leticia retrocedió hasta la pared. No había más espacio.

—No tienes que matarnos.

Manuel ladeó la cabeza casi con curiosidad.

—Ya es tarde para eso.

Otro paso. El cuchillo ya estaba a distancia de brazo.

—Deberías haber dejado el caso —murmuró—. Darla por desaparecida.

Se acercó a Leticia avanzando despacio, con el cuchillo en la mano y sin apartar la mirada de ella, como si quisiera que fuera plenamente consciente de cada segundo que transcurría antes del ataque cuenta, alargando la tensión hasta volverla insoportable. Una vez que tuvo la hoja lo suficientemente cerca, a una distancia en la que ya no había margen real para huir ni para esquivar el movimiento, Leticia sintió cómo algo en su interior reaccionaba antes que su pensamiento. Recordó el anillo que brillaba en su dedo. No hubo cálculo ni tiempo para pensar, solo un impulso ciego y desesperado que le recorrió el cuerpo. Giró el brazo con violencia y lanzó el golpe con toda la fuerza que le quedaba, un movimiento seco, casi torpe, pero suficiente. El pincho del anillo impactó y se hundió en el ojo de Manuel con un sonido húmedo apenas audible. Durante una fracción de segundo, él se quedó rígido, como si su cuerpo no hubiera entendido lo que acababa de pasar. Luego llegó el grito, brutal y desgarrado para a continuación, llevarse las manos al rostro mientras retrocedía a trompicones. Leticia sintió el impacto en los nudillos, el temblor recorriéndole el brazo, la respiración rota, pero no se permitió detenerse. Porque sabía que si lo hacía, si dudaba un solo instante, él se recuperaría… y entonces ya no habría vuelta atrás.

El impacto lo había desestabilizado, pero no lo había detenido. Se repuso casi de inmediato, cegado por la rabia más que por el dolor, respirando con violencia mientras recuperaba la orientación, y volvió a lanzarse hacia ella con el cuchillo en alto, el movimiento ahora más caótico y lo más aterrador, más imprevisible. Leticia apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que la golpeara en el hombro y la empujara contra la pared, sacándole el aire de golpe. El cuchillo pasó rozándole la cara. Todo se volvió caótico. Forcejearon sin orden, sin técnica unido a con movimientos torpes y desesperados. El brazo de Manuel buscaba el suyo, la sujetaba, apretaba con fuerza mientras ella intentaba zafarse, empujando, golpeando como podía. El cuchillo cayó al suelo con un golpe seco, pero él no se detuvo. La agarró con más fuerza, respirando de forma irregular, ciego de dolor y furia. Leticia giró el cuerpo, se liberó lo justo, tropezó hacia atrás y consiguió apartarse. Manuel quedó un segundo

inmóvil, cubriéndose el rostro, respirando con dificultad… pero aún en pie. Y eso era lo peor.

21

Cerró los ojos y apretó a Laura contra su cuerpo, esperando el golpe y conteniendo la respiración en un instante que se alargó más de lo que su mente podía soportar, pero en lugar del impacto directo escuchó un sonido seco y desviado, seguido de un gruñido de frustración que rompió la inercia del ataque. El cuchillo no encontró carne, sino madera, al chocar contra el respaldo de la silla cuando Manuel, cegado por la sangre que le corría desde el ojo y por la pérdida momentánea de precisión, calculó mal la distancia en su avance. Ese error abrió una grieta mínima en su movimiento, apenas perceptible, pero suficiente para que Leticia reaccionara sin dudar. Empujó con fuerza la silla de Laura hacia delante, utilizando todo su cuerpo en un gesto rápido y decidido que desestabilizó a Manuel lo justo para obligarlo a dar un paso en falso y romper su propio equilibrio.

Él intentó recomponerse de inmediato, reajustando su postura con un movimiento torpe, pero Leticia ya se había lanzado hacia él aprovechando ese instante de vulnerabilidad. Ambos chocaron contra el suelo con violencia, enredados en un forcejeo caótico donde los cuerpos se desplazaban sin orden y el cuchillo quedó atrapado entre ambos durante unos segundos que se sintieron eternos, suspendidos en una lucha donde cada movimiento podía inclinar la balanza. Manuel gruñía, golpeando a ciegas, intentando recuperar el control mientras su respiración se volvía irregular, y Leticia luchaba por sujetarle la muñeca, clavando las uñas en su piel y utilizando todo su peso para impedir que lograra levantar el arma. Sin embargo, la diferencia física empezó a imponerse: era más fuerte, más pesado, y poco a poco fue ganando posición, girándose sobre ella hasta quedar encima, aplastándola contra el suelo, comprimiéndole el pecho hasta arrancarle el aire de los pulmones.

Desde esa posición dominante, acercó de nuevo el cuchillo con una mano temblorosa pero cada vez más firme, mientras la distancia entre la hoja y ella se reducía de forma inevitable.

Leticia giró la cabeza en el último instante, esquivando el filo por centímetros, sintiendo el roce leve en la piel, una advertencia fría que le confirmó que no podría sostener esa posición mucho más tiempo sin ceder. El peso de Manuel seguía oprimiéndola, su respiración entrecortada golpeándole el rostro, el cuchillo avanzando con una lentitud engañosa, inevitable, cuando entonces oyó un arrastre brusco a su lado, seguido de un golpe sordo que alteró la cadencia de la lucha.

Laura, aún atada, había reunido el resto de su fuerza en un movimiento desesperado, impulsándose lo suficiente para impactar contra Manuel por el costado. No fue un golpe limpio ni poderoso, pero sí lo bastante inesperado como para romper su equilibrio una vez más. Su cuerpo vaciló apenas un instante, una fracción mínima en la que la estabilidad se deshizo, y ese instante fue todo lo que Leticia necesitaba. Sin dudar, aprovechó la apertura y giró con violencia la muñeca de Manuel, aplicando un giro seco y preciso que forzó la articulación más allá de su control.

El cuchillo se desprendió de su mano y cayó al suelo con un sonido metálico que resonó en la estancia como un punto final momentáneo. Durante un segundo, los tres quedaron suspendidos en una quietud tensa, respirando de forma desordenada, conscientes de que nada estaba resuelto y de que cualquier mínimo movimiento podía inclinar de nuevo la balanza. En ese breve lapso, por primera vez desde que todo había comenzado, Manuel ya no tenía el control de la situación.

En ese instante, un estruendo seco sacudió la casa desde la planta superior, seguido de pasos rápidos y voces firmes que rompieron el aire viciado del sótano. La puerta se abrió de golpe y un haz de luz potente inundó la estancia, obligando a Leticia a entrecerrar los ojos mientras el contraste la cegaba por un segundo.

—¡Guardia Civil, que nadie se mueva! —retumbó la orden, clara, autoritaria.

Varias siluetas descendieron a toda prisa, armas en alto, ocupando el espacio en cuestión de segundos con una precisión entrenada que no dejaba margen a dudas. Manuel apenas alcanzó a reaccionar antes de que lo inmovilizaran contra el suelo, neutralizado con una contundencia inmediata, firme, sin espacio para resistencia. El sonido de las esposas cerrándose fue limpio, definitivo, como el cierre de una puerta que ya no volvería a abrirse.

Leticia permaneció unos segundos sin moverse, aún con el pulso desbocado, el cuerpo tenso, incapaz de asimilar del todo que la presión hubiera desaparecido de golpe. El silencio que siguió ya no era el mismo: estaba lleno de presencia, de control, de órdenes que devolvían el orden a un lugar que había estado al borde del caos.

Respiró hondo, una vez, luego otra, sintiendo cómo el aire volvía a entrar sin obstáculos. Laura seguía respirando y esta vez, de verdad, ya no estaban solas.

—¿Quién os ha avisado? —preguntó Leticia a uno de los agentes de la Guardia Civil, aún con la respiración agitada y la mirada fija en la escena.

—Yo —respondió una voz a su espalda.

Leticia se giró y vio a Carlos entrar en el sótano, con el gesto tenso pero controlado, evaluando en un segundo la situación antes de dirigir unas órdenes breves a los agentes. El movimiento alrededor se organizó de inmediato: unos aseguraban a Manuel, otros comprobaban el estado de Laura y de Leticia, mientras el ambiente empezaba a llenarse de voces técnicas, protocolos y urgencia contenida. Minutos después, los sanitarios de la ambulancia descendieron con una camilla y comenzaron a atenderlas; primero a Laura, liberándola con cuidado de las ataduras, y después a Leticia, que apenas protestó cuando la ayudaron a incorporarse. Carlos permaneció junto a Manuel mientras los agentes lo esposaban y lo sacaban de allí bajo custodia, y, en paralelo, el resto del operativo fue subiendo en cadena hasta que todos abandonaron el sótano, dejando atrás el silencio húmedo del lugar mientras las dos eran finalmente trasladadas al exterior.

—Al final viniste —añadió Leticia, con la voz aún temblorosa mientras la acomodaban en la camilla.

—No te iba a dejar tirada —respondió Carlos, caminando a su lado sin apartar la vista de ella—. ¿No te dije que te mantuvieras al margen?

—Soy insistente por naturaleza.

Carlos negó levemente, soltando el aire por la nariz.

—Tu naturaleza casi te lleva a la muerte.

Leticia esbozó una sonrisa cansada, más por inercia que por convicción.

—Pero no lo hizo.

Carlos la miró un segundo más de lo necesario, como si quisiera añadir algo, pero se contuvo.

—No me lo pongas tan difícil la próxima vez.

—Entonces no me apartes de la investigación.

Carlos no respondió. Solo apartó la mirada mientras la subían a la ambulancia, sabiendo que, en el fondo, esa conversación no había terminado.

22

Tres días después, Laura se presentó en el periódico de Leticia para darle las gracias; su aspecto aún arrastraba el peso de lo vivido, una fatiga profunda marcada en los gestos y en la forma en que sostenía los hombros, pero en su mirada había algo distinto, una especie de calma frágil que no estaba allí el día anterior, como si el simple hecho de seguir con vida hubiera reordenado, aunque fuera mínimamente, el caos interior. Leticia la recibió en silencio durante unos segundos, observándola con atención, como si necesitara confirmar que realmente estaba allí, que no era una imagen producto del agotamiento o del recuerdo reciente, antes de acercarse y abrazarla con cuidado, sin brusquedad, dejando que ese contacto hablara por ambas. No hicieron falta muchas palabras; cualquier intento de articular lo sucedido habría resultado torpe, incompleto. Aún quedaban demasiadas cosas por procesar, demasiadas imágenes que no encajaban del todo en un relato coherente. Laura terminó confesando la verdad. Manuel llevaba años abusando de ella. Desde niña. Y cuando decidió hablar, él no pudo permitirlo.

En ese momento, la puerta de la redacción volvió a abrirse con un leve crujido y una corriente de aire que alteró el ambiente. Una mujer entró con el rostro desencajado, los ojos hinchados de tanto llorar, el gesto quebrado por una mezcla de angustia y determinación que parecía costarle cada paso. Era la mujer de Manuel. Avanzó con pasos inseguros, como si el suelo no terminara de sostenerla, hasta detenerse frente a Laura, incapaz de mantenerle la mirada más de un instante, desviándola casi de inmediato como si el peso de lo que veía fuera insoportable. El silencio que se formó a su alrededor no fue incómodo, sino denso, cargado de todo aquello que ninguna de las tres sabía aún cómo nombrar.

—Lo siento… —murmuró, con la voz rota—. No sabía nada… te lo juro…

Laura la observó en silencio, sin dureza en el gesto pero sin apartar tampoco el peso de lo ocurrido de su mirada. Durante unos segundos pareció debatirse internamente, como si tratara de encontrar el equilibrio entre lo que había vivido y lo que tenía delante, entre el daño recibido y la persona que, en apariencia, lo encarnaba. Finalmente, dio un paso al frente y la abrazó con una suavidad inesperada, sin reservas, como si ese contacto fuera la única forma posible de atravesar el abismo que las separaba.

La mujer rompió a llorar contra su hombro de inmediato, un llanto contenido que se desbordó en cuanto sintió el apoyo, aferrándose a ella con desesperación, con una mezcla de alivio y culpa que se le escapaba en cada sollozo. No había palabras en ese gesto, ni explicación que lo justificara, solo una necesidad humana de soltar algo que llevaba demasiado tiempo acumulado por dentro, algo que no encontraba salida en ningún discurso.

Leticia contempló la escena sin intervenir, manteniéndose a cierta distancia, consciente de que aquel momento no tenía que ver con la verdad, ni con el caso que las había reunido, ni siquiera con la justicia en su sentido más estricto, sino con algo mucho más difícil de cerrar: las consecuencias, las heridas invisibles y los vínculos rotos que no se resolvían con una detención ni con una sentencia. En ese silencio compartido, entendió que algunas historias no terminan cuando se apaga el conflicto, sino cuando, de algún modo, los que quedan encuentran una forma de seguir adelante.

AGRADECIMIENTOS:

¡Muchas gracias por leerme!, has llegado hasta el final y confío en que te hayas divertido/interesado/entusiasmado tanto como yo cuando escribí este libro.

Tu opinión es muy importante para mí, esto me dará feedback para mis próximos libros y hará que Amazon muestre esta historia a más lectores.

Me encantará leer tus comentarios

El silencio también mata: Una novela de suspense que te hará dudar de todo (Leticia Santos nº 2) eBook : Raven, AJ: Amazon.es: Tienda Kindle

Sígueme en Amazon.

Amazon.es: A.J Raven: books, biography, latest update

Sígueme en Instagram

https://www.instagram.com/ajraven_escritor/